Tanguy Viel
LA CHICA DE COMPAÑÍA

Cuando no está en el *ring* boxeando, Max Le Corre trabaja como chófer para el alcalde de la ciudad. Pero, por encima de todo, es el padre de Laura, que, con su suficiencia de veinteañera, ha decidido volver a vivir con él. Es entonces cuando a Max se le ocurre que sería buena idea que el alcalde le ayude a buscar alojamiento. Ninguno de los dos, padre e hija, se imagina que esa petición inocente acabará despertando los bajos instintos del alcalde y poniendo en marcha el engranaje de las relaciones de poder, desde las cloacas provincianas hasta las altas esferas nacionales, para remover el pasado del que ambos huyen y marcar el futuro de todos los implicados.

Tanguy Viel

La chica de compañía

ePub r1.0
Titivillus 31.08.2023

Título original: *La Fille qu'on appelle*
Tanguy Viel, 2021
Traducción: Amaya García Gallego

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Primera parte

1

Nadie le preguntó cómo iba vestida esa mañana, pero ella tenía empeño en indicarlo, que no tenía nada que ponerse más que unas botas de baloncesto blancas, pero qué vestido o qué vaqueros pegaban para la ocasión, y lo mismo para el rojo brillante con el que se pintaría los labios, lo llevaba pensando desde el alba. Ella, sentada en la terraza del Universo, en la amplia plaza peatonal del casco viejo; a su espalda se leía, en letras grandísimas arriba del todo de la pared de piedra, las palabras «CASA CONSISTORIAL», y más arriba aún, la bandera tricolor como un guardián dormido descansaba en el aire tibio. No iba a tardar en cruzar la portalada y atravesar el patio adoquinado que lleva hasta el castillo, el antiguo castillo, más bien, porque hace tiempo que se convirtió en ayuntamiento, aunque para ella, según diría, venía a ser lo mismo: tener cita con el alcalde de la ciudad o el señor de la aldea; en su cabeza no había ninguna diferencia, eran los mismos nervios, el mismo corazón algo tenso por entrar ahí, en el amplio vestíbulo en el que penetraba por primera vez, casi sorprendida de ver que las puertas eléctricas se abrían al acercarse, como si lo que se esperase fuera ver un puente levadizo bajando por encima del foso y, en lugar de con un vigilante vestido de negro, toparse con un soldado en cota de malla. Es lo que tiene esta ciudad, que parece que los siglos de historia se han deslizado por encima de las piedras sin cambiarlas nunca, ni siquiera el mar que las ataca dos veces al día y que dos veces al día también se rinde y se retira, derrotado, como un perro con el rabo entre las patas.

Ella, aún sentada en la terraza del Universo, había llegado con antelación, claro, con tiempo para tomarse un café y leer el periódico, el *Ouest-France*, o, más que leerlo, mirar por encima los titulares y las fotos en color, aunque, eso sí, demorándose en las páginas de deportes por si veía algún artículo sobre su padre, el boxeador —que, cuarentón y todo, acababa de ganar su trigésimo quinto combate y al que la prensa local no dejaba de elogiar por su longevidad, por no decir su renacimiento, sí, *renacimiento*; esa era la palabra a la que le habían cogido gusto desde que Max Le Corre volvía a encabezar los carteles de los que había desaparecido una temporada—, y entonces había sonreído seguramente al mirar la enésima foto de él alzando los brazos en un *ring*, debajo de un titular grande que se proyectaba hacia el futuro diciendo: «¿Volverá a caminar sobre las aguas?». Luego, tras mirar la hora en el móvil, cerró el periódico, dejó dos euros en el platillo y se levantó. En la amplia luna del café comprobó por última vez qué tal iba, convencida, según dijo más tarde, de que había dado en el clavo con esa cazadora de cuero negro que dejaba ver las caderas por debajo del vestido de punto un poco ajustado con el que, al tensarse, apenas le rozaba el aire a través de la lana.

Sí, les dijo a los policías, puede que les sorprenda, pero me dije a mí misma que había dado en el clavo, por eso y por las botas de baloncesto blancas que tenemos todas a los veinte años, de forma que nadie podría haber adivinado si era estudiante o enfermera, o, qué sé yo, la chica que acompaña.

¿La chica que acompaña?, preguntó uno de ellos.

Sí, ¿no se dice así? ¿La chica de compañía? Y se rio, nerviosa, por haber dicho eso, *chica de compañía*, sin sacarles una sonrisa a ninguno de los dos policías, uno con los brazos cruzados y el otro más inclinado hacia ella, pero ambos acechando cada una de las palabras que utilizaba, que parecían sopesar como frutas exóticas en una balanza de alimentos.

Total, que, volviendo al relato, ella le preguntó al vigilante de la entrada del ayuntamiento dónde estaba el despacho del alcalde sin saber que él, el vigilante, se quedaría como una estatua, señalando con un simple ademán de la cabeza el mostrador largo al fondo de vestíbulo, dejando que sus ojos recorriesen casi mecánicamente la silueta de ella. A eso sí que estaba acostumbrada: a que la mirada

de los hombres se le deshilachara encima; hacía tiempo que ya ni se fijaba, por la sencilla razón de que ya había comprobado cientos de veces lo atractiva que resultaba, puede que por lo alta o bien por la piel mestiza, el caso es que hacía tiempo que lo sabía; pasaba de la fascinación que ejercía, ese día ni más ni menos que cualquier otro, con el vestido aquel ajustado que no le tapaba las rodillas, y calzada con las playeras blancas, que ya no lo eran tanto, por el cuero desgastado que las cubría.

En la recepción volvió a decir que tenía cita con el alcalde, y echó de menos que nadie le preguntase el motivo de su visita, a lo cual habría contestado que era un asunto personal; es cierto, dijo, me habría gustado que me lo preguntasen, solo para contestar: Es un asunto personal. Pero ni siquiera en lo alto de la escalinata de piedra que le indicaron, ni siquiera la secretaria enclenque apostada a la puerta del despacho como un guardabarrera viejo, nadie llegó a preguntarle el motivo de su visita, sin por ello dejar de mostrar, la secretaria, su dosis de desaprobación o de envidia mirándola fijamente, si es que se puede usar esa palabra, *fijamente*, cuando en este caso la mirada cayó como una guillotina de la cabeza a los pies.

Suspiró un poco, la susodicha secretaria, como el ama de llaves de un caserón que se reservara el derecho a juzgar a quienes recibían sus señores, y luego tuvo a bien ponerse de pie, entornó la pesada puerta de madera cuyo acceso parecía proteger y, asomando la cabeza por la abertura, dijo: Ha llegado su cita. Laura también la oyó, la voz masculina que contestaba: Ah, sí, gracias, al mismo tiempo que la secretaria vieja invitaba a la joven a colarse a su vez por la abertura, es decir, por el pasaje deliberadamente estrecho que había dejado entre la puerta y la pared, como si ella, la más joven de las dos, tuviera que forzar el pasaje para entrar; en todo caso esa fue la impresión que se le quedó grabada a ella mucho tiempo, sí, algo así, dijo, que era yo la que había entrado y no ella la que me había abierto. Pero les juro que, si hubiera tenido que empujarla, añadió, lo habría hecho.

Y puede que por culpa de la mirada repentinamente cejijunta de los policías que tenía enfrente, le pareció que venía al caso añadir: Les recuerdo que yo me crie entre *rings*.

Y seguramente ellos tuvieron la sensación de que esa frase albergaba parte de su historia, y con ella toda la aspereza de la

infancia, al tiempo que ya daba a entender el abismo que la separaba del otro, el tío del despacho inmenso, a quien nada, ni el frío recibimiento de la secretaria ni el tamaño desmesurado de la estancia, contribuía a acercarlo al mundo de ella.

No, qué va, les dijo de nuevo a los policías, en un mundo normal nunca deberíamos habernos conocido.

Un mundo normal… Pero ¿a qué llama usted un mundo normal?, preguntaron.

No lo sé… Un mundo donde cada uno se queda en su sitio.

Y mientras ella trataba de representarse el mundo aquel, normal y fijo, donde cada uno, como un muñeco mecánico, habría tenido un área máxima para moverse, la mirada se le fue a perder en la tela azul de la chaqueta de enfrente, y, dejando escapar de su fuero interno este pensamiento surgido de lo más hondo, dijo:

A mi padre parecía que le importaba mucho.

2

Quizá tendría que haber empezado por él, el boxeador, aunque yo no sabría decir cuál de los dos, Max o Laura, justifica más que el otro este relato, pero sé que sin él, eso seguro, ella nunca habría cruzado el umbral de la casa consistorial, y mucho menos habría entrado como una flor apenas abierta en el despacho del alcalde, por la sencilla razón de que él era quien había solicitado esa cita, insistiéndole primero a ella e insistiéndole luego al alcalde, puesto que él era su chófer. Hacía ahora tres años que lo trasladaba por la ciudad y habían empezado a conocerse; él, el alcalde, puede que diez años mayor que su chófer, ese cuya sonrisa cotidiana le llegaba a través del retrovisor, en realidad no la sonrisa, sino el fruncimiento de los ojos que buscaban su atención, la del hombre que siempre iba en el asiento de atrás, que tan a menudo no le prestaba atención y solo miraba fuera el lento desfilar de las fachadas o bien de los escaparates luminosos, como si por el hecho de ser el alcalde de la ciudad tuviera que rozar con la mirada todos los edificios, todas las siluetas de las aceras, como si le perteneciesen. Y que le hubieran reelegido unos meses antes, que hubiera aplastado, como quien dice, a sus adversarios en el primer tramo de su segundo mandato, seguramente no había contribuido a desarrollar una humildad de la que nunca anduvo sobrado; o al menos nunca la había convertido en un valor cardinal, al ser más dado a ver en su éxito la propia encarnación de su tenacidad, esa de la que manaban palabras como *coraje* o *mérito* o *trabajo* que colaba a porfía en mil discursos que había pronunciado por doquier

en los últimos seis años, ya fueran obras de construcción o platós televisivos, sin que resultara posible calibrar qué parte contenían de fe militante o bien de autorretrato, pero a través de los cuales se notaba cómo desde hacía mucho tiempo apuntaba más allá de los meros asistentes, con la esperanza de que su eco llegase hasta París, donde ya corrían rumores de que podría ser ministro. Y para quien tenía su cara todos los días en el retrovisor no hacía falta un tratado de fisiognomía para que esa ansia o determinación apareciese allí, debajo de las cejas negras, pobladas y, sin embargo, casi suaves, por lo que contrastaban aún más con esa mirada fría y firme de todas las personas con poder. En tres años, Max había aprendido a pillar los matices y los fallos, o más bien no, no tanto los fallos como los resquicios dejados a sabiendas, si es que de verdad el poder no se funda en la rigidez, sino en el lugar calculado de sus inflexiones, como un síndrome de Estocolmo aplicado de hora en hora, donde cada trampa que se le tiende a la austeridad genera en los ojos sumisos del interlocutor la brecha de falsa ternura en la que meterse de lleno.

Y por lo que creo saber, Maxime Le Corre en ese aspecto era un buen cliente, la clase de caballo agradecido en cuanto se le afloja el bocado, a lo que se sumaba la deuda que creía tener, dado que había sido él, el propio alcalde, quien lo había contratado, en esa época en que Max había tocado fondo, como suele decirse. Dado, pues, que en la vida de Max había sucedido esto: primero, una ola lo había subido a su cresta cual grácil surfista antes de bajarlo de allí hacia la sombra cilíndrica y cada vez más negra, de forma que años más tarde aún salían a flote en su memoria, como sombras chinescas en un parabrisas salpicado por el oleaje, tanto los años luminosos en los que había vivido de su talento como boxeador como los más oscuros, que habían aparecido para taparlos como un cielo tormentoso. Y encima de estos, de los años oscuros, tenía la esperanza de haber extendido para mucho tiempo un paño de lana gruesa que procuraría no levantar, por culpa de toda esa noche sin boxeo que había atravesado, de cuando la luz de los *rings* se apagó, intermitente como sabe ser, peor que un faro costero. Eso lo saben todos los boxeadores, que el *ring* hace como un faro cuyos destellos se cuentan, desde el puente del barco, para estimar el peligro, pero resulta que él no lo vio, el peligro, y se dejó arrastrar a las rocas, tal

y como sucede en boxeo más que en ningún otro deporte: que los claroscuros de una carrera son más impactantes que los de un cuadro de Caravaggio.

Así que ya el hecho de haber vuelto a subir a un *ring* y de boxear de nuevo como en sus mejores días era algo que no acababa de creerse cuando se cruzaba con su propia silueta en las vallas de la ciudad, carteles grandes, que crecían como árboles a lo largo de las autopistas y anunciaban la gala del próximo 5 de abril, en los que sobre un fondo de luces como estrellas se recortaban los cuerpos fotografiados de dos boxeadores, con los puños alzados a la altura del rostro y todos los músculos tirantes —él, con la cabeza afeitada y las cejas tendidas ya hacia la victoria, como desafiando a la ciudad entera con su ira o con su fuerza contenida—, y debajo, escrito con letras de fuego, «LE CORRE CONTRA COSTA: EL GRAN DESAFÍO». Y quien hubiese mirado alternativamente el cartel y luego a ese hombre sentado al volante del sedán municipal habría pensado que sí, que en efecto era él, Max Le Corre, la misma nariz torcida, los mismos párpados aplastados a golpes, la misma calva reluciente, el mismo que de aquí a unas semanas iba a desafiar a la otra figura local que le había robado hacía tiempo el protagonismo.

Ya falta menos, dijo el alcalde.

Dentro de dos meses, a esta hora, dijo Max, estaré en la báscula.

No es el momento de ganar peso, comentó el alcalde.

Ni de perderlo, contestó Max.

Conversaron sobre sus últimas victorias, el inmenso placer que le produjo, al alcalde, entregarle varias veces a Max el cinturón del vencedor, el inmenso placer, dijo, de hacer, en cada ocasión, el elogio de un auténtico nativo que se había formado aquí mismo, delante de la sala totalmente entregada; tan orgullosos, todos ellos, de ese vínculo que los unía al que siempre había vivido allí, en un, a pesar de todo, discreto barrio de la periferia, pero un poco de cuya gloria parecía rebrotar en cada una de las ventanas de cada una de las torres donde vivían todos aquellos con los que se había cruzado durante su infancia, en los bancos de los parques, por las escaleras y luego en la sala de boxeo, claro está, cuya pesada puerta metálica todos habían empujado al menos una vez, todos se habían incluso calzado unos guantes en el *ring* para dárselas de Mike Tyson por un ratito. Pero allí donde cientos de ellos habían esperado en

vano a que un tío a la sombra de un pilar los observase y los designara como un dios invisible parece elegir a sus profetas, solo a uno lo elevaron, como con una grúa, fuera de la senda ordinaria, y ese fue Max Le Corre.

Porque no hacía falta ser un experto para ver que ahí había, en el cuerpo recio y tenso de Max, una potencia fuera de lo común, de forma que no fue ni mucho menos una casualidad, como tampoco lo fue que un día un hombre con traje blanco, improvisando ser representante, entrase allí, en la sala de entrenamiento pequeñita donde Max derribaba con tanta presteza a cada uno de sus adversarios, y decidiera hacerse cargo de su carrera, impulsándolo muy rápido al nivel nacional, con cuyo título arrasó; la copa grabada que seguía presidiendo su chimenea, la de Max, y en la que ponía «CAMPEONATO DE FRANCIA DE 2002, categoría semipesados». Quince años después, muy viejo ya, lógicamente se sorprendía al leer aún en la prensa palabras como *renacimiento* o incluso *resurrección*; sí, esta es la otra palabra que se leía a veces en los periódicos y que le gustaba tan poco como *renacimiento*, porque ambas palabras utilizadas deliberadamente tiraban de él por igual hacia el abismo que las había precedido.

Quién me iba a decir que seguiría boxeando a los cuarenta, le dijo al alcalde.

El boxeo, repuso el hombre del asiento de atrás sin dejar de mirar fuera, es más cerebral que otra cosa, según se dice.

Y Max, con los ojos clavados en la carretera que tenía delante, hizo una mueca invisible que quizá significase «Como te meta una vas a ver cómo se te queda el cerebro»; pero asaz invisible, esa mueca casi interior, para que al mismo tiempo el silencio se interpretara como el de quien calla y otorga, porque está claro que el alcalde tenía razón, el boxeo es más cerebral que otra cosa, el boxeo es un deporte de nervios y de fuerza mental, sí; con eso Max no iba a discrepar.

En cualquier caso, hay que tener valor para desafiar a Costa, prosiguió el alcalde.

Es ahora o nunca, contestó Max, el tiempo juega en mi contra. Y aunque tenía razón en que el boxeo a su edad, o al menos esa era la sensación que tenía, era como patinar por un lago helado cuando está a punto de acabar el invierno, y a pesar de las victorias, no se

engañaba sobre lo fina que era la capa de hielo por la que seguía avanzando, sin miedo a ejecutar aún las figuras más delicadas, pero esperando, resignado, a que un día el hielo se resquebrajara de golpe y él se ahogara en el agua demasiado fría.

Va a ganar, Max, estoy seguro.

Y entonces, aprovechando que en ese momento el alcalde parecía estar con él, Max acabó sacando el tema al que llevaba días dándole vueltas, el que esa misma mañana, al levantarse, se había propuesto tratar y que no tenía nada que ver con el boxeo, no; era sobre su hija, quería hablarle de su hija: Quería pedirle un favorcito, señor alcalde, es sobre mi hija, ha vuelto para vivir aquí y…

Sí, claro, dijo el alcalde, dígame.

El caso es que ha solicitado una vivienda a los servicios municipales, pero ya sabe lo que es eso, lleva su tiempo, entonces se me ocurrió que a lo mejor, pasando por usted…

Y el alcalde no dejó que se empantanara, abrevió la petición rápidamente diciendo:

Claro que sí, Max, dígale que se pase a verme al ayuntamiento y veré lo que puedo hacer.

Y mientras el coche iba bordeando los aparejos navales antiguos como en un museo al aire libre, Max respiró por dentro, igual que al salir de un examen con la sensación de haberlo bordado, al mismo tiempo que le decía una y otra vez al hombre del asiento de atrás lo amable que era por dedicar un rato a recibirla, que no tenía obligación alguna de hacer eso por él, mientras el hombre del asiento de atrás se dedicaba a arreglarse la corbata y a sacudirse el polvo de las mangas del traje, contestándole que no faltaba más, que en cierto modo formaba parte de sus atribuciones, que para eso lo habían votado, para estar a su servicio. Y Max esperaba que la cosa fuera bien. Que ella estuviera a la altura. Eso dijo más tarde, que había pensado en esa frase; sí, es cierto, esperaba que estuviera a la altura.

3

A la altura habrá que creer que sí que estuvo; en todo caso, cuando la puerta del despacho se cerró tras ella y se encontró delante del alcalde, tampoco él pudo evitar mirarle de arriba abajo la silueta. Pero ella en eso ni se fijó, impresionada por el volumen inmenso del lujoso despacho en el que acababa de entrar. Por un momento creyó que estaba en el Palacio del Elíseo o un sitio por el estilo, por todos los sillones antiguos y los tapices medievales que representaban tal escena de caza, el grueso artesonado en cuyos casetones estaban engarzadas las pinturas del techo, puesto que en Francia es así, en los gabinetes de los alcaldes aún persiste el Antiguo Régimen. Él, que aún estaba sentado en la silla de cuero, se puso de pie de inmediato y se abrió paso entre los muebles antiguos para recibirla y estrecharle la mano, aprovechando ese impulso para decirle: ¡Buenos días, Laura! ¿Qué tal está?

Sí, como si nos conociéramos de toda la vida, dijo ella, me llamó por mi nombre. Ella apenas se había cruzado con él anteriormente, puede que alguna vez con su padre, pero por entonces él ni siquiera era alcalde y ella no se acordaba. Pero puede que hiciera eso con todo el mundo, puede que a todo el mundo le concediera una sonrisa y su nombre, como si fuera una benevolencia inherente al cargo, para que entre él y ellos, los vecinos, los ciudadanos, los administrados, no hubiese nunca más abismo que el de las responsabilidades del todo provisionales que se le habían encomendado. En cualquier caso, eran cosas que el alcalde podría haberle dicho, palabra por palabra, y también quizá porque nada lo

llenaba tanto como esa sensación de condescender con la vida normal, si para él la vida normal era la masa indiferente de la gente, es decir, de aquellos a quien él mismo llamaba «la gente», porque desde su elección su papel consistía en conocer a «la gente», en quererla, en hacerle creer que la quería, a menos que —sí, también podía ser— lo único que le gustara fuera él mismo queriéndolos.

Laura debió de sentir algo así, sin que nunca le llegara a quitar del todo la lucidez, y aunque llevaba preocupándose desde la víspera por lo que iba a decir o cómo se iba a vestir, aunque una parte de ella temblaba como una niña que tiene que ir a ver al director del colegio, también sabía de sobra que él, al levantarse esa mañana, ni siquiera sabía lo que tenía en la agenda para esa jornada. Y por eso no partían en pie de igualdad, ella, Laura Le Corre, de veinte años, estudiante, y él, Quentin Le Bars, de cuarenta y ocho, alcalde de la ciudad.

¿Estudiante?, preguntó el policía.

Sí. Bueno, no; pues es lo que pensaba decirle, estudiante de Psicología, que estaba haciendo la carrera, me pareció que quedaba bien y, sobre todo, que era creíble, porque siempre me ha gustado eso de ser psicóloga. Y se echó hacia atrás en la silla: Tampoco significa que explique algo, ¿no?

Él, el mismo policía que intentaba más que el otro entender las cosas, tratando de transformar en frases escritas lo que ella contaba, mirándola con un ojo y el teclado del ordenador con el otro, de nuevo él, en vez de meditar, como podría haber hecho, lo que ella acababa de decir, solo la cortó:

O sea que ¿mintió?

¿Qué?, dijo ella, ¿le parecería normal haberle dicho que…?

Y no esperó a que él la interrumpiera para hacerlo por propia iniciativa, dejando que al salir de sus labios se depositaran tres prolongados puntos suspensivos, como si se hubiera apartado levemente de su propia palabra para dejarlo entrar en su frase, y él, acto seguido, metiéndose de lleno, retomó:

¿Haberle dicho qué?

Y era como el principio de una partitura que escribían juntos, sinfonía de trabas y apoyos mutuos, tan medida como la letra de un libreto de ópera: ella, soprano elegiaca que prolonga su lamento

tantos actos como fuera menester; él, sombrío barítono al servicio de una diva, retomó:

¿Haberle dicho qué?

Y mientras ella dudaba si responder, el otro poli, que hasta entonces se había quedado de pie al lado de la ventana, se acercó a la mesa grande que utilizaban como escritorio. Le puso la mano en el hombro a su compañero, como para decirle que fuera despacio, que no hacía falta forzarla, puesto que, al fin y al cabo, ella era la denunciante. Entonces, el mismo policía que seguía de pie, al notar el giro que tomaba la conversación, sin que quedara claro si la estaba animando o aconsejando, le dijo muy bajito a Laura: Aún está a tiempo de echarse atrás, ¿sabe?

Pero hete aquí que, precisamente donde él trataba de amansarla, ella, quizá por ser hija de boxeador o un animal remiso y, como quien dice, urticante, dijo: Espero que esté de broma.

Entonces el otro, el primero de los dos, un poco escocido con la réplica, con autorización al menos para retomar el combate, reanudó la conversación como tenía previsto llevarla:

En cualquier caso, a nosotros es mejor que nos lo cuente todo, ¿de acuerdo?

Y en eso estaba en lo cierto, era mejor contarlo todo, al menos era el mejor consejo que podía darle, a lo cual ella contestó:

Trabajaba en la moda.

Los dos polis se miraron, la clase de mirada masculina que ni ellos mismos podrían haber dicho de qué extraña mezcla estaba hecha, pero la expresión «en la moda» los había incitado a espiarse mutuamente, como si hubieran atisbado ya toda la rijosidad que se imaginaban extendiéndose como un reguero de pólvora por los pasillos de la policía. Y todo aquello seguramente no había durado más de una fracción de segundo, pero lo suficiente para que ella los sorprendiese en pleno intercambio, lo suficiente también para que, en ese segundo tan dilatado, a uno de los dos al menos le diese tiempo a sentirse pillado y solo para defenderse volviera entonces a la carga:

¿Y por qué mintió?

No lo sé. Era el alcalde, añadió ella, tenía cita con el alcalde.

No dijo que, en general, prefería mentir, que a su padre también le había mentido, que si había vuelto para vivir con él era

precisamente por eso, mentir y cambiarlo todo, como se puede creer a los veinte años que para que todo se borre y se olvide basta con que uno se desplace por el mapa de las ciudades. Pero a los policías no le quedaba más remedio que contarles las cosas tal y como sucedieron, tal y como, en efecto, habría preferido no sometérselas al alcalde, o sea que no, que nunca se había matriculado en la universidad, que ni siquiera había acabado el instituto, y con razón: habían ido a buscarla a la salida de su instituto, un día la habían abordado por ser…

Y no se atrevió a terminar tampoco esa frase, ni los dos policías a insistirle, porque los tres sabían que en ese momento estaban hablando el mismo idioma, o más bien el mismo silencio que encerraba en su seno el mismo hecho reconocido: a saber, que era guapa y que en su cuerpo se daban todos los criterios de la belleza.

Eso fue en todo caso lo que reconocieron los que un buen día aterrizaron a la salida de su instituto para proponerle entrar tan precozmente en el mundo de los adultos: a ella, con apenas dieciséis años, pero ese era precisamente su objetivo, el de los que la esperaban fuera, en el aparcamiento, y cuyo oficio consistía en eso, en localizar a chicas guapas, acorralarlas en las playas o en el patio de los institutos, y luego echarles encima una red de mallas prietas de la que las chicas elegidas, si habían dicho que sí una vez, no pudieran escaparse, igual que los perros vagabundos que capturan en la perrera. Laura, como tantas otras, no supo acelerar el paso mientras bordeaba la verja del instituto y mandarlos a tomar por culo cuando le entraron de forma tan directa, diciéndole de buenas a primeras: Señorita, ¿le interesaría trabajar en el mundo de la moda? Y ella se lo había tomado como una forma casi divertida de captar su atención, lo bastante para pararse y dejarles desplegar la trampa de frases amistosas, de modo que, si no le importaba ir con ellos, podrían hacerle una prueba, unas pocas fotos a ver qué tal, y luego usted hace lo que le parezca…

Y cuando, dos horas después, se encontró con cuatro billetes de cincuenta euros en la mano, obviamente, si el mundo de la moda era eso, entonces firmaba sobre la marcha. Tanto más cuanto que, según comprendió Laura enseguida, estaban dispuestos a soltarle más billetes de cincuenta, porque para ellos era una perla singular, de esas que rara vez se encuentran, del tipo que ya no se sabe si

responde a los cánones de su tiempo o si contribuye a modelarlos, algo tan irrevocable como el juicio de Paris al elegir a Afrodita, que los llevaba a decir: Sí, es ella, la belleza de hoy en día, es ella. Y no habían pasado seis meses cuando se la empezó a ver, exponiendo sus formas para tal o cual marca de ropa interior, pronto visible en todos los carteles que se desplegaban por las paredes de las ciudades y los amplios paneles de los autobuses, alejándose cada día un poco más de la vida de estudiante de secundaria.

Delante de los policías no se explayó con ese tema, solo contó que había ganado bastante dinero por pasar unas cuantas tardes, a última hora, bajo los *flashes* de un fotógrafo, guardándose muy mucho de decir que a veces esa ropa interior había tenido que quitársela para posar más lascivamente aún, más lucrativamente también, para tal revista de las que se encuentran en los estantes de arriba de las tiendas de prensa.

No, eso no lo dijo, puede que ni siquiera se le ocurriese en ese momento, de lo hondo que lo había enterrado en su pasado, con esa fuerza extraña que se inventa la juventud para convencerse de que todo, con el tiempo, se borra y desaparece.

¿O sea que era usted modelo?, prosiguieron ellos.

Sí, en cierto modo, modelo, eso es, dijo ella. Y en la mirada que les lanzó se leía toda la preocupación por lo que sabrían exactamente, es decir, si habían tenido ocasión de ver su sonrisa o bien su cabellera en las vallas de las estaciones y puede que más aún.

Habrá conocido a gente muy rara.

¿Sabe? A veces, para hacerte una idea de cómo es algo, basta con limitarte a los tópicos que tienes de ello. Y, como si se le hubiera ocurrido de pronto, añadió: Al fin y al cabo, puede que a ustedes les pase lo mismo.

¿Que nos pase lo mismo?

Quiero decir, a ustedes, la policía: puede que todos los mundos no sean más que los tópicos que se tengan de ellos.

Y cabe creer que aquello ofendió al más veterano de los dos, el más amargado, o puede que el más harto, que seguía de pie delante del contraluz de la ventana; el caso es que lo soltó como un dardo soplado directamente desde la cerbatana que tenía detrás de los labios.

Las fotos esas son un tema, pero… ¿la cosa quedaba ahí?

¿A qué se refiere?, dijo ella, aun habiendo entendido sobradamente lo que contenía la pregunta, o más bien la insinuación que de inmediato él aclararía para ella, ya que estaba descartado que ella la aclarase para él.

Bueno, pues muy sencillo: ¿tuvo usted relaciones con quienes la contrataban?

Alguna vez, sí…

¿Y nunca le dio la impresión de que…?

¿De qué? ¿De que me prostituía?

Y comprendió que así los había pillado por sorpresa; en todo caso les había impedido pronunciar la palabra que ellos habrían elegido en lugar de *prostitución*, siendo así que ellos habrían preferido decir *provocación*. ¿No le dio nunca la impresión de que provocaba?, habrían dicho; ahora bien, ella sabía lo delicado que les resultaba arriesgarse a eso, es decir, que bastaba con que ella cogiera suficiente delantera para que no se atreviesen a dar marcha atrás ni a desviar el curso de sus palabras, y eso fue lo que pasó, que ellos se callaron y ella prosiguió:

Sí, es cierto, la primera vez que vi mi cuerpo en las vallas publicitarias de la ciudad, cuando vi mis pechos rebosando entre las puntillas, y mi sonrisa mirándolos a todos ustedes, sí, puedo decir que eso fue lo que sentí, que me había prostituido.

Y a pesar de toda la seriedad un poco forzada que le había puesto ella, a pesar de la teatralidad calculada que no podían haber dejado de percibir, un algo de decencia o de moral los obligó a no insistir.

Y su padre, continuó el poli, ¿lo sabía?

No; bueno, no lo sé, no creo.

Y no le hizo falta añadir: Prefiero no saberlo, siendo así que, desde que había vuelto, Max nunca la había puesto entre la espada y la pared; nunca la había obligado a sentarse juntos para decirle: No nos hemos visto mucho estos últimos años, cuéntame, ¿qué has hecho todo este tiempo?

Y con razón: él lo sabía, y aunque hubiese preferido enterarse de otra forma que no fuera descubrirla en las vallas publicitarias, verla ahí desplegada en las paredes de la ciudad, al tiempo que echaba un vistazo al retrovisor para calibrar si el propio alcalde había visto lo

mismo, le habían atraído sus caderas o sus ojos, pero sin decir nada, él, el boxeador, por la vergüenza y simultáneamente la esperanza de que el otro no lo supiera, preguntándose si ella se le parecía lo bastante como para que un tercero pensase lo siguiente, pensase: Hay que ver cómo se le parece esta chica, igual hasta resulta que es su hija.

Por entonces casi podrían haberse cruzado por carteles interpuestos, el padre y la hija, en las paredes de granito, ambos con el cuerpo semidesnudo y esa mirada magnética que se supone que capta la atención como un imán, aunque opuestos entre sí, de tanto desarrollar cada cual los signos más arquetípicos de lo masculino y de lo femenino: él, un animal musculoso que sobreactuaba, con cada vena marcada, la fuerza y la virilidad; ella, toda curvas lascivas mordisqueándose los labios con los dientes blanqueados. El caso es que podrían haberse cruzado, haberse mirado mutuamente como quien dice de forma incestuosa en las paredes de la ciudad, pero eso no sucedió, como si un peculiar sistema de vasos comunicantes hubiese querido que nunca captasen la luz al mismo tiempo, sino alternativamente, como si en lo alto del cielo un dios risueño hubiese desplazado su único proyector del uno a la otra, y viceversa.

4

Él podría haber vuelto a su sitio detrás del voluminoso escritorio de alcalde, ofrecerle que se sentara frente a él, pero no, le señaló el sofá de cuero que acotaba un saloncito al lado de la ventana. Venga por aquí, dijo, estaremos más cómodos.

Eso, dijo ella, nunca sabré si era un tratamiento especial o si le importaba que todas las personas a quien recibía se sintieran a gusto, que se olvidaran de todo ese mobiliario tan recargado del que él no era más que un inquilino; en cualquier caso, fue él quien dijo: Aquí no soy más que un inquilino, ¿sabe? Y en lo que ella tardó en pasar revista a toda la habitación, en acostumbrarse a todo ese lujo igual que hay que acostumbrarse a la luz al salir de un túnel, él le ofreció que se sentara. Solo que no le dijo: Siéntese; no, le dijo: Por favor, siéntate.

Ella hizo como si no le sorprendiera que empezara a tutearla tan pronto, que quizá por lo joven que era obviamente era normal que se tomara con ella más confianzas que con otra persona, y también porque, claro está, era la hija de Max, es decir, no solo la hija del gran boxeador, sino ante todo y sobre todo la hija de su chófer. Ella, sentándose al borde del sofá, como si temiera hundirse demasiado en la espuma de los cojines, empezó por agradecerle que le dedicara así su tiempo, a lo que él la interrumpió enseguida, insistiendo en que era normal, que si podía ayudarla, por supuesto que lo haría, y aún de pie, encendiéndose un cigarrillo:

¿Te molesta que fume?

Ella dijo que no con la cabeza.

Sírvete si quieres.

Pero, aunque se moría de ganas, mientras él le alargaba la cajetilla, mientras él no había dudado ni por un instante que fuera fumadora, ella no se permitió coger uno; varias veces posteriormente se quedaría mirando ese paquete, varias veces más adelante sería lo único que viese y se concentraría en él para no ceder a la turbación. Entonces el alcalde acercó el cenicero que había encima de una mesa baja y se sentó en el sillón enfrente de ella, con la soltura del que se siente en casa propia y conoce la reacción de los objetos, hasta el leve abombamiento del cojín en el que se hundía, apoyando de inmediato los codos en los reposabrazos, inclinándose un poco hacia delante, como si fuera ensanchándose a contraluz, y el cuerpo en la diagonal de ella, que, obedeciendo a un reflejo seguramente, había tenido que juntar un poco las piernas.

Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

Con la luz del sol que ahora daba de lleno en el suelo y en los muebles de marquetería antigua, con la sombra de los travesaños de las ventanas que dibujaban como una cuadrícula inclinada en la moqueta gruesa, ella acabó diciendo que había vuelto hacía muy poco, que de momento vivía en casa de su padre y que había presentado la documentación para solicitar una vivienda, pero que a lo mejor él podía respaldar esa solicitud y ya está, que sería estupendo para ella si…

Una vivienda, sí, no es cosa fácil.

Y desde el principio no había despegado los ojos de ella, zambulléndose como en un lago volcánico cuyas orillas no quería ver, dejándola a merced de su propio silencio preguntándose lo que tenía que decir, como si la hubiesen obligado a estar allí y ahora la obligaran a mendigar algo.

¿Sabe?, dijo ella, a mí ni se me habría ocurrido pedirle a usted nada, pero mi padre se empeñó en que…

Y en ese preciso instante se dio cuenta, él, de que se había olvidado por completo del padre de ella; se dio cuenta sobre todo de que no le apetecía nada pensar en él, tratando más bien de retomar la conversación, lo que fuera con tal de no notar que Max se interponía entre los dos. Entonces, sin calibrar para sí cuánto había de cálculo o de instinto, prosiguió:

¿Dónde estabas antes?

En Rennes, dijo ella.

Ah, sí…, en Rennes… Está bien, Rennes, una ciudad joven, viva. Pero… ¿irse de Rennes para venir aquí, a tu edad?, suele ser al revés, ¿no?

Ella no sabía si tenía que contestar que sí o que no, por todo lo que quería evitar remover de su vida anterior, que, en los últimos días, afloraba con mayor nitidez en su memoria, como una piel muerta de la que no hubiera conseguido librarse; todas las cosas que se conservaban ahí en imágenes desvaídas, que no desgastadas ni pasadas, sino que más bien no habían pasado suficiente tiempo madurando en el baño químico de la memoria como para que se precisaran los contornos y los colores, como recuerdos en gestación.

Sí, seguramente, acabó diciendo.

Explicó que ahora lo que quería era hacer su vida aquí, en la ciudad donde había nacido y de la que se había marchado hacía mucho tiempo —cuánto tiempo ya, seis, siete años—, a la que había vuelto a veces para ver a su padre, pero desde que ella y su madre habían salido como quien dice huyendo de la casa familiar nunca había pasado más de un fin de semana en su ciudad natal.

Y además… echo de menos el mar.

Ay, el mar, repitió él, desde luego aquí no se lo echa de menos. ¿Y qué estás haciendo ahora? Quiero decir, ¿tienes trabajo?

No…, aún no… Lo estoy buscando, dijo ella.

¿Y qué tipo de trabajo buscas? ¿Algo en psicología?

Ella no supo si en esa pregunta había más ironía o recelo, pero al final contestó:

No, qué va, no necesariamente, de lo que sea, en realidad.

Y aprovechando la pregunta, él se levantó del sillón, como si de pronto quisiera abreviar el encuentro. Por un instante ella creyó que estaba contrariado mientras él se acercaba a los ventanales que daban al patio, metidas ahora las manos en los bolsillos del pantalón con las muñecas levantándole los faldones de la chaqueta, y se quedaba unos segundos eternos de espaldas antes de volverse hacia ella con un giro algo rápido, un poco nervioso también, como quien se adentra en un camino desconocido, y dijo:

A lo mejor también te puedo ayudar con eso, dijo. Encontrarte un trabajo.

Ella, sorprendida, claro está, y diciéndose: Bueno, si el alcalde empieza ofreciéndole trabajo a todos los que entran en su despacho…

Esto… Sí, claro, si se entera de algo…

Pero en realidad a él lo que le interesaba no era su respuesta, sino más bien el tiempo que le dejaba para acercarse de nuevo al sofá donde seguía ella, con las piernas juntas, cuyas rodillas incluso hubiesen querido zafarse de las miradas que les echaba él repetidamente, aun a su pesar. Y, como por arte de magia, coincidiendo con la última sílaba de la frase, él estaba allí sentado, no ya enfrente, sino más bien al lado de ella —sí, eso es, a su lado—, en el mismo sofá de cuero pequeño y un poco anacrónico, a esa distancia que aún no llamaríamos íntima porque le faltaban esos diez o quince centímetros que él sabía que no debía conquistar, o bien que no necesitaba conquistar para evaluar que acababa de hacer lo más difícil, desde el momento en que, al acercársele, ella no se había levantado de golpe, ni aún menos había tratado de despedirse en los segundos posteriores, que ahora él podía seguir la conversación como si no hubiese cambiado nada, es decir, como si fuera normal que un alcalde y una jovencita compartieran el mismo sofá durante una primera cita trivial.

Tendrías que dejarme tus datos para ponerme en contacto si por un casual…

Ella, ahora con los ojazos clavados en él, un poco desconcertada o como si la hubiese pillado por sorpresa, dijo que sí, por qué no, aunque puede que lo más sencillo sea que se lo diga usted a mi padre, ¿no?

Él volvió a sentir como una corriente de aire que pasaba entre los dos, algo así como el fantasma de Max colándose en el amplio despacho y que no debía quedarse allí porque entonces el frágil edificio que estaba construyendo despacito podría derrumbarse, presintiendo que el principal obstáculo era ese, que bastaba con que en cualquier momento Max apareciese en la habitación como un holograma para levantar como un muro entre ambos. Y ese mismo muro era el que ella había sentido de golpe la necesidad de alzar, sin ni siquiera percatarse de hasta qué punto había sido una especie de defensa natural e inconsciente, con tal de protegerse de él, como si cada vez que decía «mi padre» este fuese a aparecer allí, en un

rincón de la estancia, y que ella se refugiaría tras él, como una niña tímida que se aferra a la pierna de un adulto.

Sí, sí, dijo él, pero, bueno, sería más sencillo si me dejaras un teléfono, para que yo pudiera dar tus datos.

Sí, claro, dijo ella.

¿Tienes alguna competencia particular?

¿Cómo?

Qué sé yo, ¿hablas inglés? ¿Has trabajado ya en algún sitio?

Sí, un poco, en… Y, bifurcando en su fuero interno, dudando por un instante si debía decir la verdad, prosiguió: En un bar.

Ah, ¿sí? ¿En un bar? ¿Y te gustaba?

Sí, sí.

Pero a partir de ahí, a él le interesaron tan poco las frases que pronunciaba como las respuestas de ella; cada palabra solo servía para llenar ese tiempo que le permitía situarse para dominar la situación, cosa que ella no tardó en comprender; al menos una parte de ella hizo algo más que sospecharlo, que él tenía en mente otra cosa cuando cada segundo que pasaba tan despacio parecía como si tuviera un sismógrafo en el bolsillo para medir las vibraciones que partían de ella, al tiempo que él se acercaba despacio, muy despacio, a lo que pronto habría que llamar el epicentro, teniendo en cuenta que el seísmo aún no había tenido lugar; por ahora solo los movimientos invisibles de las placas subsumiéndose y deslizándose por esa especie de magma que movía únicamente su deseo. Y hete aquí que, del mismo modo que en tectónica sobreviene el momento del choque, sintió ella que la mano de él se ponía encima de la suya a la vez que le decía:

Voy a ver qué puedo hacer para ayudarte.

Ella sintió que se le cortaba la respiración, como si clavaran un clavo en un reloj para detener la manecilla, y se quedó sin moverse durante unos segundos eternos, cortada en definitiva, con el cerebro en pausa, es decir, sin reflexionar ni titubear, sino simplemente detenido, con esa información nerviosa que sí que había subido hasta allí, al cerebro, pero se había quedado bloqueada, como un ascensor entre dos pisos.

No sabría decirles, les explicó ella a los policías, cuánto tiempo tardé en retirarla, esa mano atrapada en la suya. Solo me acuerdo de que al final lo hice y que la deslicé en la otra que aún estaba

libre y me puse de pie, no lo bastante rápido, pensaría más tarde; es decir, de una forma que habría significado que no había nada que hacer, al menos eso fue lo que supuso retrospectivamente, pero solo retrospectivamente.

Así que, apurado quizá o bien ofendido, lo único que se le ocurrió hacer a él tanto para zanjar el encuentro como para tender un puente hacia el futuro fue ponerse de pie a su vez y decir:

Bueno, voy a ver qué puedo hacer por ti, mientras volvía sin titubear hacia el escritorio para coger un bolígrafo y una libretita donde le pidió que escribiera su número de móvil; ese también, sí, era uno de sus trucos, mencionó ella a la policía, esa forma de dar a entender que no la estaba tratando como a cualquiera y que anotaba su número en una libreta personal. Hay gente así, dijo ella, capaz de hacerte creer que en el mundo solo existes tú.

A su vez le alargó su tarjeta de visita, la que llevaba el escudo de armas de la ciudad y su nombre impreso; no la entregó, la alargó, y ella se acordaba muy bien del instante en que la tarjeta quedó entre las manos de ambos, como suspendida en el aire encima de un precipicio, y que él la retenía suavemente. Ella lo notaba, la pasarela de papel que los vinculaba mientras no se atrevía a tirar más fuerte para cogerla. Y entonces él dijo: Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme. Y solo entonces la soltó. Una vez más, ella le dio las gracias, en esta ocasión con la tarjeta en la mano, sin saber dónde guardarla, mientras él, curtido en concluir citas, la acompañaba hasta la puerta, presionándole lo justo la espalda con la mano para empujarla hacia la salida y darle a entender por última vez que se ocuparía de su caso.

5

Desde luego que la llamaría, pensaba él, la única duda era cuándo; él, al que se veía detrás de los ventanales del despacho, observando cómo desaparecía ella debajo de la portalada de piedra al tiempo que, tras mirar la hora, se llevaba el teléfono a la oreja para pedirle a Max que fuera a recogerlo. Max también la había visto salir del ayuntamiento, a su hija ya mayor con el vestido de lana, al estar, por su parte, aparcado al fondo del patio, sentado al volante del sedán municipal, esperando a que lo llamasen como si no fuera más que un taxi, y la había seguido con los ojos a la sombra de las piedras pardas. Diríase que el alcalde le había pasado el relevo de la mirada: dos cámaras lo bastante sincronizadas como para cubrir el campo de la realidad de ella, como si hubiera un regidor de televisión preparado para cambiar de una pantalla a otra. Max no se dirigió a ella ni se atrevió a abrir la ventanilla ni aun cuando pasó junto a la carrocería del coche; vio por el retrovisor cómo se alejaba la espigada silueta andando deprisa, ella con la mente demasiado absorta en repasar la película de su cita, demasiado preocupada como para siquiera verlo. Tampoco se dirigió a ella porque, en el momento en que pasaba como una sombra junto a él, le estaba sonando el teléfono, y era Le Bars. Entonces, apresuradamente, Max puso el coche en marcha y lo movió hasta el pie de la escalinata; bajó como de costumbre para abrir la portezuela de atrás al mismo tiempo que Le Bars le decía: Al Neptuno, Max, llego tarde. Y volviendo a ponerse al volante, Max arrancó con brío como él sabía hacerlo, pasó la puerta estrecha que lleva fuera del recinto y le dijo

al alcalde: Hoy hay marea alta, habrá que pasar por detrás.

En esta ciudad es así: los días de pleamar el mar se queda ahí, exactamente al mismo nivel que la ciudad que se extiende hacia el interior, hasta tal punto que se la podría tocar desde la carretera cuando el tiempo está tranquilo, y cualquiera creería que es de asfalto y que se puede andar por encima como por una explanada. Y entonces, si por ventura el viento y la corriente se han confabulado en altamar para empujar el océano más duramente tierra adentro, la carretera que bordea el mar se cierra, sumergida bajo las olas que van a morir allí. Esos días hay que dar un rodeo por las calles de atrás para salir del casco viejo, que forma como una isla de granito a punto de inundarse. Debieron de hablar de eso, el alcalde y su chófer, de que las mareas vivas cada vez eran más violentas, y se lo atribuían al cambio climático, que a ese paso algún día acabarían como en Venecia, una ciudad de canales y de paredes deslucidas, que en lugar de un coche pronto voy a necesitar una zodiac para llevarlo, le dijo Max al alcalde. Y luego, metiéndose de lleno en el silencio que siguió, le preguntó qué tal le había ido con Laura. Y Le Bars estaba esperando la pregunta como un bateador la bola en el momento del lanzamiento. Entonces, poniendo cara de estar enfrascado en pensamientos muy lejanos, pareció volver a la realidad como si se despertara: ¿Cómo? Bien, sí, muy bien… Vamos a ver qué podemos hacer por ella.

¿Le va a encontrar una vivienda?

Lo voy a intentar, dijo él.

Y Max ya estaba reduciendo la velocidad al acercarse al Neptuno; a lo lejos el mozo que no tardaría en abalanzarse hacia la portezuela para recibir al alcalde y acompañarlo dentro, a la amplia sala panorámica que dominaba el mar, donde quedaba regularmente con algún banquero o promotor o político, porque las cosas eran así, en el Neptuno estaban todos los notables y ediles con los que contaba la ciudad que a menudo coincidían allí, haciéndose creer unos a otros cuando se saludaban que lo único que los había reunido allí era una feliz casualidad, de tal modo que, si alguno de esos encuentros tan fortuitos desembocaba en una oportunidad lucrativa, caramba, es que esa misma casualidad, al igual que un humo denso cuya finalidad era tapar el cálculo o la colusión, lo había dispuesto todo tan bien como antaño en Roma para

encontrarse en el vapor de un baño. Y el Neptuno estaba tan anclado en las costumbres de la ciudad que el propio alcalde, aun queriéndolo, no habría podido prescindir de él, y Le Bars mucho menos, porque estaba allí como pez en el agua, encantado de encontrarse con otros peces de la misma especie, uno de los cuales precisamente lo estaba esperando en su mesa, llamado Franck Bellec y vestido con traje blanco.

En esta ciudad no hay ni cincuenta personas con traje blanco. Están los curas, el domingo, a la salida de misa; puede que algunos novios, el sábado, en el ayuntamiento; y luego está Franck Bellec, el gerente del casino y amigo íntimo del alcalde, el mismo que acababa de entregarle la chaqueta al camarero y se sentaba prestamente a la mesa. Y recorriendo la sala con la mirada para asegurarse de que nadie lo oía, haciendo un ademán con la mano para saludar a fulano o a mengano, que se sentaba un poco más allá, le dijo casi susurrando:

Nunca adivinaría quién acaba de salir de mi despacho.

¿No?, dijo Bellec.

La hija de Max Le Corre.

Él, Bellec, que hasta entonces estaba arrellanado delante del mar que se extendía hasta el borde de las cristaleras, se echó hacia atrás en la silla, tragando saliva al oír el nombre de Max Le Corre.

Y Le Bars lo sabía, que para Bellec ese nombre no era un mero dato en los libros del registro civil, sino más bien un mamotreto viejo que hubieran abierto con demasiada brusquedad, con todo el polvo olvidado de una época que de pronto vuelve a volar por los aires.

¿La hija de Max?, dijo.

Sí, respondió el alcalde, usted la conocía, ¿no?

Creía que estaba en Rennes.

Sí que estaba, pero ha vuelto a casa de su padre. Me la ha enviado él. Quiere que le busque una vivienda.

Y cada vez que pronunciaba el nombre de Max, no habría hecho falta ponerle a Franck un estetoscopio para percatarse de los tumbos que le daba el corazón, aunque mantuviese esa actitud indiferente que sabía fingir, esforzándose por comer como si estuvieran hablando del tiempo.

Ah… ¿Y qué piensa hacer?, preguntó.

No lo sé, dijo el alcalde, no puedo sacarme de la manga un piso para ella así como así.

Y Franck contestaba mecánicamente que sí, que estaba claro, al tiempo que le habría gustado seguir pensando: «Pero ¿por qué me cuentas todo esto, que no me incumbe?», y puede que también: «No quiero que me incumba», al menos hasta que Le Bars prosiguió.

Mientras tanto, a lo mejor podría ayudarla alguien.

Entonces Franck alzó la mirada del plato, frenando en seco el tenedor que se llevaba a la boca, y dijo:

¿Cómo que «alguien»?

Pero no hacía falta que el alcalde dijera nada más para que él ya lo hubiese entendido, es decir, para que abarcara prestamente la situación, como si hasta entonces hubiese estado con la nariz pegada a los detalles de un cuadro de grandes dimensiones y de pronto retrocediese unos metros para verlo en su conjunto; el conjunto de la petición del alcalde y el conjunto ya, seguramente, de su complicidad, por las antiguas y complejas relaciones que mantenían. Eso era del dominio público, a pesar de todo lo que, a primera vista, los diferenciaba tanto, el uno pulcro y serio con sus trajes entallados en torno a la creciente tripa, y el otro inexorablemente asociado al lado oscuro y subterráneo del mundo, aquel al que la blancura de su traje no solo no compensaría nunca, sino que exponía más aún, como los faros de un coche a la hora del crepúsculo nos recuerdan que se va a hacer de noche. Y Le Bars continuó:

Franck, usted podría encontrarle algo…

Yo… no estoy seguro de ser la persona indicada.

Y si, a su alrededor, alguien hubiese estado siguiendo su conversación, a partir de ese momento le habría resultado de lo más opaca y no habría podido captar lo que realmente decían con palabras tan abstractas como *alguien* o *algo*, con lo curtidos que parecían estar, los dos hombres, en esa gramática de los pronombres y de los puntos suspensivos, como dos mafiosos que tuvieran un código de honor para no designar nunca las cosas por su nombre. En cambio, lo que sí se podía entender era que ya habían tenido esa clase de conversación, por no decir la misma; si no, ¿cómo se iban a entender usando un léxico tan reducido, cuyos datos concretos parecían ocultos en los recovecos de un idioma por

debajo del que se desplegaba la evidencia de una realidad compartida? Y cómo, si no, podría haber contestado Franck:

Yo… no lo sé, normalmente las habitaciones son para el personal del casino, no para…

Y miró a derecha e izquierda, temiendo haber hablado demasiado alto y demasiado a las claras. Y Le Bars parecía que se esperaba las reservas de Franck, por una parte porque lo conocía bien, por otra porque parecía que él, el alcalde, había tenido tiempo, en el coche que lo había llevado hasta allí, de proyectarse la película exacta de esa conversación, como si fuera una partida de ajedrez que ya hubiese jugado, y contestó prestamente:

También le he dicho eso.

¿Cómo? ¿Qué es lo que le ha dicho?

Que podría ayudarla a encontrar trabajo.

¿En mi casino? ¿Ayudarla a encontrar trabajo en mi casino?

Y Le Bars no veía cuál era el inconveniente de ayudar a una cría en apuros, mientras que Franck, por su parte, no veía más que eso, el inconveniente, diciéndose: Bueno, la chica lo ha impresionado, vale, pero no puede ser, no puede hacer eso…, al tiempo que sabía cómo era Le Bars, con ese aspecto austero bajo las pobladas cejas, pero también toda la energía caprichosa que palpitaba por debajo, tan tozudo como un niño con pataleta, sin perder esa especie de dignidad algo fría de quien, con toda certeza, no tiene ningún problema de conciencia.

No creo que sea mucho compromiso, y por otra parte…

Y a Franck no le hizo falta oír más, no le hizo falta oír lo que ya decía plena y contundentemente por sí sola la locución *por otra parte*, por la forma en la que Le Bars se había detenido por voluntad propia en plena frase. Para entonces, Franck, callado, ya había comprendido, ya había interpretado el *por otra parte*, no como una mano ganadora que el otro se disponía a mostrar, sino como el mero recordatorio de que el destino de ambos estaba lo bastante unido como para que él no pudiese desgajarse así como así, a saber: lo que todo el mundo sabía, que el despacho de Bellec no era más que una sucursal del ayuntamiento, donde se tomaban decisiones más importantes que en el consejo municipal; tanto es así que había quien se refería a ese lugar como «el ministerio de economía y finanzas» y a Bellec como al tesorero mayor de la ciudad. En cierto

modo, sí que lo era, Franck Bellec, un tesorero de primer orden, tanto es así que ni un alcalde ni un banquero ni qué sé yo qué pez gordo habría escatimado en visitas al Príncipe; a veces, sí, lo llamaban el Príncipe, y era un asunto de mutuo acuerdo entre todos que esta ciudad tenía dos sedes y dos rostros, el del alcalde y el de Bellec, y que entonces, con ese «por otra parte» que aún le retumbaba en los oídos a Franck, lo único que había hecho Le Bars era recordarle lo que eran el uno para el otro: dos arañas cuyas telas llevaban tanto tiempo enredadas que ya no se distinguía qué glándula salivar había tejido el hilo que las mantenía juntas, quedando ambos mutuamente obligados, como si se hubieran armado caballeros el uno al otro, en una especie de vasallaje retorcido y, por así decirlo, biyectivo que solo las personas con poder saben mantener durante una vida entera y son capaces de designar, mientras sonríen, con el hermoso nombre de *amistad*. Sí, era todo aquello, toda esa «amistad», la que de golpe se engarzaba en la expresión *por otra parte*, y que Le Bars no tenía necesidad alguna de desarrollar más allá de sí misma para que Franck calibrase hasta qué punto, si alguna vez alguien pasaba la escoba por el techo, las dos arañas caerían al mismo tiempo, y con ellos toda la ciudad, como si también estuviera colgada de una cuerda de tender que una parca o una hilandera podía cortar en cualquier momento.

¿Y quién iba a sospechar que esa parca sería una joven de veinte años, con un nombre menos mítico que Láquesis o Cloto, pero, en las manos, las mismas tijeras afiladas que ahora amenazaban, sin saberlo, con cerrarse sobre el hilo tenue de sus telarañas? En cualquier caso, todo aquello era lo que Franck Bellec interpretaba ya como una amenaza remota, demasiado remota y demasiado desconectada de su capricho, el de Le Bars, como para tenerla en cuenta; tanto es así que, en el momento en el que cayó el «Me lo debe», en el cerebro de Franck la vista ya no se empañó con un simple velo, sino que una pared de piedras entera se desmoronó de repente para formar una pantalla oscura. En otras palabras, el alcalde acababa de notificarle más abiertamente que de costumbre y en una lengua menos escueta que de costumbre que, si se negaba, a menos de una legua a la redonda había otros que solo estaban esperando eso, que Bellec se retirase.

Bueno, soltó, se puede intentar.

Y mientras le cedía la victoria a Le Bars, mientras su mirada se deslizaba por los haces de sol que caían en la moqueta, de pronto se perdió en cada mota de ese polvo que se había alzado y se arremolinaba despacio por el aire como añicos de cuarzo o de mica que estuviera observando en un microscopio. En medio de todo ese polvo luminoso, algo en su interior parecía saber que acababa de transformar su casino en un polvorín gigantesco, en el sentido en que Laura era el principal barril de pólvora; en el sentido en que el propio Max Le Corre, pensó Franck, era en adelante la cerilla que solo aspiraba a que la frotasen.

6

En todas las historias ocurre, hay un pasado mineral que actúa como zócalo para todos, de los que en los libros se redactan en pluscuamperfecto, el paisaje en ruinas que aparece de fondo en algunos cuadros antiguos. Así pues, se conocían mucho, Max y Franck, o más bien se habían conocido mucho, pero con la edad o la desconfianza, cuando en las ciudades pequeñas uno sospecha que va a convivir hasta la muerte, entonces aprende a encontrar la distancia correcta, y tras pasar mil días como hermanos más adelante sabe saludar cortésmente, casi como si no hubiese pasado nada. Apenas en la mirada se recuerda aquella cercanía, pero en los abrazos que se mantienen por costumbre se dibuja aún, como en una sombra proyectada, el camino recorrido juntos. Pero resulta que ese camino común, para Max y Franck, era de varios kilómetros, cuando durante tantos años Bellec fue nada menos que el representante de Le Corre e incluso algo más que representante: el hombre que lo había iniciado en su carrera, que la había acelerado, por no decir construido; tanto es así que sin Franck, decía a menudo Max, no se habría convertido en ese boxeador profesional que, según contaba, nunca había querido ser.

Pero el hecho es que de muy joven tus talentos te obligan, sobre todo si alguien viene a señalártelos con el dedo en un gimnasio del extrarradio y te pinta el futuro de colores brillantes. Sobre todo, si ese hombre se llama Franck Bellec y su traje blanco ya reluce en los pasillos de la ciudad; él, que durante tanto tiempo fue el único que creía tener aspecto de príncipe cuando en la noche desdinerada se

pateaba las tabernuchas y saludaba a todas las manos como, qué sé yo, un aprendiz de camello que ya sabe que tomará el poder. Y ese mismo traje blanco, objeto de tantas burlas, tan anacrónico, tan sometido a las imaginerías más manidas, hubiérase dicho que era como un desafío consigo mismo para llevarlo a lo más alto de la noche, una especie de contrato interior que lo vinculaba íntimamente a lo que llamamos *ambición* y que acabaríamos creyendo que se limitaba precisamente a eso: lograr que la blancura de su traje pasara del escarnio general al respeto absoluto.

A partir de ahí, puede decirse que Max fue el primer módulo del cohete Bellec, cuando al verlo boxear sintió que le había tocado el premio gordo de su lotería nacional particular. Si hay algo que no se puede negar de Franck es la intuición que tuvo ese día, y quizá fue el primero que se sorprendió de que resultara tan certera y tan lucrativa: años fastuosos, pues, en los que se pudo ver a Max alzar los brazos en el *ring* incluso antes de que el árbitro lo proclamara oficialmente vencedor, con el adversario en el suelo sufriendo para levantarse de una derrota por
KO
, todo aquel tiempo en que la luz de las salas de boxeo era más radiante que la del día. Pero, si Max era el sol de esa claridad, era Franck el que medraba como una planta a la luz de sus rayos, más deprisa que un árbol tropical en un invernadero.

La propia Marielle, la propia mujer de Max a la sazón, no tardó en entenderlo: Franck le gustaba tan poco como el boxeo, y vio, al pasar el tiempo, cómo se iba borrando el hombre con quien se había casado; y qué más le daba, estar casada o no, desde que en lugar del adolescente de mirada vacilante tenía que padecer en Max al pugnante boxeador entregado en cuerpo y alma a su deporte; y lo del cuerpo, pase, pensaría ella, pero lo del alma ya era otro cantar. Sí, el alma era otro cantar; él, que parecía habérsela entregado a Franck mediante vaya usted a saber qué metempsicosis, impulsado por esa fe casi animal que el otro, el mismo Frank, se esmeraba en transmitirle sin cansarlo. Tanto que parecía como si hubiese depositado en el cuerpo de Max toda la energía sobrante que él no podía consumir; él, Franck, más bien bajito y enjuto de tanto nervio, pero que rezumaba por doquier esa brutalidad mal ubicada cuyo primer exutorio parecía ser el boxeo, y el cuerpo de Max, el

primer delegado. Durante los combates, se lo veía en primera fila, con pinta de que los golpes que recibía Max le dolieran más a él, y yendo a palmearle la espalda entre asalto y asalto y a darle un beso en la frente cuando ganaba. A veces incluso le entregaba un ramo de flores que le pedían que llevase mientras Max alzaba los brazos con el estruendoso himno del vencedor de fondo, ambos conscientes de que esa música algo ensordecedora de metales y percusiones no era el punto final de la velada, sino más bien la sintonía de otro mundo que se abría, es decir: el mundo sin final de la noche. Y a Max lo recibían como un hijo pródigo todos los peces gordos de la ciudad; de pronto se le abrían parques y villas que daban al mar, piscinas y fiestas que se celebraban en su honor colocándolo ahí, en lo más alto de su trono, sin que se percatara de que todos preferían estar en su lugar antes que en el suyo, el de Max. Y Bellec el primero. Porque sabían, por atavismo o por experiencia, que ese tipo de lugar estaba montado sobre pilotes ya carcomidos. Todos ellos se habrían guardado muy mucho de pisar siquiera la plataforma ya podrida que le servía de trono, y solo dejaban que el champán se vertiera en sus copas desde lo alto de la pirámide y aplaudían de mil amores al hombre coronado, como si este —por ejemplo, Max en la época de sus victorias— fuera el gobernador de una ínsula imaginaria y él, el único que no lo supiera.

Cabe decir que esa ínsula se regía por leyes extrañas escritas con tinta invisible, de esas que en los cuentos solo se ven a contraluz en los pergaminos antiguos y que muchos no saben descifrar, en todo caso él no, Max, que de buen grado se conformaba con la superficie satinada del papel donde él aparecía a veces en las revistas, fotografiado por sorpresa, como rey de las glorias nocturnas. Solo que entre esas leyes inmutables hay una, sin embargo, escrita en caracteres más gruesos que las otras en el gran libro de la noche: que todo rey necesita una reina. Una ley que Max no incumplió. De hecho, su reina tenía nombre de tal: se llamaba Hélène. Y era la hermana de Franck.

Se cuenta que Max cayó por su culpa, que ella ya lo había hecho con otros y que arrasaba con todo a su paso. Se cuenta que era la más letal de todas las putas de la costa bretona y tenía ese sexto sentido que siempre intuye dónde se encuentra el dinero, o no tanto este —porque eso todo el mundo lo ha sabido siempre—, sino el

punto débil de quien lo tenía, como si su cuerpo no hubiese sido más que un detector de metales capaz de imantar en bloque la fortuna y el corazón de un hombre. De modo que saber cómo y qué día había entrado en la vida de Max era algo que se había perdido en las sombras del tiempo, pero, flotando en la noche como el polen en el aire, acabó cayendo en sus brazos a la luz de una discoteca, puesto que ese era el mundo exótico que Max había adoptado y el biotopo de ella, que en realidad tenía más de abeja que de polen y fecundaba con la mirada a todos los hombres-flor sentados en las barras. Así pues, a Max le tocó estar allí, en ese mundo al revés donde algunas mujeres libadoras se cuelan con agrado en la corola de los hombres y los deslastran entonces de todos sus estambres, salvo que en este caso los estambres tiene forma de billetes de cien euros que ellos se sacan del bolsillo de diez en diez y los reparten sin contar; ellas, avispas más que abejas, que no polinizan nada, sino que más bien esparcen las semillas al albur de las copas, y Hélène la más afanosa de todas, habiendo logrado que se admitiera esa ley tácita e inalienable que representaba su precio y su libertad personal, los de la más onerosa y más libre de las anfitrionas.

Max, le dijo un día Hélène a Laura, era como una gran hucha en forma de cerdito que el boxeo llenaba de monedas de oro y que todas las noches los demás se afanaban en hacer añicos para vaciarla. Tras lo cual, allí estaba ella para pegar los pedazos, es decir, volver a darle el falso amor gracias al cual seguiría siendo rentable, lo bastante sólido para que volvieran a llenarlo de monedas contantes y sonantes, y luego lo rompieran de nuevo, y así una y otra vez. De modo que había dos posibilidades: o bien no se enteraba de nada, o bien le convenía.

Pero había alguien a quien no le convenía, y esa era Marielle, claro está, que no se dejaba engañar con todo aquello. Pero a saber por qué giro del orgullo sucede que cada cual jerarquiza a su favor y entonces, por amor o paciencia o esperanza, creyendo en definitiva que se trataba de un capricho pasajero, ella, Marielle, debió de creer mucho tiempo que residía en el núcleo de una verdad más digna y con más porvenir, la clase de porvenir que Max alimentaba con mil promesas que se habían hecho mutuamente de que el boxeo, lo sabían, duraría una temporada, que en cuanto pudiera lo dejaría; «en cuanto pudiera» quería decir en cuanto

hubiese ahorrado suficiente dinero para la clase de vida futura que las parejas tienen el don de inventar, con tal de ver en ella la ilusión que los mantiene juntos, pero solo la ilusión cuando al mismo tiempo seguía hundiéndose en la noche regia, de forma tal que, con cada promesa que le hacía a Marielle, ella acababa viendo a través de un espejo sin azogue desde el que observaba la vida sin bordes de su marido, la vida suntuaria y como quien dice floral del desgraciado de su marido.

¿Fue esa la expresión que usó Marielle delante de su hija de trece años mientras llenaba la maleta y se preparaba para irse? En todo caso, para Max resultó aún más inaudible oír una noche de octubre la frase definitiva que Marielle solo pronunció una vez, exactamente: Me voy, Max, te dejo, para esfumarse luego en la noche brumosa, dando apenas un portazo, pero dejando la puerta lo bastante cerrada como para que él comprendiese de inmediato que no volvería. Ni ella ni Laura. Y para él, que no lo había visto venir, que aún creía estar tocado con la corona real para las próximas mil noches, de golpe fue como la carroza del cuento que se transforma en calabaza; salvo que a Max, es cierto, nunca le habían dicho que llegaría la medianoche.

Ni que esa medianoche se prolongaría varios años; de eso tampoco habían avisado al que parecía atrapado en una caída que no se acababa nunca, alejándose de las salas de boxeo sin que nadie tratara de volverlo a llevar, ni siquiera Franck Bellec, menos que nadie Franck Bellec al que un tal Le Bars que había ganado las últimas elecciones acababa de proponer que regentara el casino. Así fue pues como el cohete blanco soltó en el espacio el primer módulo que ya le resultaba inútil, un Max hecho jirones de metal que explotarían en la oscuridad y cuyo destello ya no sería la iluminación de las piscinas de los parques de las villas, sino más bien la luz de neón de los bares a la hora de cerrar, con esa tez amarillenta que uno se ve necesariamente en el espejo del aseo, y las ganas de golpear con las manos desnudas el propio reflejo.

7

Una de las primeras cosas que Franck le dijo a Laura fue lo siguiente: que nunca se habría imaginado que vería a Max boxeando de nuevo, que tu padre, no, eso jamás lo habría creído, y eso me trae viejos recuerdos. ¿Sabes?, añadió, tu padre y yo fuimos muy amigos, como si hubiese sentido la necesidad de justificarse con ella, que ahora estaba allí sentada, en ese despacho apenas más modesto que el del alcalde, aunque de otro estilo: la cristalera circular y el amplio acuario, en el lateral las estanterías barnizadas que albergaban algunos recuerdos de tiempos pretéritos; ahí, dentro de una vitrina retroiluminada, colocados en equilibrio como rosas en un jarrón, había incluso un par de guantes de boxeo, con la inscripción «MAX LE CORRE, CAMPEÓN DE FRANCIA DE 2002» en la plataforma de metal que los sostenía, a modo de santa reliquia que ninguna riña posterior había podido estropear, tan fijos como escudos de armas centenarios expuestos a la entrada de la ciudad. El propio Max, que no debía de haber cruzado sino una o dos veces las puertas del despacho de Franck, si de algo estaba seguro era de que esos guantes no se habían movido, y seguían siendo el gran orgullo de Max, tanto como el suyo. Y mientras el propio Franck veía cómo Laura los miraba fijamente, quizá sorprendida de encontrárselos allí, se agradecía tácitamente el haber contribuido, con demasiado orgullo como para subrayarlo, con un «¿Sabes que gracias a mí tu padre…?», pero aún más orgulloso de poder callárselo, reinando en la ciudad desde tan alto que ni siquiera le importaba que no lo supiera. Porque si había algo que sospechaba

que Max nunca le había dicho a su hija era precisamente eso: que sin él, Franck Bellec, Max nunca habría sido el boxeador que fue. Y Franck volvió con que nunca pensó que volvería a verla, a Laura, en su ciudad natal, que la última vez que la había visto era muy pequeña, puede que diez o doce años, y muy guapa ya, no pudo dejar de decirle mientras ella estaba sentada, por invitación suya, junto al ventanal redondo que abarcaba todo el mar. No se atrevió a preguntarle por Marielle, y aunque hubiera podido, ella le habría contestado que para ella eso era una historia muy lejana y más cerrada que el casco viejo de la ciudad; habría añadido que a pesar de los años transcurridos seguía sin caerle bien y que no aspiraba a volver a verlo, a Franck, pero tampoco a Max, con el que solo había coincido lo justo para que él viera a su hija crecer.

Pero Franck no inquirió nada, ni hizo ninguna pregunta sobre lo que la había llevado allí, ni mucho menos ironizó con las vallas publicitarias en las que también la había visto y, obviamente, reconocido, del mismo modo que había oído el murmullo anónimo que corría como el viento por las calles de que sí, que la bomba erótica que posaba en ropa interior en las marquesinas de los autobuses era la hija de Max Le Corre. Aún menos le diría a Laura que ahí mismo, al fondo de un cajón, tenía guardada la revista en la que, a los dieciséis años, había ocupado las páginas centrales desplegables, esas donde queda descartada la ropa interior.

Ella, con los ojos perdidos como una niña, los habría dejado deslizarse a lo largo de las paredes y por el mar, que siempre a través del ventanal se reflejaba en la extensa vitrina que presidían las copas de los boxeadores, al lado de las fotos de las personalidades que un día u otro habían creído conveniente pasarse por la cancillería local para posar con él, Franck, en la gloria tan relativa del local. En una de ellas, incluso, se topó con la cara de su padre en compañía de a saber qué ministro o presidente de principios de siglo, su padre aún joven sonriendo con el calzón color platino, el pelo teñido de rubio que llevaba a los veinte años, y al lado de ambos de nuevo Franck, con el traje blanco que atraía la mirada como un fetiche del que no podía decirse si traía buena suerte, pero cuya presencia, al repetirse en cada fotografía, parecía concentrar el destino de todos aquellos que sonreían en la noche artificial. Y puede que porque también tenía delante al propio

Franck en carne y hueso, Laura tuvo la sensación de que a este le había salido bien el truco, había logrado rebajarlos a todos a la ironía de su paso por la tierra mientras que él con su traje blanco parecía de alabastro y ya casi muerto, como esa calavera colocada encima de una mesa en una esquina de los cuadros barrocos, que cubre de vanidad todos los objetos representados. Él mismo entonces, volviendo a pasar revista a las imágenes con el prisma de la mirada de ella, quizá se le pueda atribuir ese sentimentalismo, se dejó arrastrar un momento a la añoranza de Max y de su amistad.

Bueno, pero no está aquí por eso, pensó Franck, y mientras le ofrecía sentarse en una silla de cuero enfrente de él le dijo:

¿Sabes que vienes muy bien recomendada?

Ella trató de sonreír sin saber siquiera si lo hacía por apuro o por complicidad.

El alcalde me ha dicho que estabas buscando trabajo.

Sí, bueno, no, una vivienda, dijo ella, fui a verlo por una vivienda, bueno, fue mi padre quien…

Ah, ¿que no estás buscando trabajo?

Sí, también, pero…

No, porque aquí la norma es que solo alojo a las que trabajan.

¿A las que trabajan?

Sí, las chicas que…

¿Se refiere a los ganchos?

Por un instante, Franck se quedó sorprendido, cortado incluso, y luego se dijo que sí que era hija de Max, en efecto, la misma mezcla de debilidad y de orgullo, de repentina altivez que trataba de parecer un respingo de amor propio en lo más hondo del servilismo; sí, pensó cosas así, puede que no tan elaboradas, pero, aun así, cosas negras y condescendientes, por lo mucho que le notó a Laura que había dicho eso para demostrar que no la engañaba, pero, en la vida, no dejarse engañar nunca ha bastado para no ceder; no ceder, pensó él, es otra cosa, otra fuerza, otra naturaleza, así que, pobrecita mía, que te hagas la lista no impide que estés aquí. Entonces, casi sin inmutarse, respondió:

Nosotros solemos decir *anfitrionas*, pero, si lo prefieres, *gancho* también sirve.

Y la dureza, dijo Laura más tarde, cuando se asume, resulta insalvable. La única salida sería marcharse corriendo, pero,

curiosamente, no te da por ahí, curiosamente es como soltarle una descarga eléctrica a un perro para que no vuelva; sí, eso me dio a mí, diría, es de locos, ¿no?, no me irritó, qué va, me domó.

Puedo hacer una excepción contigo, prosiguió Franck.

¿A qué se refiere?

No tendrías obligación de trabajar.

Y su mirada era tan densa en ese instante que Franck pensó que la joven sencillamente se iba a levantar y a marcharse, que no tenía intención de ser una excepción y aún menos de que le hicieran favores por el nombre de su padre o, lo que es peor, por su cara bonita. Pero no fue lo que hizo. Tan solo replicó:

Necesito dinero.

Sí, lo entiendo. Pero no estoy seguro de que…

Y él mismo se interrumpió por culpa de las palabras que no quería decir… Digamos que podrías trabajar detrás de la barra, no tendrías que… Y concluyendo rápidamente: De todas formas, sería temporal, hasta que Quentin te encuentre una vivienda de verdad.

¿Quentin?

El alcalde… Es su nombre de pila… Quentin.

Pero resulta que en la mente de Laura el alcalde no solo estaba muy lejos, sino que se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba o que en todo caso nunca lo había aislado de su patronímico, así que oír «Quentin» a secas era como encontrarse de golpe y porrazo en una intimidad que no había pedido.

Y a tu padre, prosiguió Franck, puedes decirle nada más que…

Pero esa frase tampoco logró acabarla, como si con esa especie de lapsus hubiese dejado asomar lo único que lo reconcomía desde que ella había entrado allí, como un dolor antiguo del que se creía curado y que de golpe se despertaba, algo así como si un cirujano después de operar dejara en un cuerpo un trozo de hierro que, al oxidarse, se hace notar mucho más tarde en la memoria de los órganos. Eso le pasó a Franck, ahora que Laura estaba sentada allí, es decir, que había destruido el perímetro de seguridad que él creía haber establecido para siempre con Max, pero que ahora, a su pesar, el imbécil de Le Bars había pisoteado.

A mi padre le diré lo que me parezca, dijo ella, no es asunto suyo.

Y notar cómo se alzaba ese muro que separaba tan a las claras al

padre y a la hija para Franck fue como una liberación.

Tengo que presentarte a Hélène, retomó él, es quien se encarga de la sala. Y poniéndose de pie para invitarla a seguirlo, con esa expresión casi cómplice que sabía poner, añadió: Es mi hermana.

Uno al lado del otro bajaron un piso hasta la amplia sala de juego, que ya estaba llena a esa hora del día, aunque del día no se viera nada a través de las paredes enmoquetadas de negro que bordeaban toda la sala, y aún menos en la barra de acero que delimitaba el bar y en la que se reflejaban las lámparas que caían desde lo alto del techo, con esa iluminación un poco malva y tamizada que cree que sabe vestir la noche, o al menos codificarla aun en pleno día, con tal de hacer que se olvide el orden del tiempo. Y por descontado no iba a ser ella, Hélène, ahí sentada en la banqueta alta, quien pusiera el tiempo otra vez del derecho; ella, a quien los años habían descoronado, pero que seguía siendo hermana de Franck, ahí colocada al lado del bar como un amuleto raído tras sufrir ese envejecimiento acelerado que cae sobre la gente de la noche como una cuchilla: a los treinta y cinco años aparentaba diez más, para ella el tiempo se había transformado en un dios punitivo que había decidido descolgarle las mejillas e hincharle los párpados con todo el alcohol sobrante que su sangre no debía de haber absorbido.

Hélène, dijo Franck, te presento a Laura… Va a trabajar con nosotros. Y, tratando de hacer pasar el asunto como un mero detalle, añadió: Es la hija de Max.

Y fue una suerte para él que Laura ya le hubiese tendido la mano a Hélène, obligándola a conservar la mirada tranquila que estaba a punto de perder, ocultando así, en el momento de las presentaciones, su anonadamiento. Porque no cabe duda de que a Hélène, por dentro, se le hizo un nudo muy fuerte al oír el nombre de Max, como una acritud que empieza en la boca del estómago, al tiempo que allí, en sus rasgos, en su rostro de ojeras y sombras, no se reflejaba nada, es decir, que todo daba a entender que eran dos perfectas desconocidas. En cierto sentido era verdad, dado que Laura nunca había oído hablar de Hélène, dado que ese nombre nunca había salido de labios de su madre, ni nada que hiciera mención a una puta principesca que había arruinado su matrimonio. Ella, Marielle, se había acogido a formulaciones más

lacónicas y más definitivas del estilo de «Max, pues mira, ya tienes edad para entenderlo, fue un error de juventud». Por su parte, Max no había vuelto a dirigirle la palabra a Hélène desde su prolongada caída en la noche sin boxeo, aun habiéndose topado con ella, qué remedio, a la vuelta de alguna esquina, de lo encerrado que estaba en esa forma de enojo mudo y paranoico; había cortado por lo sano con todo ese mundo del que tan tontamente había creído ser el rey indestituible.

Hélène no llevó el engaño tan lejos como para sonreírle a Laura, más bien conservó esa reserva un poco preocupada que la mirada siguiente vertería sobre su hermano, algo así como si le hubiese dicho: ¿No pretenderás, después de todo, que la hija de Max trabaje aquí? ¿No pretenderás que haga de puta para ti? Y Franck podía leer cada palabra escrita en los ojos negros de su hermana, tratando a su vez de escribir la respuesta en los suyos, de hacerle entender que no había tenido alternativa, que era algo que venía de más arriba y que sería provisional. Pero, supiera o no leer en los ojos de su hermano, Hélène se bajó de la banqueta y le soltó a Laura: Tengo cosas que hacer, ya nos veremos, qué remedio.

Y mirándola alejarse subida a los taconazos que no se quitaba nunca, casi imantada por esa forma tan segura de andar, Laura volvió en sí y le preguntó a Franck:

¿Y el alojamiento?

Ah, sí, dijo él, es verdad, el alojamiento…, mientras también él se dejaba llevar por la silueta de su hermana que se alejaba, como si hubiese aprovechado cualquier pretexto para suspender el tiempo y sobre todo no actuar, sobre todo no desencadenar un mecanismo que sabía que era casi irreversible; o sea, antes de resignarse a llevarla a las habitaciones, arriba del todo.

Ella siguió a Franck por las escaleras que subían a la buhardilla del edificio, por el largo pasillo con puertas numeradas, antiguos desvanes convertidos desde hacía tiempo en habitaciones, mejor que en simples habitaciones, más bien en estudios, con una ventana Velux grande que inundaba la estancia de luz y desde la que, poniéndose de puntillas, Laura veía el mar y las rocas altas y negras que ninguna pleamar iba a cubrir. Luego siguió recorriendo la estancia, esforzándose por darle las gracias; él, apoyado en el marco de la puerta que ella veía duplicada en el amplio espejo de pared,

dijo:

No me tienes que dar las gracias a mí, ¿sabes?, sino al alcalde.

Y con una expresión difícil de leer, de esas de no tener ninguna gana de seguir la frase aunque haya que hacerlo porque es un deber, añadió:

Me ha dicho que se pasaría para ver si estás a gusto.

Entonces, de repente, el mar que un momento antes ella contemplaba con tanta despreocupación le pareció que se retiraba muy lejos, como dicen que sucede antes de un maremoto, preparándose para volver en una sola ola por encima de los edificios. Y como única forma de denotar sorpresa, preguntó:

¿Quién?

Incluso a él, Franck, se le hacía cuesta arriba repetir ese nombre que, no obstante, pronunciaba varias veces al día; se le hacía cuesta arriba imaginárselo entrando allí, pues conocía a grandes rasgos el guion de lo que iba a pasar, pero bueno, así y todo lo dijo: «Le Bars». Ella creyó que había oído mal e insistió:

¿Cómo? ¿Que se pasará por dónde?

Y Bellec ya se estaba alejando por el pasillo sin haber contestado realmente, cambiando de tema, diciendo: Te dejo que te instales, lo de la sala ya lo verás con Hélène; seguía alejándose, haciendo como si la visita de Le Bars fuera algo sabido tanto para ella como para él, con lo mucho que le había costado formularlo, y que no era cosa suya, opinaba, prepararla para lo que no tenía que saberse en ninguna parte. Quizá, al notar que ella se había sorprendido sinceramente, a Franck le había dado un pinchazo por dentro, al calibrar de golpe que era más ingenua o más joven de lo que creía, pero ¿qué cambiaba eso? Nada que justificase que él se interpusiera entre dos seres mayores de edad y responsables, eso fue lo que se dijo Franck, que no era asunto suyo, y tanto más cuanto que Franck, lo que le quedaba del corazón, lo había tenido que aislar mucho tiempo atrás, como se hace con un instrumento en un cuarto insonorizado.

8

Y que Franck la hubiese avisado no cambió nada: hay mundos en el cerebro que no se consiguen encajar tan deprisa. Así que cuando abrió la puerta ante él, Quentin Le Bars, que sonreía a medias, para ella fue como una foto recortada de una revista que habían pegado allí, en la sombra del rellano; él la saludaba, casi sin ningún apuro, esperando a que le ofreciera entrar, como habría hecho con un empleado del gas que fuera a leer el contador, salvo que con la camisa blanca, que le tensaba la curva de la tripa, y sin la corbata, que debía de haberse guardado en el bolsillo justo antes, no, no se parecía a un empleado del gas.

Ya ves, dijo, he cumplido mi promesa.

Y entonces ella, veinte años, estudiante, le sonrió, como había aprendido a hacerlo, a él, cuarenta y ocho años, alcalde de la ciudad, y se apartó para dejarlo entrar, y él, sin titubear, la besó en ambas mejillas. En su mirada ella leyó la mezcla de… No, eso fue después, fue más tarde, dijo ella, cuando creyó haberlo descifrado, ese aire algo preocupado que llevaba como de una infancia que no termina nunca, con las pobladas cejas un poco alzadas, a través de las cuales se podría creer que llevaba algo de la benevolencia o bien de la preocupación del mundo, o bien…, pero no, no había nada de eso, solo el hecho de que el propio diablo no siempre va vestido de rojo ni tiene llamas en los ojos.

Y Le Bars ya estaba dando una vuelta por la habitación, como si necesitara acostumbrarse al lugar o hubiera sospechado la presencia de un micrófono escondido en algún sitio, o bien preguntándose si

él podría vivir en un lugar así, al menos eso fue lo que pensó Laura, que todos los humanos cuando entran en cualquier parte, ya sea un castillo o una chabola, se preguntan siempre si podrían vivir allí; en todo caso yo soy así, le dijo a los policías, capaz de vivir en sueños en todas las casas del mundo, pero puede que tenga un problema con eso de vivir en algún sitio, dijo.

Y Le Bars, aún en la habitación, no necesitaba ponerse de puntillas para mirar fuera, a través de la ventana Velux grande que enmarcaba el horizonte, el cielo gris hasta las fortificaciones que se veía entrar en el mar, todo aquello que en ese instante miraba como si fuera una ciudad extranjera, un visitante que pronto volvería a su país lejano. Y muy bajito, muy tranquilo, dijo: Estás bien aquí.

Ella dijo que sí con la cabeza sin atreverse a pronunciarlo mientras él le daba la espalda a la luz y andaba alrededor de la cama como un merodeador que busca por dónde atravesar una muralla, parándose, titubeando de nuevo, y de repente, ya está, se sentó al borde.

Hasta ese momento, dijo ella, no comprendí que en esa habitación no había nada más para sentarse que la cama, nada más desde donde respetar esa distancia que quizá le hubiera evitado lo que siguió, pero que sobre la marcha, a menos que dijera que no secamente, a menos que lo hiciera sentirse ridículo por estar sentado, esa distancia de seguridad no era posible, a ella no le quedaba otra que derretirse como la nieve al sol.

Yo seguía de pie, dijo ella, ¿comprenden?, era como si lo hubiera incomodado o estuviera siendo una maleducada, ¿saben?, y él debía de notarlo, porque no se anduvo con rodeos, me soltó: ¿No te sientas?

Les juró a los policías que no se había sentado enseguida, con un ojo en el amplio espejo que le devolvía su silueta torpe y el otro en su fuero interno para tratar de ponderar lo que estaba pasando, porque en ese instante, no antes, en los pocos segundos en que estuvo dudando si sentarse, comprendió que iba a tomar una decisión, como una firma al pie de un contrato que sería difícil romper y cuyas cláusulas ya había aceptado íntegramente por adelantado, firmado todos los añadidos que aún no estaban escritos, pero para los que notaba que cada movimiento representaba páginas enteras repletas de obligaciones.

Y todo lo que puedo decirles, prosiguió, es que a veces lo que nos asfixia no es el pánico del momento, sino más bien el ver de golpe lo que nos depara el futuro.

Volvieron a mirarse, los dos policías, preguntándose cada vez más con quién estaban tratando, a causa de esa forma que tenía de contar la historia, con digresiones a veces y también algo ajena, como si en realidad no le perteneciese, como si se estuviera mirando a sí misma contarla sin tratar en ningún momento, qué va, de apelar a sus sentimientos; su forma personal, como acabarían comprendiendo, de conseguirlo. Y luego continuó:

Pero, en realidad, ese contrato ya lo había firmado.

¿A qué se refiere?, preguntó el poli.

Quiero decir que esa fue la imagen que me vino en ese momento, la imagen de todas esas páginas que tenía en las manos y que ya era demasiado tarde para romperlas delante de él, demasiado tarde para pedirle que se fuera ya, a él, el alcalde de la ciudad; no, les digo que estaba firmado.

Y entonces sí, se sentó en el borde de la cama, al lado de él, no muy cerca, pero aun así. Y en el silencio que siguió entre ambos, debajo de la firma que ella acababa de estampar en la última página, fue como si de golpe creciese un bosque inmenso, hecho de miles de caracteres minúsculos que tanto él como ella intentaban descifrar a la velocidad de la luz; él, la disponibilidad de ella (podría haber pensado: su fragilidad, pero no; pensó: su disponibilidad); ella, el deseo de él (podría haber pensado: su vulgaridad, pero no; pensó: su deseo). Y entonces, muy despacio, sin una palabra de más, él le cogió la mano.

Fue en ese preciso instante cuando sucedió realmente, dijo ella, no el de antes, no, ni más tarde. Ni siquiera cuando tuve su sexo en la mano, dijo; sí, lo dijo con crudeza, siendo así que hasta entonces se había mostrado muy reacia a contar la simplicidad de los hechos, es decir, la brutalidad, y de pronto le salió así, sin ningún rodeo, una mera historia de órganos que no deberían haberse encontrado, y porque quizá habría sido peor para ella no decirlo así, persistir en todos los silencios y las perífrasis que desde hacía un rato dejaban flotar la imagen en ella y ¿para decir qué? Una cosa que cabía en el enunciado más sencillo del mundo, o sea, el sexo de él en la mano de ella.

Sí, prosiguió, cuando noté la palma tibia de su mano, fue como si mi propia mano ya no fuera mía, y entonces logró hacerse con toda la energía vital que había en mí, controlarla o magnetizarla, no lo sé; en cualquier caso, a partir de ahí se hizo con el poder y fue entonces cuando levantó mi mano, cuando se la acercó muy despacio al cinturón; al revés, si puedo explicar esto, al revés a partir de ahí fue como si el mundo se recompusiera lentamente, quiero decir, como si todo lo que iba a pasar después, cada gesto o palabra posterior, no estuviera allí para aumentar la onda expansiva, sino para garantizar que todo aquello era lógico, que todo era coherente y como si lo hubiera ordenado un dios que yo no conocía pero que parecía saber lo que estaba haciendo; en todo caso, yo me sometí a él, al dios desconocido, para todo lo que iba a pasar en ese cuarto aquel día.

Él, Le Bars, le dedicó el tiempo necesario, puede que contando los segundos, como un anestesista que antes de operar espera a que haga efecto la inyección, si la dosis de curare o de a saber qué producto potentísimo, si es la cantidad correcta en el cuerpo correcto, es decir, si ella no iba a gritar o a levantarse de un salto o a darle una bofetada, pero yo, dijo ella, no, no me moví, quiero decir, no más de lo que él habría querido que me moviera en ese momento, solo mi mano desplazándose como un objeto inanimado hacia él, es decir, hacia la forma ya tiesa de su sexo.

En ese punto, delante de los policías, dejó que se estirara un prolongado silencio que ellos no se atrevieron a interrumpir, como si estuviera reflexionando en qué orden iban las cosas y le costara recomponerlo.

Dijo que podía ayudarme, prosiguió. Lo hice porque antes había dicho eso: Quiero ayudarte, Laura.

Él puso la mano encima de la suya, ¿está segura de eso?

Ella solo cerró un poco los ojos a modo de asentimiento.

¿Y luego?

Luego…, luego no lo sé. Su mirada, quizá. O un leve tirón de la mano, o bien yo sola, que creí que… Ella, de nuevo callada y mirando hacia el suelo.

¿Creyó qué?

Que se hacía así.

¿A qué se refiere?, dijo el poli. ¿Qué era lo que se hacía así?

No lo sé. Ese tipo de cosas. Que necesariamente, si has llegado a ese punto, necesariamente, al borde de una cama grande en una habitación con un hombre como él, pues eso, ya está, que sí, que lo haces.

¿Lo haces?

Sí, lo haces, es decir, que dejas que su mano te guíe hasta su sexo y comprendes que te corresponde a ti tomar la iniciativa, y ella dijo esa expresión, *tomar la iniciativa*, y fue ella quien la tomó.

¿Él no le pidió nada?

No. No exactamente.

Entonces, ¿lo hizo usted por propia voluntad?

No, les estoy diciendo que era lo que tenía que hacer, eso no significa que fuera mi voluntad.

Y los dos polis empezaban a irritarse, e insistieron:

Espere, ¿ha dicho que él no le pidió nada?

No, nada. En todo caso no dijo «Desnúdate» ni «Túmbate»; no, no dijo ninguna frase así.

Y por un motivo muy simple, comprendió ella después: que necesitaba mentirse a sí mismo, es decir, que algo dentro de él necesitaba salir del cuarto sintiendo que no había sido cosa suya, que no había sido él, sino más bien ella quien había actuado, que su cuerpo solo había cedido, pero no había hecho nada por propia voluntad, que sí, se encontró por sorpresa con la mano de ella en su sexo, y que por sorpresa echó la cabeza un poco hacia atrás y que de repente ya no era él mismo, sino que estaba como hechizado por esa guarra que solo pensaba en tragarse su sexo y que él tan solo había cedido a las leyes inexorables de la naturaleza. Tan solo le había hecho un favor a ella, que buscaba el calor de su sexo. Esos eran todos los pensamientos que él afianzaba durante mucho tiempo, el tipo de pensamientos que necesitaba para poder tragar con la amargura de su propio vicio, a menos que no: eran el tipo de pensamientos que ella iba a necesitar, Laura, imaginárselo amargado o culpable o tan solo triste para, a su vez, soportar la suya propia, amargura o tristeza, cuando diez minutos más tarde él se levantó muy deprisa, se vistió muy deprisa… y muy deprisa se esfumó en la noche, sin mirarla apenas al cerrar la puerta.

9

¿Y a usted no se le ocurrió presentar una denuncia en ese momento?, preguntó el policía.

¿Si se me ocurrió? Sí, puede que se me ocurriera, pero sería de forma tan furtiva como un cometa en la noche, porque no lo recuerdo. Ese día, por decirlo de algún modo, más bien presenté una denuncia contra mí misma.

Y en cierto modo, eso fue lo que hizo Laura, una hora después, tumbada en la playa, sin saber si debía cerrar los ojos o bien, por el contrario, dejar que se le llenaran de viento húmedo, mientras el mar bajo volvía a subir lentamente para pronto arroparla, con esa cosa tan extraña que parecía estar haciéndole compañía, tan íntima y tan indeseable, esa vergüenza quizá que no dejaba de zumbarle dentro, de forma que ni las rocas ni el agua tranquila habrían bastado para que el murmullo que tenía entre las sienes se callara por fin, se callara y se depositara allí, como un arma abandonada al pie de las fortificaciones, lo bastante tapada con algas y líquenes, o bien que una brisa se la llevara a la superficie del agua; pero no, eso no sucedió. No vio nada, ni a la gente que paseaba por la arena, ni las rocas al descubierto, ni los perros que corrían por la orilla, ni a los buscadores de conchas con la espalda doblada hacia el suelo; no, no vio nada de la vida apacible que sabe seguir su curso al lado de la desgracia, o no la desgracia, sino el embotamiento, mientras fumaba y volvía a fumar con la esperanza de que así soportara el olor demasiado salado o demasiado acre de su sudor; ella, bajo el sol velado de última hora de la tarde, a veces tenía que levantarse

para notar el viento aún fresco, y luego ¿qué? Mirar el horizonte para acordarse de que había uno, cuando parecía que ninguna claridad bastaba para ensancharlo; sí, esa fue la sensación que tuvo después, en cuanto salió, de hecho; bajó las escaleras corriendo para buscar el aire de fuera y echó a andar, a andar mucho por la ciudad y luego por las rocas y luego se paró allí, en la extensa playa, como una ballena varada a la que el agua no tardará en cubrir y que entonces espera volver algún día a mar abierto y recorrer de nuevo los mares del globo. Pero por lo pronto solo le parecía que desde el fondo del océano todas las diosas del mar que se dibujaban en la espuma susurrante habían decidido hablarle, o no hablarle, sino perorar; que se les da muy bien, comentando la acción. Y era como si hubiera un corifeo antiguo puesto en el hueco del atardecer, una asamblea de cincuenta náyades que salmodiaban a su alrededor: Ay, ¿qué has hecho, Laura? ¿Qué has hecho?

A ella lo único que le apetecía decirles, al oírlas cantar en el borde de la espuma, era que llegaban tarde, que con los dioses siempre pasa lo mismo, que aparecen después de la batalla y es como si su alegría consistiera en alimentar los pesares como quien sopla en las brasas. Y ella las oía casi reírse, mirándola con esa expresión traviesa que solo los seres imaginarios pueden conservar en el aire ácido, repitiendo como un coro de niños: Ay, ¿qué has hecho, Laura? ¿Qué has hecho?

Al caer la noche, no le quedó otra que irse de la playa. No le quedó otra que subir de nuevo allí, a esa habitación cuya ventana Velux abrió para que el aire, el olor y el sentido de sus actos, todo, se renovara. No le quedó otra que lavarse, mucho rato, debajo del agua muy caliente. No le quedó otra tampoco que sacar del bolso la caja de ansiolíticos que llevaba a todas partes, que en el mundo de la moda había aprendido a consumir sin medida. Y casi funcionó, el agua, las medicinas, el sueño. Se despertó al día siguiente y todo parecía muy lejano. Incluso se dijo que ya estaba, que se lo había quitado de encima, se acabó, estaban en paz.

Sí, eso fue lo que pensé, prosiguió delante de los policías, que ahora se había acabado, que ahora estaba en mi casa y que se acabó; les juro que me lo creí.

¿A qué se refiere? ¿Se lo creyó?

Hay cosas, continuó ella, que no estoy segura que puedan

comprender ustedes.

Ah, ¿no?, dijeron ellos.

Y en el silencio que dejó que se aposentara, reflexionaba sobre cómo explicárselo, cómo decirles que el segundo peldaño, prosiguió, el segundo peldaño está mucho más alto que el primero.

Y, de hecho, así fue, no parecieron entenderlo, no mejor que si les hubiesen puesto delante una ecuación matemática reducida a su expresión más abstracta; ellos, colegiales de buena voluntad cuyo ingenio no estuviera educado en ese tipo de metáforas y no pudieran formarse más que una imagen como quien dice literal de una escalera con peldaños irregulares.

Que lo más duro, prosiguió, o lo peor, o lo más absurdo no es pasar de cero a uno, sino de uno a dos, quiero decir, ya me entienden, pasar de la primera vez a la segunda.

¿Quiere decir que hubo una segunda vez?

Al día siguiente. A la misma hora. Fueron a buscarme al bar, me dijeron: Te está esperando.

¿Quién se lo dijo?

No sé. Alguien.

¿Y usted fue?

Sí.

Entonces, el policía que seguía tecleando el relato en el ordenador, como si esta vez no pudiera seguir tramitando una denuncia que le parecía cada vez menos justificada, se paró y dijo:

No lo entiendo. En ese momento, podría haber dicho que no perfectamente.

Puede, dijo ella. No lo sé. Y casi irritada, o puede que reflexionando aún en voz alta, prosiguió: ¿Saben por qué la segunda vez es peor que la primera? Pues porque esa vez, la segunda, incluye todas las siguientes.

Y el otro poli, más tranquilo, temiendo romper algo en el mecanismo ya engrasado de su relato, dijo con un tono más suave: Sí, claro, lo entiendo.

No, no lo creo, le dijo ella, no creo que lo entienda de verdad, no, no lo creo, porque, sencillamente, es imposible, totalmente imposible, porque si no, sencillamente, sabría más que yo, y eso pues no tiene ningún sentido. Y con la última sílaba apoyó los codos en el escritorio, como si hubiera querido poner un punto de

exclamación al final de la frase, de esos que ningún idioma es realmente capaz de traducir.

Puede que su oficio consista en recabar los hechos, prosiguió, e incluso que se sostengan juntos como un castillo de naipes, pero yo les digo que basta con que me acerque, basta con que apenas respire, y ya les he hundido el castillo de naipes. ¿Y saben por qué? Porque se trata de mi castillo, con mis naipes.

10

Laura dijo que se acordaba de cada vez hasta el mínimo detalle, que podía describírselos uno por uno, el color del cielo y los pocos minutos que él pasaba encima de ella, o bien ella encima de él, o bien… Dijo que nunca duraba mucho rato, por esa forma de actuar que tienen todos los políticos, ir en pleno día entre compromiso y compromiso, sin querer nada más que satisfacer lo antes posible ese deseo masculino tan enfermizo y tan urgente a la vez. También dijo que, a fuerza de repetirlo, se le olvidaba, es cierto, que se había metido en eso en defensa propia, como si no fuera posible ausentarse de su propia carne tan a menudo, olvidándose casi de que lo hacía por algo, por ese alojamiento que no se atrevía a mencionar de nuevo aunque comprendía, según pasaban los días, que no lo recuperaría nunca, a menos que, por el contrario, se aferrase a él silenciosamente para justificarse a sí misma sus actos; pero sin duda ese era uno de los engranajes más sutiles de la máquina, que según pasaban los días él conseguiría que su relación pareciese necesaria al margen de su finalidad, al margen del trato que habían convenido tácitamente, como un pacto tribal en el que el objeto del intercambio se olvidara en virtud del carácter mecánico y ritual del intercambio.

Y todas las tardes, o casi, ella lo esperaba, a eso de las cinco, su único cliente en cierto modo, sentada en una banqueta del bar del casino hasta que Bellec se apostaba en la otra punta de la barra, miraba a Hélène como pidiéndole permiso y entonces se acercaba a Laura, le notificaba que estaba allí, el alcalde, que acababa de llegar

y que la estaba esperando arriba. Entonces ella se disculpaba con los clientes, apuraba de un trago la copa de champán a la que acababan de invitarla y decía: Ahora vuelvo. Y Franck, sin atreverse a mirar a Hélène, la seguía con los ojos por las escaleras mal iluminadas que empezaba a subir. Y Hélène, entonces, siempre demostraba su irritación, dejaba la copa encima de la barra de acero dando un golpe, se ponía de pie también ostensiblemente y a menudo se apostaba delante de la ventana, entreabriendo las cortinas siempre corridas. Era la forma que tenía de expresar su desaprobación, mirando fuera, obligando a su hermano a acordarse de que allí abajo, en un sedán negro con los cristales ahumados, estaba esperando un viejo boxeador que no sospechaba nada. Y entonces se quedaba allí unos segundos eternos, con la mirada fija, preguntándose cómo podía ser.

Del ayuntamiento al casino, cabe decir, cualquiera podría haber ido a pie diez veces al día, pero Le Bars no, siempre tenía que ir en coche, sin que ni el propio Max supiese si era por pereza o bien por discreción… o bien por cinismo, podría haber añadido, de haber estado al tanto. Y si hay un itinerario del que Max conocía cada centímetro de asfalto, era precisamente ese, el que llevaba desde el patio de la casa consistorial hasta la parte de atrás del casino, bordeando los galeones antiguos que asedian las fortificaciones y metiéndose luego en el aparcamiento, resguardado de las miradas, no delante de los peldaños de moqueta roja que hacían creer a los clientes que eran importantes, sino de la puertecita que conducía a la escalera de servicio y por la que desde hacía años Le Bars iba a visitar a Franck, es decir, que le pedía a Max que lo dejara allí y le decía al tiempo que la portezuela golpeaba al cerrarse: Espéreme aquí, no tardaré mucho.

Pero ¿qué iba a saber él, el chófer, sentado todo ese rato en el coche al pie del edificio, aprovechando para reclinar un poco su asiento, subiendo el volumen del autorradio y alegrándose de estar por fin a solas para leer su revista de boxeo, silbando la melodía que salía de la radio? Así que, imagínenselo, Max Le Corre tamborileando con los dedos en el volante, dejando que lo lleve la melodía de a saber qué cantante estadounidense, mientras unos metros más arriba el otro, el alcalde, también se deja llevar a su manera, pero mirando al vacío; si fuera una película, en el montaje

se alternaría la voz de él, de Max cantando a pleno pulmón el estribillo de la canción, y la cabeza de ella, de Laura, con la mano del alcalde empujándola un poco más fuerte contra su vientre para notarle el fondo de la boca con el sexo, y entonces sería como si el padre, a voz en grito, intentara tapar con su voz lo que no tenía ningún motivo para saber, que no tenía que saber, que no debería saber jamás. Y ya que se dice que para los niños resulta terrible imaginarse a sus padres teniendo relaciones sexuales, puede que sea aún peor para un padre imaginarse a su hija haciéndolo.

Pero no es el caso. Max no se imaginaba nada. Cantaba, o dormía, o leía la revista, en la que, seguro, había un artículo sobre su rival y el próximo combate de ambos, para el que él ya se estaba preparando en la sala de entrenamiento a la que acudiría dentro de una hora y sin saber tampoco cuánta rabia adicional podría añadir a cada saco de arena que golpeara sin medida.

Y todo eso era lo que Hélène abarcaba con la mirada desde las ventanas del primer piso, diciéndose que no podía ser, toda esa ironía que volvía el coche aún más negro, y ese hombre tan ingenuo al que tan bien había conocido. Tenía metido en la cabeza el rostro de Laura, cuyos rasgos veía endurecerse cuando Franck se acercaba para hablarle al oído, la misma Laura a la que sabía que vería de vuelta al cabo de quince minutos, bajando los últimos peldaños que conducían allí, a la moqueta gruesa de la sala de juegos. Es más, con el paso de los días, observó Hélène, lo iba haciendo cada vez mejor, por esa capacidad que tenía de creer que sujetaba la sartén por el mango, pues había metido su orgullo precisamente en ese lugar, convenciéndose al bajar la escalera, al volver a la sala y con la mirada de las dos, que sabían de dónde venía, convenciéndose de que su fuerza provenía de esa mirada directa que lograba mantener, puede que como un especialista de cine que, al salir de un coche en llamas, consciente de que lo están mirando, conservara la calma.

Hasta que llegó un día en que Hélène, de tanto mirar, en esa especie de montaje, primero al padre y luego a la hija, no aguantó más: al ver a Max abrir la portezuela de atrás, al verlo rebajarse delante de ella, se dijo, puede que más que los otros días, que ya no podía ser. Y quizá ese día más que cualquier otro porque oyó de lo que hablaron en el aparcamiento. Oyó que Le Bars, mirando las cagadas de gaviota en el guardabarros trasero del coche, concluía:

Oiga, Max, este coche está sucísimo, habría que lavarlo.

Tiene razón, dijo Max, yo me encargo.

Sí, en ese momento Hélène se dijo que no podía ser. Y soltando el pliegue de la cortina que había entornado, escabulléndose a su vez fuera de las luces del bar, en cuanto Le Bars se coló dentro del edificio, bajó hasta el aparcamiento de fuera, taconeando de tal forma que solo con andar erotizaba el aire. Max seguramente no la vio llegar de lejos, pero cuando rodeó el coche por delante, cuando bordeó el parachoques delante de sus narices, era imposible que no la viera acercarse a él y luego plantarse junto a la ventanilla del conductor.

Le resultó raro, a Max, volver a verla de tan cerca, tantos años evitándola o ignorándola, atisbando su silueta a lo lejos a veces, pero manteniendo esa distancia máxima que había necesitado para huir de sus propios demonios, y ahora estaba ahí inclinada, casi acodada en la portezuela de su coche, con los pechos aún erguidos y el aliento cargado de alcohol que tenía ahora. Al verla tan de cerca de golpe, no le pareció que estuviera tan ajada ni hinchada, más bien sintió como si en una precipitación del tiempo los dos rostros de ella, el antiguo y el nuevo, se mezclaran lo bastante como para que él recuperase incluso el recuerdo que le había dejado de su juventud, del tiempo en que su resplandor se reflejaba por toda la planta del casino, en la piel de Max, en el traje blanco de Franck.

Dudó si mandarla a tomar por culo, si decirle que no tenían nada de que hablar y más cosas por el estilo, pero lo cierto es que todos aquellos años habían edulcorado su ira, de tal forma que ahora, con el rostro tendido hacia delante para no mirarla a los ojos, trataba de hacer acopio de una rabia que lo rehuía. No, ya no era la reina maléfica que lo había atraído a las profundidades de la noche, sino más bien una pobre mujer que se había acercado a su coche con una bandera blanca y casi, sintió, una hermana en el dolor. Así que cuando ella dijo: Hola, Max, cuánto tiempo, con esa voz de fumadora empedernida que en solo cinco años se había vuelto tan ronca, él volvió la cabeza hacia ella y farfulló: Hola, sabiendo que con esa única palabra, con la mera función fática de la palabra, saldaba muchas deudas, y casi, en cierto sentido, se reconciliaba consigo mismo. Y era cierto: al preservar dentro de sí la negrura de los días pasados, al no ser capaz de volver a pintar esa

estancia de su memoria, lo había estado molestando algo que se desarrugó de pronto al recibir así, por la ventanilla del coche, no solo a Hélène, sino todo un tramo de su propia historia, y eso que aún no sabía que algunas estancias de la memoria es mejor no volver a abrirlas, ni tan siquiera ventilarlas para creer que se les quita el polvo, sino que hay que dejarlas cerradas a cal y canto, y aceptar que se queden así toda la vida. Y como acababa de derribar ese tabique, cabía esperar que en la estancia abierta se lo encontrase todo igual, empezando por el filtro de deseo que lo había embriagado mil veces y cuyo hechizo, se estaba dando cuenta, aún actuaba.

Y es de suponer que derribaron el mismo tabique al mismo tiempo, que con solo sumergir los ojos en los del otro habían usado la misma piqueta para desellar la misma puerta, una bocanada de lujuria que pareció apoderarse de ellos en silencio; ellos, al cabo de unas horas, tumbados en esa cama, trasladados por arte de magia años atrás, conscientes del artificio, pero con la alegría algodonosa de volver a pasar por semejante estado, como dos figuritas dentro de una bola de nieve que se sacude, sí, durante un rato pudieron disfrutarlo, la reminiscencia completa de su historia bañada en alcohol tras las cortinas echadas de la habitación de Hélène.

Pero cuando, tumbada de espaldas, ella se encendió un cigarrillo, cuando el ardor y el deseo se iban apagando lentamente en la tibieza de las sábanas, con los ojos clavados en el techo, se acordó de que no había ido a buscarlo para eso, no solo para activar esas horas nostálgicas. En todo caso, fue en ese momento cuando resurgió la imagen de Laura levantándose de la banqueta, disculpándose con los clientes, la imagen de Franck, que iba a hacerle una seña con la cabeza, algo así como «Estaría bien que fueras», es decir, «Te está esperando». Y en esa misma cama donde los dos fumaban en silencio, Hélène soltó:

No puedes dejar que haga eso, Max.

¿Qué? ¿Dejar hacer qué?

Y ella hubiese preferido que la entendiese con medias palabras, tenía la esperanza de que en él hubiese algo lo bastante preparado como para que ella pudiera librarse de hundirle en la carne los nombres propios que no quería pronunciar, que no pronunció, diciendo tan solo: No jodas, Max, sentada ahora en el borde de la

cama y empezando a vestirse, mientras en la cabeza de él empezaba a alzarse esa especie de oscuridad preocupada y cada vez más negra, algo así como el sol detrás de la luna durante un eclipse total.

Mi hija es mayor, dijo, hace lo que quiere.

Y mientras se abrochaba los últimos botones de la blusa, ella añadió: Sí, seguramente tienes razón, puesto que no lo sabe nadie.

Entonces él se incorporó a su vez en la cama y con el entrecejo repentinamente fruncido preguntó:

¿Qué, que nadie sabe qué?

En ese momento Hélène comprendió que no estaban hablando de lo mismo, es decir, que lo que Max sí que había encajado era que su hija trabajara como camarera para Franck Bellec, pero nada más, no sabía nada más, no sospechaba nada más, no imaginaba nada más, como si a veces, para ciertas cosas, tuviésemos la capacidad de dejarlas sepultadas e invisibles. Pero Hélène no tuvo que decir más, porque Max acababa de pasar revista mentalmente a todas las posibilidades y entre esas posibilidades se encontraba, claro está, la peor de todas.

¿Qué estás intentando decirme, Hélène?

Y como ella no contestaba, como no podía contestar, él insistió agarrándola del brazo: ¿Qué estás intentando decirme?

Ella retiró el brazo como pudo y luego retrocedió, diciendo tan solo: Yo… Lo siento, no he podido hacer nada.

Y Max trató de concebir la hipótesis que había columbrado, porque solo era una hipótesis, ¿verdad?, tenía que ser solo una hipótesis, y, como tal, bastaba con doblarla despacio, como una barra de hierro, para inutilizarla, y porque Hélène ya se sabía lo melodramática que era, y Franck nunca dejaría que pasara eso, y Laura era una chica recia, y seguía doblando la barra de hierro, es decir, seguía negándose a ver juntos, en la misma habitación, al hombre para el que conducía todos los días y a su propia hija, y los mantenía como dos burbujas aparte, aparte el hombre en el asiento de atrás del coche y aparte también Laura, su hija, y así resultaba imposible acercarlos lo bastante, como cuando en el oculista hay que meter un animal en un círculo, pues eso era lo mismo, si el círculo era el alcalde y el animal era su hija, entonces nunca conseguiría meterla a ella en el círculo de él. Y por esa verdad

flagrante, esa intuición que no podía haber dejado de tener, de pronto sentía que la había aislado dentro de sí, en un parque bien enrejado, como una jaula que vigilaba dándole la espalda, y sin saber que, mientras él montaba guardia delante de la cortina de hierro, detrás de él el bicho cavaba y seguía cavando. Y seguramente había construido uno de los mejores subterráneos que darse pueda, hasta salir exactamente en el lugar donde estaba vigilando, a plena luz, soltándole a la cara que por supuesto, hace tiempo que lo sabes, no has querido verlo: tu hija se ha convertido en la puta de tu jefe.

Y todo eso, todos esos pensamientos que formaban un corro y parecían dar miles de vueltas, todo eso puede que no durase ni un cuarto de segundo, lo que tardó en apartar la sábana que lo tapaba y sentarse al borde de la cama, con Hélène callada a su lado. Entonces Max se puso de pie, callado también. Se vistió despacio, mecánicamente, y luego salió al día naciente, con el azul triste del alba envolviéndolo todo, la ciudad, el mar, su alma, mientras caminaba por encima de la playa sin tan siquiera echarle un vistazo, avanzando como un autómata que sabe a dónde va.

Pasó por debajo de la portalada del ayuntamiento y fue a buscar el coche al aparcamiento. Volvió a mirar las cagadas de gaviota en el guardabarros trasero. Pensó que sí, que estaba sucio, que había que lavarlo. Y eso hizo. Se sentó al volante. Arrancó. Condujo hasta el túnel de lavado más cercano. Colocó el coche en los carriles. Se bajó para introducir la moneda en la ranura de la máquina. Apretó el botón verde y luego, haciendo caso omiso de la prohibición escrita en rojo, volvió a meterse en el habitáculo. El guarda que estaba vigilando en la garita salió gritando y le golpeó en el cristal cerrado para decirle que saliera, pero Max no se movió y el tío se apartó para que no lo arrastraran los rodillos negros que empezaban a moverse en los carriles; el parabrisas se volvió opaco con los primeros chorros de agua templada, al poco rato la espuma blanca griseó la luz, que le habría gustado ver penetrar dentro del coche del mismo modo que a veces, de puro cansancio, nos dejaríamos escurrir hasta el fondo de una bañera llena.

Y listo, los enormes cepillos negros recorrieron la carrocería hasta el guardabarros trasero y limpiaron las cagadas de gaviota. Hecho lo cual, Max bajó del coche, comprobó que todo estaba

limpio y se marchó. Y en el sedán ahora rutilante, de nuevo en las grandes vallas que bordeaban las avenidas, como árboles de metal y vidrio que quisieran rivalizar con los plátanos de sombra, aún leía los carteles que anunciaban su próximo combate, con las dos siluetas con los puños hacia delante sobre un fondo de estrellas y escrito en letras grandes «SÁBADO 5 DE ABRIL GRAN GALA DE BOXEO».

Solo que el 5 de abril era mañana.

Segunda parte

1

Seminconsciente en la camilla inestable, con todos los rostros inclinados hacia él saliendo de la palestra a cámara lenta y con la mirada vidriosa, veía la boca de todos ellos formando letras grandes y gritando alto por encima de su cuerpo, pero era como si un tabique de algodón lo separase del mundo y no oyera nada; apenas si distinguía la silueta de ella, Laura, que no le soltaba la mano, como si fuera ella, su mano, la que lo mantuviese en el mundo de los vivos. Adivinaba en sus labios las palabras que se dicen en estos casos, su nombre repetido y también que aguantase: Aguanta, papá, parecía articular con el mismo ruido amortiguado, mientras con todas sus fuerzas lo protegía del peso de la multitud que se apiñaba a su alrededor, sobre todo los fotógrafos, que no acababan nunca de alzar las cámaras para soltarle una lluvia de *flashes* sobre el cuerpo roto, y a lo lejos los quinientos espectadores aún en la penumbra sin entender nada, que no podían entender lo que había pasado, cómo en el *ring* de luz no había sido él quien alzara los brazos muy alto en señal de victoria, que todos habían dado por sentado que sería suya, sino el otro, Costa, siete años más joven que él, que seguramente no las tenía todas consigo cuando subió al *ring* veinte minutos antes y aún se estaba preguntando si era cierto, si de verdad había visto desplomarse bajo sus golpes a Max Le Corre.

Todos ellos, los espectadores, cómo iban a saber por qué pareció que le fallaban las piernas bajo el peso del busto, que el rostro se brindaba tan fácilmente a la fuerza de los guantes de su adversario, de repente tan frágil como la llama de una vela que sopla un niño,

que se queda un rato vacilante a punto de extinguirse hasta que, sí, la llama cede, y él se acabó cayendo, primero trastabilló y luego cayó, tras titubear cuanto pudo por el *ring*, con las piernas como bolos tambaleantes que hubieran aguantado un rato antes de volcarse, sujetándose a la cuerda con una mano que también acabó soltándose. Ni siquiera el árbitro se atrevió a empezar demasiado pronto la cuenta atrás, convencido de que al cabo de un segundo Max se levantaría y seguiría lo que quedaba de combate. Pero lo que quedaba de combate, en esa camilla que lo mantenía tumbado, ahora lo disputaban su hija y él, y consistía, en primer lugar, en recabar los añicos de realidad que se dispersaban por el aire como un cristal que se rompe y que sacude el gentío, igual que nos imaginamos que haría el mar embravecido con una chalupa, bamboleándose según el ritmo aleatorio de los camilleros que se abrían paso atravesándolo, el mismo gentío, que oscilaba en todas direcciones y arrastraba a todo el mundo en el mismo flujo de movimientos aventurados; y cabe creer que los gentíos tienen una vida autónoma, una vida que se comparte en plural cuando se deja el propio cuerpo por el de todos nosotros sin distinción, todos nosotros obedeciendo a un alma colectiva, tectónica y desordenada, cuando cada uno comprende que ya no depende de sí mismo entrar o salir ni tan siquiera defender el escaso espacio donde respirar, sino que ha llegado la hora de deslizarse a ciegas dentro de la ola y dejarla actuar a ella. Max, encima de la camilla, sentía eso, no tanto la soledad de la derrota y aún menos el dolor difuso de su esqueleto, sino la extraña inmersión en éter desde donde les sonreía a todos ellos, a los fotógrafos, a Laura e incluso a Franck, el horrible Franck, que miraba la cara partida de Max con la misma expresión fatalista de quien domina la situación, la clase de mirada que la compasión, la benevolencia y aún más la amistad abandonaron hace ya mucho tiempo. Y Laura insistía: Te vas a poner bien, papá, vas a recuperarte, siendo así que desde la primera fila había presenciado ese segundo en que el cuerpo de su padre se quedó quieto, como si de repente el suelo se hubiese hundido bajo sus pies, y entonces el otro había soltado todos sus golpes del tirón, ganchos y directos, contra Max, que se apoyaba de espaldas en las cuerdas casi brindándole la cara, sin poder ya responderle, sino apenas mantener las manos a la altura de la cara para protegerse; y diríase que había

sido como si se abriera una grieta en el suelo, como sucede en alta montaña al ir andando por un glaciar.

Laura había intentado verlo antes del combate, encontrarse con él en el vestuario para desearle buena suerte; él, que con las manos ya vendadas de gasa blanca y la bata con su nombre que había conservado de sus años mozos estaba ahora calentando por última vez antes de calzarse los guantes, se había apañado para no verla, había pedido que no lo molestara nadie antes del largo pasillo y la salida a la luz, con las cuerdas a lo lejos como la borda de un buque en el que se disponía a embarcar para un viaje larguísimo.

Entonces ella fue a ocupar el asiento que tenía reservado, en primera fila, en el fragor de la sala, al lado de Franck Bellec y, al otro, Quentin Le Bars en persona, que dudaba si aprovechar la oscuridad de la sala para ponerle la mano en el muslo, pero que, claro está, no lo hizo, no delante de las quinientas personas que ya los habían visto saludarse; aunque seguramente les parecería normal que esos dos se conocieran y se acompañaran en semejante acontecimiento, aunque si hubiera dependido de ella, no, no habría pedido que la sentaran a su lado, solo que el plano de la sala no lo había hecho ella, sino Franck, y Franck obedece al alcalde, y el alcalde obedece a su deseo.

Ya estaba sentado, Franck, y Laura también, cuando llegó Le Bars, y Franck se puso de pie para estrecharle la mano y le dijo con una amplia sonrisa: ¿Cómo está usted, señor ministro? Entonces Laura volvió rápidamente la cabeza hacia Franck, expresando con la cara una pregunta que él, que ya se la esperaba, contestó: ¿Qué? ¿No te lo ha dicho? Y mientras se sentaba a su vez, Le Bars le susurró al oído a Laura: Sí, aún no es oficial, pero me van a nombrar ministro.

Ella no supo qué pensar ni quiso comprender qué cambiaba eso para ella, salvo que él, con los ojos ya clavados en el *ring*, como si fuera obvio, añadió: Irás a verme a París. Y la voz del presentador ya estaba tapando la suya para la aparición de los dos boxeadores que entraban juntos entre las cuerdas y saludaban al gentío confiado, dos cuerpos frente a frente deseosos de llegar a las manos y que ya estaban combatiendo, mientras el árbitro desgranaba las frases rituales, que pelearían siguiendo el reglamento y harían caso al árbitro, pero ellos no lo oían, ellos miraban cómo perderse en el

rostro del otro para ahuyentar cualquier pensamiento que suspendiera el presente, cualquier pensamiento que lo alejara a él, Max, de la única cosa que tenía que hacer en ese instante, lograr que se callara la caverna llena de ecos que tenía por cerebro, cuyas paredes en cualquier instante podían ponerse a hacer como interferencias, cuando lo único que hacía falta era que el trayecto fuese lo más directo posible desde el cerebro hasta las manos, olvidarse incluso del bramido del mar y del rumor que llegaba desde el fondo de las gradas, su nombre coreado rítmicamente, cuyo zumbido se le metía en los tímpanos, y era como un viento demasiado caliente barriéndole el rostro. Y sin haber sonado aún la campana para iniciar el primer asalto, él ya sabía que iba a perder. Subido ahí arriba como un pájaro en su nido, trató por todos los medios de no bajar los ojos hacia la sala, no ver a su propia hija sentada entre sus dos verdugos, a esos tres que iban a presenciar juntos el desastre, es decir, verlo caer en el tercer asalto de los doce previstos.

Y Laura gritó todo lo que podía, pidió que se detuviera el combate cuando vio que él insistía; no el que golpeaba, sino el propio Max, que se empeñaba en volver, en levantarse antes del final de cada cuenta atrás, como si no tuviera suficiente encima, ahí, atrapado en las cuerdas y recibiendo siete, ocho golpes que le zarandeaban la cabeza a uno y otro lado, como un fruto demasiado maduro al que siguieran magullando, con la cara cada vez más ensangrentada y que parecía estar esperando la muerte verdadera bajo la luz cegadora de los focos. Un instante, nunca estaría segura, pero le pareció haberlo visto lanzar una mirada hacia ella y casi sonreír, sí, le pareció ver eso, que sonreía mientras seguía dejando que lo destrozaran, cuando le habría bastado con caer y abandonar, pero cualquiera diría que lo que quería era que le pegaran más y más. Y Le Bars, junto a ella, dudaba, tenía ganas de cogerle la mano, de decirle a Laura: «Tranquilízate», puede incluso que tuviera ganas de decirle «amor mío» o «cariño», extraditado de pronto de sus funciones oficiales por las lágrimas de ella y todo ese desamparo que le surcaba el cuerpo a medida que Max pedía más y más, que de tres veces que cayó se levantó las tres, como si algo en su fuero interno se lo hubiera pedido, dejarse pegar y pegar, apechugar con tres asaltos adicionales para llegar al mismo resultado: la derrota

que llevaba escrita dentro de su cabeza. Pero solo dentro de su cabeza, quiero decir, el otro, el adversario, no lo sabía, no podía saberlo, y por eso golpeó todo lo que pudo. Y de un *uppercut* con la derecha le subió a Max el hueso de la nariz lo más alto posible, hasta el cerebro, allí donde al otro no le queda más remedio que desplomarse sin que se sepa nunca cuánto tiempo tardará en levantarse, pero, en cualquier caso, muchos más segundos que los diez reglamentarios, de forma que incluso con el árbitro más benevolente del planeta, el más parcial que hubiese querido estirar los diez segundos hasta el doble, incluso con él, no habría bastado; el otro, el sacudido, no podía levantarse. Y con la mirada perdida en el remolino inmenso de la sala, con el jaleo convertido en algodón que seguía asfixiándolo como si le hundieran la cabeza en una almohada, en ese instante se fusionó todo junto, impidiéndole saber ya en qué momento exactamente se introdujo en él la primera fisura o brecha o grieta, cuándo lo había rozado como una corriente de aire frío desde los vestuarios quizá, le había soplado en los guantes esos polvos de magia negra, de forma que no se trataba solo de la caída de su cuerpo agotado sobre la lona del *ring*, sino de la versión comprimida de su existencia, igual que se rompe de repente el filamento de una bombilla que ha consumido todas sus fuerzas.

Encima de la camilla que iba acompañando, Laura no veía todo eso, sino tan solo el cuerpo apagado por los miles de daños sufridos, demasiado grogui para distinguir qué parte de la cara o del cuerpo le dolía. Y a pesar de los cachetes que el bombero [1] se afanaba en darle para que siguiera con los ojos abiertos, él se notó los párpados más pesados que unas botas de plomo al tiempo que algo que llamamos alma o espíritu, algo se desgajaba de él: aún tumbado, de pronto los vio a todos desde arriba, la melé de cabezas que se aglomeraba en torno suyo y zumbaba como una tormenta, con los *flashes* que continuaban a modo de relámpagos cayendo a su alrededor, y siguió subiendo más y más, como un humo que ascendiera hacia el techo hasta abarcar la sala entera, el clamor extraño que no se callaba, pero tampoco se decidía a celebrar la victoria del otro, el que se pavoneaba pisoteando la sangre aún húmeda de la lona, atónito por esa victoria tan fácil y tan imprevisible, la clase de victoria que el boxeo no sabe olvidar, del mismo modo que se le da tan bien acordarse de todo lo que lo saca

de lo habitual en los combates, más que dispuesto a mitificar todas esas veces en las que, por fin, sucede algo, para bien o para mal. Y mientras que fuera alzaban a Max en su camilla para subirlo a la ambulancia, lo que pudo ver también desde su posición yacente fue el cartel repentinamente irónico de él, de pie y decidido, en la fachada de la sala de la que acababa de salir, encima de su nombre escrito en letras gruesas y, alojado en la mirada, un animal salvaje que parecía servirle de tótem, desde el que miraba fijamente a la cámara con todo su peso, con todos sus músculos, con toda esa potencia que había aprendido a desprender de sí en cuanto veía a un fotógrafo y que allí, esa noche, a pesar de los cientos de *flashes* que lo habían acribillado, se había disuelto en la palestra. Entonces, como si toda esa fuerza del cartel contrastara con su estado en la camilla, como si toda su vida se colase en ese intervalo, perdió el conocimiento.

2

Solo Laura se acuerda del trayecto rumbo al hospital, de la ciudad en la noche que desfilaba manchando de luz los cristales opacos al pasar, cubierta por el ruido de la sirena, que parecía decirle a todo el mundo que se había acabado para él, Max Le Corre, el campeón de boxeo a quien todo el mundo había admirado todos estos años, en esa misma ciudad donde la pesada ironía había querido que se celebrase el vergonzoso combate, ante los ojos de cientos de admiradores y amigos que habían apostado por él y que, en el caso de algunos, quizá se jugaran sumas demenciales por su victoria. Cuando abrió los ojos en esa misma habitación poblada de prolongado sueño, allí estaba Laura, sentada en la sombra de la pared blanca, con la claridad de la ventana que caía sobre las líneas del periódico que estaba leyendo. Y Max, inmóvil, al comprender que estaba despierto, preguntó qué hora era, sin saber aún que no era eso lo que importaba en ese momento, sino la fecha, puesto que estaban ocho días más tarde.

Eso Laura se lo contó más tarde aún, esa semana eterna en la que no había abierto los ojos ni pronunciado ni una palabra, dormido artificialmente para descansar de todos esos golpes que, despacito, le habían quebrantado el cuerpo y el cerebro y lo habían depositado allí, en esa especie de coma, ausente del mundo; y aunque ella hubiera hecho todo cuanto podía para creer que una parte de él aún estaba consciente, una parte que la habría escuchado, sin contestarle, pero escuchado por lo menos. Y por eso todos los días Laura le leía íntegramente el periódico local, sin

enterarse ya ni siquiera ella de lo que estaba leyendo, de lo que articulaba en voz alta, los sucesos o las cotizaciones de bolsa, indistintamente todo lo que había pasado en el mundo, en la ciudad, y sin ahorrarle siquiera la crónica de su propio combate, con la esperanza de que los comentarios recelosos, despechados o injuriosos de los periodistas le produjeran un electrochoque en la conciencia dormida, de que se despertaría de un brinco y a renglón seguido pondría hora a una revancha, sabiendo como sabía ella que también él era capaz de eso, de sentir ira, y que al aguijonearle la virilidad escarnecida tenía la esperanza de verlo de pronto incorporarse en la cama, preparándose ya para regresar en breve. Porque no hay boxeo sin ira, ¿verdad?; ahora bien, eso era precisamente aquello cuyo curso parecía haberse hundido dentro de él, sí, algo como un crac bursátil que nada permitía presagiar y que cae sin control en la plaza de Nueva York o Londres, del mismo modo que su nivel de ira había tocado fondo, a menos que solamente se hubiese desplazado, pero eso ella aún no lo sabía, que ese adversario con la mandíbula tan ancha, con el cuerpo tan aceitado, todo eso ya no había sido el enemigo al que derrotar, puesto que en adelante el enemigo vestía traje negro y una corbata distinta todos los días; al enemigo lo había tenido al alcance de los puños durante meses y meses, y, en lugar de eso, le había sonreído y lo había trasladado por la ciudad, llevándole cada día un poco más la cabeza de su hija en una bandeja de plata.

Y entre las noticias que Laura había leído en voz alta en la habitación blanca, estaba esa con la que su padre había seguido igual de dormido que con las otras: que a Quentin Le Bars, pues, lo habían nombrado ministro, que la tarde anterior se había reunido con el presidente en persona y que decía estar orgulloso de esa responsabilidad que le encomendaban, en este caso, los asuntos marítimos, o sea, ministro del mar, que tantos meses de esfuerzo le había costado alcanzar, sin desdeñar ningún apoyo ni su mano izquierda, e imponiéndose poquito a poco como la persona idónea.

Ella, al leer eso, no pudo por menos de interrumpir la lectura, no porque la sorprendiese (ya lo sabía), sino por verlo en primera plana en ese periódico que conocía desde la infancia, y la foto con el presidente de la República a página completa fue como un choque frontal dentro de su cabeza, algo imposible, quizá, recordar

su cuerpo desnudo cuando él estaba debajo de ella y luego verlo ahora con el traje entallado en la escalinata del Palacio del Elíseo; no, había algo que Laura no lograba figurarse.

Entonces, no sé qué me entró, prosiguió enfrente de los policías, puede que tan solo la necesidad de comprobar que entre el presidente de la República y yo no había más que un apretoncito de manos, y que esa mano era la del hombre que me había estado visitando durante semanas; en cualquier caso, sí, soltó el periódico, cogió el móvil y se puso a teclear en la pantalla el mensaje que le iba a enviar, como quien dice espontáneamente, al nuevo ministro, incapaz de calibrar qué proporción tenía de ironía, de amargura y, al mismo tiempo, sí, de sinceridad, al escribir simple y llanamente: «Bravo por su nombramiento».

Y los dos policías, que seguían escuchándola, por enésima vez parecieron recibir como una descarga eléctrica, el uno recolocándose en la silla y el otro sin poder contenerse:

¿Le escribió? ¿Al ministro? ¿A su móvil?

Ella dijo que sí con la cabeza, también sorprendida aún de lo que había hecho, mientras ellos suspiraban fuerte mirándose, con cara de haber perdido el criterio sobre la marcha.

¿Qué?, dijo ella, ¿tampoco me estaba permitido hacer eso?

No es cuestión de permiso, contestó el policía, pero ese tipo de cosas no juegan a su favor, como la información que algunos oídos están más que dispuestos a recoger por los pasillos.

Lo que vienen siendo espigadores, añadió el otro poli.

Puede, dijo ella, aunque a ese nivel yo no los llamaría espigadores, sino recogemierdas.

Diciendo eso no se está haciendo ningún favor, dijo él.

No estoy aquí para hacerme favores, contestó ella.

Y los dos polis se sonrieron, volviendo a tomar buena nota de su determinación mientras, quizá, trataban de imaginarse la cara de Le Bars al recibir el mensaje de Laura. De verdad, es algo digno de imaginar, Le Bars en persona, el miércoles a eso de las once de la mañana, la hora de su primer consejo de ministros, con el móvil encima de esa mesa larga donde se reúnen todos, y de repente la pantalla se ilumina y pone «Laura». Habría sido como la picadura de un pez araña o una medusa, poniendo enseguida la mano encima para que ningún otro ministro en la silla de al lado lo leyera, no ya

el mensaje, sino simplemente el nombre, como si de golpe Le Bars calibrara el abismo que separaba el presente del universo íntimo cuyo «Ábrete, sésamo» era él, y, lo que es peor, veía como una sombra y ya incluso como una espada que acababa de aparecer por encima de su cabeza, representándose a su vez la satisfacción de ella, la forma discreta y de momento latente de poder que de pronto tenía sobre él, tanto que ya ni siquiera escuchaba al presidente, que acababa de arrancar la ronda de los recién llegados, atrapado en las redes de su propia sorpresa, dudando sobre qué conducta seguir, si contestarle o no, rechazar cualquier contacto, o bien engatusarla; sí, engatusarla prometiéndole mil cosas, que claro que no se olvidaba de ella, que le importaba mucho y que esperaba que siguieran viéndose, ideas que fueron a concentrarse todas ellas en una formulación abierta y casi cómplice que había empezado a teclear discretamente en la pantalla, escrito y enviado: «Gracias, Laura, hasta pronto, espero», que ni él sabía, mientras lo escribía, si se creía ni una triste palabra.

Y no fue hasta más tarde, al salir del palacio presidencial, mientras se dejaba trasladar por las calles de París en un coche más negro y más grande que antes, cuando se dijo: «Venga, que no es para tanto», «La chica esa, es cierto, podría volver a verla», de esa forma casi abstracta, sensitiva en todo caso, en que ella cruzaba por su memoria, y que no era aún sino el deseo que lo dominaba.

Ella, todavía sentada en la habitación del hospital, al aparecer el nombre de él en la pantalla, y escrito debajo «Hasta pronto, espero», no se puso a medir el grado de convicción que él podía haberle puesto, pero casi se sintió halagada de pronto, de modo que sí, dijo, no puedo negarlo, ese día me sentí importante.

3

Ella no lo vio enseguida, que él se había despertado, y eso que tenía los ojos abiertos como platos, pero la cabeza atrapada en el collarín minerva no se movía, solo el hilo de voz, que repetía con preocupación: El coche ya está limpio, podéis decirle que está limpio. Y Laura se puso de pie de un brinco, le cogió la mano y dijo tan solo: Sí, no te preocupes por nada, el coche está limpio. Claro está, el médico no tardó en llegar; primero la enfermera, que enseguida avisó al médico de que el boxeador de la 12 se había despertado, eso oyó Laura de pasillo en pasillo, y el susodicho entró en la habitación con ese aire un poco descarado de todos los médicos en todos los hospitales, que se inventan una repentina amistad con los pacientes que hasta hacía un instante no sabían ni cómo se llamaban, en plan «¿Qué, señor Le Corre, se encuentra mejor? ¿Listo para volver al *ring*?», tanto que como gesto cómplice o reconfortador trató de imitar un movimiento de boxeo con los puños al que Max se esforzó por corresponder con una sonrisa. Y el mismo médico, volviendo a meter las manos en los bolsillos de la bata, giró la cabeza hacia Laura haciéndole ademán de encontrarse en el pasillo, algo así como lo que hacen los médicos cuando quieren dar malas noticias sin que se entere el paciente; entonces ella salió a su vez y lo escuchó.

Su padre está debilitado, dijo, tiene algunas lesiones en el cerebro, mire. Y le enseñó imágenes de su actividad cerebral. No es seguro que recupere toda la lucidez, cuando menos se ve que los nervios han sufrido mucho.

De tanto recibir golpes, es sabido que los boxeadores siempre corren ese riesgo, el de volverse huraños o tarados, y entonces, al envejecer, se forma como un cristal opaco entre el mundo y ellos, a través del que solo se captan sombras, nada más que volúmenes y formas, como dicen que les pasa a algunos animales de noche.

Es como con los apicultores, le explicó el médico a Laura. Sus abejas los pican millones de veces cada vez que cosechan la miel, pero ya no sienten casi nada de lo acostumbrados que están a las picaduras. Pero un buen día, basta con una sola, la picadura de más, para que se caigan redondos. A los boxeadores les pasa lo mismo, todos los días los sacude una dosis de conmociones, por mucho que parezcan indemnes y casi indiferentes a los golpes, pero en realidad es como las termitas socavando por doquier, cada golpe que reciben hace su labor de zapa, hasta que un día basta con un papirotazo de nada, con un *uppercut* de sobra, para que se desplomen y no se levanten más.

Conozco a mi padre, dijo ella, no quería seguir boxeando, no lo va a echar de menos.

No parece estar entendiéndolo, señorita, tampoco se va a reincorporar a su trabajo en el ayuntamiento. Tendrá que buscarse otra cosa.

Y él, Max, puede que porque estaba oyendo la conversación de lejos, o puede que por haber oído la palabra *trabajo*, o porque se movía en un mundo paralelo, en duermevela, seguía repitiendo: El coche, señor alcalde, le juro que está limpio, perfectamente limpio.

Y Laura entró de nuevo en la habitación, sonriéndole en el sosiego de las sábanas, un poco tiesas, un poco desgastadas también, pero en cierto modo formaban un caparazón más suave que las paredes de su casa, si es que se podía decir que todavía la tuviese, una casa, porque parecía que ahora le quedaba muy lejos; en todo caso de momento ya no estaba hecha de ladrillo o de piedra, sino de una tela desgastada que se podía rasgar en cualquier momento, con la mínima ráfaga, con la mínima navaja que la rozase, así que no, prosiguió el médico, queda descartado que de momento retome una vida normal. No, le explicó a Laura, su padre no está listo. Su padre, añadió, quizá no esté listo nunca más.

Y como ya se alejaba, ella volvió a sentarse en el sillón, al lado de la cama, y dijo: Todo bien, papá, saldrás muy pronto, y luego

encendió la televisión. Jugueteó un rato con el mando a distancia. Las series empalagosas de última hora de la tarde. Los juegos estúpidos. Los informativos de las cadenas regionales.

Fue entonces cuando lo vio, a Quentin Le Bars, ministro de Asuntos Marítimos, cruzando por el patio del Palacio del Elíseo en la pequeña pantalla sujeta a la pared, con una carpeta debajo del brazo, como todos los ministros, sin dejar de saludar a todas las cámaras. Y para Laura era como si se dirigiera a ella personalmente, que le dijera otra vez: «Hasta pronto, espero», y ella casi se lo creía. Pero en la habitación también había otro que lo estaba viendo desde la cama: él, Max; con el collarín que seguía impidiéndole mover el cuello y los ojos vueltos hacia el televisor, con una voz ya más clara en la que parecían concentrarse todas sus fuerzas, le dijo a Laura: ¿Vas a seguir viéndolo?

Ella se volvió hacia su padre, no estaba segura de haber oído bien, en el triángulo que se dibujaba desde donde estaba él hasta la pantalla del televisor y desde la pantalla hasta ella sentada junto a la cama, igual que si una bala de revólver hubiese rebotado en la pantalla y en el ángulo agudo del impacto hubiese ido a alojarse directamente en ella, en algún punto entre el tímpano y el cerebro. Él, dentro de esas cuatro palabras —«¿Vas a seguir viéndolo?»—, tumbado sin fuerzas en una cama de hospital, había logrado meter todo lo que sabía, todo lo que parecía haber sabido siempre y guardado en una caja fuerte que de pronto abría y colocaba delante de ella en una sola carga que amenazaba con explotar; ni ira ni cinismo, sino tan solo esa manera que él tenía de decírselo ahora, sin atisbo de locura, tranquilo y sin excesos, sin calibrar que jamás en su vida había golpeado tan fuerte en un *ring*. Y ahora ella se preguntaba desde cuándo, sí, desde cuándo lo sabía, desde cuándo lo había entendido, puesto que en esas cuatro palabras se aclaraban todos los acontecimientos de los últimos días, empezando por esa derrota que ella comprendía sobradamente.

Podría haber hecho como se hace a veces para creer que se miente bien; podría haber dicho: ¿Viéndolo? ¿A quién? Pero ¿de qué me hablas? Pero no, no hizo eso. No tenía recursos para hacerlo, sumida en el fondo de su cilindro interior, tratando tan solo de recordar que no había perdido el uso del lenguaje, pero incapaz de recurrir al mínimo verbo o sustantivo o de farfullar

siquiera «pero» o «qué estás…» por la simple razón de que incluso por dentro, incluso donde hasta hacía un instante había miles de palabras reunidas, en ese momento todos los idiomas del mundo se habían caído a un pozo sin fondo. Y en esa especie de silencio pánico ni siquiera se hallaba la certeza de su respuesta, quiero decir que por sí misma no era capaz de contestar, es decir, no era capaz de pensar: «Al cerdo ese, no, desde luego que no», sino más bien: «Y yo qué sé. A lo mejor», o incluso; «Sí, seguramente», como si, dejando al margen la mirada de su padre, se hubiera atrincherado de nuevo detrás de la fatalidad, la de una joven que no había nacido para tomar decisiones y se sometía desde hacía mucho tiempo a los que saben tomarlas; ella, que al mismo tiempo era tan clarividente, tan capaz de calar toda la situación, puede que incluso espantada por la esterilidad de su propia inteligencia. Así que resultaba más fácil, más necesario también, considerar que las cosas habían pasado como tenían que pasar, olvidada de lo que ella misma había considerado hacía tanto tiempo como una trampa de la que había conseguido librarse, tratando de decirse ahora, como justificación ante un tribunal interior, que pues eso es normal, él me ayudó a mí y yo lo ayudé a él, nada más, no hay que sacarlo de madre; y esa era la forma que tenía ella de lidiar con eso, tranquilizándose de pronto al volver tan prosaica esa cosa que los había unido de forma tan violenta; no, violenta no, un simple acuerdo, insistía ella, un intercambio de favores, y ¿qué le importa a nadie que la moneda de cambio fuera mi propio cuerpo?

Todo eso no se lo dijo a su padre, ni eso ni ninguna otra cosa; solamente: Me voy ya, papá, volveré mañana. Y le daba vueltas a lo que le había dicho el médico, que Max nunca retomaría una vida normal, ni la que lo llevaba a los *rings* ni esa rutina que lo había tenido todos estos años al volante del sedán municipal, y se lo imaginaba, ella, desmejorando lentamente en una casa de reposo, desocupado antes de tiempo, y volviendo a hundirse en la deriva alcoholizada de sus noches sin sueño.

Entonces sí, les explicó a los policías, me dije que quizá quedase una solución.

¿Una solución?

Sí. Un último arreglo.

Y en el largo pasillo que la conducía fuera del hospital hizo

aquella locura; cogió el móvil y le escribió a Le Bars: «¿Cuándo podemos vernos?».

Sí, fui yo quien lo presionó a él, dijo. Eso no lo voy a negar nunca, mientras veía al policía que seguía enfrascado en la pantalla del ordenador, mirándola cada vez menos, mientras el otro, aún de pie, casi suspiraba, o al menos marcaba cada vez más las respiraciones, como para dejar constancia de su desaprobación.

Pero volver con alguien que te ha sometido, dijo ella, es de lo primerito que se aprende en Psicología, ¿no?

Creía que no había estudiado Psicología.

Eso no significa que no sepa cosas, dijo ella.

4

Contó, claro está, el viaje a París, con esa sensación de estar haciendo esa fuga con la que tantas veces fantaseó de niña, pero que nunca llegó a hacer; con la mochila preparada desde hacía tantos años, escondida detrás de la puerta de su cuarto. Cuántas veces había comprobado si llevaba dentro todo lo que iba a necesitar, su dinero, por supuesto, y también un jersey de lana, calcetines de recambio, una linterna, galletas, cuadernos sin estrenar y bolígrafos para llevar un diario, y entonces, todas las noches al dormirse, volvía a hacer la lista de cada cosa necesaria para sobrevivir los siguientes días, dado que al amanecer ya estaría lejos, que sus padres no lo sabían, pero le habían dado las buenas noches por última vez. Así que, cuando a la mañana siguiente se encontraba desayunando, qué curioso, era otra la que en su lugar se había olvidado de que tenía que irse, incluso de que existía un equipaje, que acababa mirando con condescendencia, con esa superioridad matutina que le daba como una palmadita en la espalda, diciéndole: «Pobrecita mía, qué ingenua eres aún».

Y por muy ingenua que fuese, aún lo fue más al obedecer cuando, al cabo de una hora, Le Bars contestó a su mensaje y le propuso una fecha, algo así como: «¿Mañana?», a lo cual ella dijo: «Mañana, de acuerdo; saco el billete».

Al día siguiente, en el tren que la llevaba a París, de mirar cómo ondulaban los cables eléctricos a lo largo de las vías, de imaginarse ya su encuentro en ese nuevo decorado, le entraron dudas, claro, hizo trampas, claro, con lo que sentía por sí misma y por lo que iba

a hacer, diciéndose aún: Sí, un simple arreglo, un último acuerdo, ya está; y casi le entraban ganas de contarle su historia a los vecinos de asiento, decirles de sopetón: Sí, voy a París, voy a pasar la noche con Quentin Le Bars, sí, el nuevo ministro, pero tenemos una relación complicada, convencida de pronto de que todo el vagón está meditando sobre su historia y susurra: «Sí, es ella, la amante de Le Bars, la reconozco», cuando a veces cabría creer que en lugar de un dios que nos observa solo está el rumor concentrado de cinco mil millones de humanos con la vista vuelta hacia nosotros; sí, claro que es absurdo, pero es así, por mucho que Laura intentara no pensar en lo que estaba pensando, por mucho que se dijera que si iba era ante todo por su padre, para que él hiciese algo por su padre, aquello volvía una y otra vez. Y porque hay determinadas acciones de las que, no, definitivamente nunca se podrá desenredar el nudo negro que nos impulsa a cometerlas.

Fue ella quien reservó el hotel, quien buscó en internet qué podía encontrar que estuviera bien de precio y también de presencia, zanjando el tema con un dos estrellas del extrarradio, no muy lejos, a ser posible, pero lo bastante discreto para que él no se sintiera a disgusto. En la recepción dio su nombre y ganas le dieron de precisar: «Le Corre, sí, como el boxeador», pero no lo hizo. Una habitación para dos personas, mi marido ya está en París, se reunirá conmigo más tarde.

Porque eso también lo habían acordado: ella llegaría antes que él y él solo tendría que subir sin ni siquiera presentarse en la recepción, quizá indicar en el vestíbulo, de lejos: Estoy en la habitación 28, como ella le había escrito en un SMS: «Habitación 28, dejo abierto». Así que ella subió y lo esperó. Miró por la ventana las torres y la circunvalación, a lo lejos, perdida en un arrabal que no conocía, con un único punto de referencia, que era su móvil, que hacía las veces de brújula, donde el otro había escrito: «Llegaré sobre las
19 h».

Él, en el taxi que lo llevaba, seguramente hacía mucho tiempo que no se había alejado tanto fuera de París, es decir, convendría añadir que, para sí mismo, no había bajado tanto en la escala social. Aunque, cuando el taxi lo dejó al pie del hotel y tuvo que aventurarse solo allende los bulevares periféricos, esta vez sin un

consejero ni un guardaespaldas, sino como un arrabalero cualquiera volviendo a casa, se sintió un poco humillado, quizá también por ser tan dependiente de su deseo y casi esclavo del recuerdo del cuerpo de ella, de todas esas veces en las que se volvía a ver gozando en su vientre o bien en su boca, y puede que preguntándose por cuál se decidiría ese día, más o menos como si fuera al restaurante y no supiera qué menú escoger; sí, ese tipo de pensamientos seguramente eran los que lo tenían entretenido mientras ella terminaba de extenderse el rímel negro en las pestañas, con la esperanza de alargarlas todavía un poco más, con la palabra *ministro* que le volvía rítmicamente a la cabeza, incapaz de pensar en Le Bars; incapaz de olvidar que iba a recibir a uno, a un ministro; que esa habitación nueva en una ciudad nueva ya no tenía nada que ver con las primeras veces, y que por supuesto que iba a ayudarla, por supuesto que bastaba con un telefonazo o dos y Max volvería a tener una colocación en el ayuntamiento; esta vez no podía diferirlo, que ella estaba dispuesta a olvidarse de sus promesas de vivienda, pero que por su padre sí que tenía que hacer algo. Y porque, por muy ministro que fuese, no era un monstruo, pensó ella.

Aunque eso, les dijo a los policías, aún está por demostrar; cuando sentí el portazo que dio al entrar, comprendí al instante que nada más que su deseo había cruzado el umbral de la habitación, salvo su orgullo quizá, que se sentaría en el sillón al pie de la cama, el mismo orgullo que lo observaría tumbarse como quien mira de arriba abajo, con pena, a un borracho por la calle, mientras él se desanudaba la corbata, sin hablarme casi, esforzándose por no perder la educación: ¿Qué tal? Me alegro de volver a verte. Y tumbándose medio desnudo en la cama, con el cinturón ya desabrochado, añadió: No tengo mucho tiempo.

Sí, lo comprendí al instante, dijo ella, quiero decir, no lo que iba a pasar, eso ya lo sabía, sino todas las falsas expectativas que me había creado, la esperanza de que podría ser, cómo decirlo, amistoso.

¿Amistoso?

Sí, amistoso. Eso creí. De locos, ¿eh? Pero no, nada de eso; solo me desnudé mientras me miraba y luego hice lo que tenía que hacer.

¿Y no le dijo nada de su padre?

No, no enseguida. Pero cuando se acabó, unos minutos más tarde, cuando se estaba subiendo los pantalones, me acuerdo perfectamente, le dije: Quentin…

Y ella se preguntaba cuántas veces se había atrevido a llamarlo por su nombre —una, dos quizá—, hasta él se sorprendió, ofendido de que, desde su nueva posición, ella lo devolviera a la intimidad de un nombre de pila, tanto más ahora, que su deseo ya estaba muerto y saciado y su mera presencia en ese hotel cochambroso le pesaba como una náusea.

Quería pedirle algo, acabó por decir ella, para mi padre…

Ah, sí, tu padre, ¿qué tal está?

Me preguntaba si a lo mejor podría usted ayudarlo, ver con el ayuntamiento si habría posibilidad de colocarlo o…

Y ahora la miraba con esa falsa misericordia rayana en el desprecio, diciéndose que esta no se entera de nada, no ve que las suertes están echadas desde hace mucho tiempo, lo que no era sino una forma de pensar: «¿Qué quieres, que me moje por ese pobre desgraciado que no ha sabido salvarse a sí mismo?», y con eso no se refería solo al combate perdido, sino quizá a toda esa pulsión de fracaso o impotencia que le parecía dominar a Max, la clase de psicología de la que huía como de la peste.

Y porque llegados a ese punto ya se entendían más deprisa que las frases, la cortó en seco para decir:

Ahora no puedo permitirme… Yo…

A lo mejor solo una llamada, dijo ella.

Me salpicaría. No, no puedo.

Y sin duda esa petición había terminado de acelerar su partida, al ponerse de pie en cuanto la conversación tomó ese giro demasiado serio, y, remetiéndose ahora la camisa en el pantalón, apretándose el cinturón un agujero más, ya estaba cogiendo la chaqueta y disculpándose por tener que irse tan pronto. Se obligó a darle un beso en la frente y luego, en un intento de quitar hierro al asunto, dijo sonriendo: Perdóname, ¡tengo horario de ministro! Y ella miró cómo se marchaba.

A lo mejor se lo tenía que haber dicho antes, soltó el policía.

¿Antes de qué?

Y él, el policía, ¿qué iba a decir? ¿Antes del sexo? ¿Antes del

amor? ¿Recordar que un favor como ese, sí, se lo tendría que haber pedido antes, cuando él aún tenía el sexo lleno de insatisfacción? No, qué va, eso no habría cambiado nada, es decir, que se habría limitado a mentir un poco más para conseguir lo que quería, habría dicho: Sí, claro, de forma casi mecánica, igual que si le hubiera metido un billete de cincuenta euros en el bolsillo de atrás del pantalón, y eso que aquel día puede que él pensara que era ella la que tendría que haberle pagado a él; en cualquier caso, fue la sensación que tuvo ella cuando salió de la habitación, mucho rato después de que él se fuera, y entonces, al entregar la llave en recepción y cuando se disponía a despedirse, el recepcionista le dijo: Señorita, hay que pagar la habitación.

Sí, les dijo a los policías, también hizo eso, el muy cerdo, dejó que pagara yo la habitación.

5

Sí, fue todo eso lo que le formó como una chispa dentro de la cabeza en el tren de vuelta, los cuatrocientos kilómetros aún con el sabor de su esperma en la boca, que ningún café del bar del TGV
lograba quitarle; la clase de sabor que el cerebro es capaz de reproducir durante días solo por el placer de refocilarse con el error o bien quizá para mantener intacta la ira. Y en cierto sentido, mejor. En cierto sentido es una suerte que el cuerpo recuerde y grite el envenenamiento, obligándote a vomitar en el retrete de un tren.

Cuando ese día se bajó a la vuelta de París, cuando puso el pie en el andén y cruzó el vestíbulo hasta la amplia plaza, instintivamente se dirigió hacia el paseo marítimo, dejando atrás el casco viejo, que no la incumbía, al igual que los aparejos navales antiguos, que parecían fantasmas delante de las dársenas, invitándose como momias al plano del catastro. Había un cielo gris, casi color perla, y bastante inmóvil; ni un atisbo de tormenta ni un soplo de viento, la clase de cielo nacarado que parece de algodón y deja el mar más oscuro, apenas reluciente, opaco como sabe ponerse el mar cuando está en calma. Bajó a la playa y anduvo deprisa a propósito, hundiéndose en la arena para respirar más fuerte y notar la cabeza dándole vueltas por efecto del oxígeno, cuando tras la bruma de sus ojos solo estaba el recuerdo mal estratificado de la noche en blanco, y con esta toda la ira mezclada con cansancio que se había apoderado de ella mucho antes del alba, es decir, mucho antes de dejar esa habitación de hotel en la que él

había pasado exactamente, según anotó ella, diecinueve minutos antes de despedirse de ella con ese tono neutro de las personas seguras de sí mismas, puede que diciéndole: Cuando vuelvas a París dame un toque, al tiempo que terminaba de atarse los zapatos y cogía la carpeta que había dejado encima de la cómoda, antes de desaparecer con el sonido de la puerta al cerrarse. No sé lo que dijo ni lo que pensó en ese momento, pero sí el anonadamiento, imagino, de verlo volver a vestirse tan rápido y calibrar toda la energía que ella había invertido en ir hasta allí, el dinero que se había gastado en el billete de tren y el tiempo nervioso, ahora desperdiciado, viendo desfilar las llanuras del oeste, con esa ira que seguía ascendiendo al ritmo de los kilómetros recorridos. Y en cierto sentido, mejor así.

Mejor que algunos días de nuestra vida formen como olas más allá de las cuales notamos de sobra que vamos a volcar, cuando debajo el mar se alza por los escollos y entonces, algunos días, sí, hay que rodearlos prudentemente, como se dobla un mal cabo a vela. Ella, Laura, ya había doblado unos cuantos cabos; no diría con total claridad, ni siquiera con total prudencia, pero digamos que, ojo avizor y plantado como un vigía todo lo alto posible en un mástil que trataba de construir desde la altura de su corta edad, y al que incluso trepaba poco a poco para calibrar la cantidad de agua circundante; solo que hasta cierta edad se mantiene una bruma difícil de atravesar, de las que impiden trazar el porvenir, y no solo el porvenir sino incluso el pasado, sí, hasta la sombra de lo que hemos vivido, y entonces no hay que contar con la memoria ni la experiencia para proyectar nuestra silueta en el mañana, y porque hasta cierta edad, curiosamente, la soportamos, la bruma; soportamos no buscar a lo lejos, nos conformamos con un perímetro reducido donde se proyecta la mirada, o, mejor aún, todavía no sabemos si existe un mundo sin bruma. Pero resulta que, en determinado momento, por alguna oscura presciencia, intuimos claramente que tiene que existir otro meteoro, otro cielo, en cualquier caso lo exigimos y, al exigirlo, pues nos ponemos a desgarrar el aire con armas cortantes. Entonces, cuando Laura sintió que se había vaciado bastante de esos pasos agobiantes, cuando quizá hubo gritado frente al mar hasta la saciedad, dio media vuelta, volvió carretera arriba y esta vez cruzó las fortificaciones del

casco viejo hasta la comisaría. Sin titubear, dejó atrás la puerta y cruzó el vestíbulo, y, según se plantaba delante del mostrador de recepción, donde ya la estaba mirando el policía de servicio, dijo: Vengo a poner una denuncia.

6

De lo que trató de explicar más tarde, diría que fue como si una mano gigante la empujara por la espalda, una ola más alta que las demás, que la agarró por el brazo y la levantó más alto de lo que había previsto; una ola de la que esta vez no surgió ninguna náyade burlona, sino más bien Némesis en persona, que había acudido para conferirle esa fuerza casi neumática a través de la que había tenido la sensación de que la depositaban allí, delante de las escaleras de entrada de la comisaría. Y seguro que el policía de servicio se quedó patidifuso al oír el apellido Le Bars cuando, mecánicamente, preguntó: Poner una denuncia, sí, ¿contra quién?

Ella, consciente del efecto que iba a causar, le soltó: Le Bars. Y entonces a él, el policía, se le aclaró o ensanchó la mirada, y en un instante ella lo vio empezar a vivir en su propio cuerpo, como si hasta ese momento no fuera más que una especie de ventrílocuo que hablaba dentro de él, con la voz grabada que tenemos todos para este tipo de situaciones, pero, cuando de pronto pasa algo, cuando de pronto se conecta el cable que nos recuerda que estamos vivos, todo cambia y vibra, y dijo enseguida: Un momento, ¿de acuerdo?, y lo vio colarse por la puerta del despacho acristalado que tenía detrás, dirigiéndose al que a todas luces era su jefe, que estaba, por su parte, sentado en su escritorio y que rápidamente volvió la cabeza hacia ella a través del cristal; ella no podía oír la conversación de ambos, pero intentaba leerles los labios, miraba cómo el rostro se les iba frunciendo paulatinamente como si los dos hubieran comprendido igual de rápido que sí, que se les había

juntado el cielo con la tierra. Entonces el poli del mostrador volvió con ella y la invitó a pasar detrás y entrar allí, en el despacho acristalado, tras lo cual cerró la puerta y colgó un cartel donde ponía: «Declaración en curso». El otro, que seguía sentado, con un ademán le indicó a Laura que se sentara, con él enfrente, delante de la pantalla del ordenador, colocándose ya el teclado bajo los dedos, que desentumecía igual que un cirujano prepararía el instrumental antes de operar; al menos así fue como lo vivió ella, que acababa de entrar en silla de ruedas en un quirófano, sin que le diera tiempo casi a entrever el escalpelo y el bisturí, dispuesta a dejarse caer en el sueño de la anestesia. Solo que esta vez la anestesia era más bien como una sesión de hipnosis en la que uno se dedica a contar su historia, una larga duermevela en la que ya se sentiría únicamente como una figura desollada de las viejas láminas de anatomía, dejando que se desovillara en sus labios la larga hebra del relato que había que extirpar de a saber qué jungla orgánica que le servía de cuerpo; exactamente lo contrario de ese aguante del que había hecho gala durante esas semanas eternas guardándose las frases dentro, manteniéndolas tanto tiempo en ese estado larvario e inarticulado que les había prohibido cualquier acceso a la luz del lenguaje. Y ahora era como si su historia no fuera realmente suya; es más, en el fondo, por eso había ido allí, para contar su relato en tercera persona, imaginándose de pie delante del cirujano, asistiendo como una enfermera a la descripción de los hechos, esos mismos que no habría podido calificar penalmente, ella, que no había hablado ni de violación ni de proxenetismo, aún menos de tráfico de influencias ni de abuso de situación de vulnerabilidad, sino tan solo descrito en orden la sinuosa y progresiva ascendencia que él había ejercido sobre ella.

Pero la ascendencia, dijo ella, no es un delito, ¿verdad?

Depende, dijo el policía, no se excluye nada, mirando ahora cómo salían las hojas de la impresora antes de pedirle que releyese su relato; ella, como despertándose de la larga amnesia que le había parecido producirse, calibrando que, por primera vez, había rehecho en frases todo el camino que la conducía a su propio presente, ella casi dio un respingo al decir:

¿Releerlo? Pero ¿por qué?

Pues porque es el reglamento, señorita, tiene que releerlo antes

de firmarlo, al tiempo que le tendía ya el ejemplar impreso de su relato. Y releyéndose sintió aún en mayor medida que el *yo* que poblaba su historia se había transformado en *ella*, casi incapaz de juntar las dos instancias ahora separadas, de modo que miraba como a una extraña a esa joven de nombre Laura que declaraba bajo su responsabilidad la veracidad de los hechos expuestos a continuación. Y al devolverle la hoja firmada al policía, no pudo evitar preguntarle: ¿Cree que lo condenarán?

Primero, habrá que ver si lo juzgan. Habrá una investigación.

Sí, pero al final, insistió ella, ¿lo condenarán?

Es un caso delicado. No soy juez.

Y al acompañarla hasta la puerta, añadió: Le recomiendo que se busque un abogado.

Y seguramente fue uno de los mejores consejos que podía haberle dado, pues, según desaparecía su silueta tras las puertas automáticas eléctricas de la comisaría, allí dentro hubo como un zafarrancho de combate, es decir, que al policía que había estado mirando cómo salían de la impresora, una a una, las páginas repletas de las palabras *sexo* y *felación* y *consentimiento*, se lo vio inmediatamente atravesar los pasillos deslucidos del viejo caserón, llevando en la mano las páginas en cuestión, que ya semejaban una granada, como si todo ese relato se hubiese grabado en una placa de hierro calentada al rojo blanco de la que se desprendía un olor vomitivo a quemado y que entonces la mejor forma de librarse de ella fuera poner cuanto antes debajo de las narices del fiscal el atestado recién impreso.

Eso fue lo que hizo, el poli; entró en el despacho del fiscal y le puso delante las tres páginas con una cara tan seria que el otro enseguida comprendió no lo que pasaba, sino que estaba pasando algo y que lo iba a leer sobre la marcha. Y el policía que se había quedado allí, de pie, siguiendo los ojos del fiscal deslizarse de una línea a otra, lo mismo que si hubiese estado leyendo una novela trepidante, y el otro, aún de pie, inmóvil, esperando a que le diera su opinión, igual que un editor con un manuscrito. Y, efectivamente, la supo, la opinión, cuando el fiscal dijo: ¿Se puede saber qué es esta mierda?, con ese tono un poco cortante y amargo de quien ya sabe que se va a llevar una bronca, dándole casi a entender al policía que no había hecho su trabajo como es debido,

que no se registra así como así cualquier denuncia a la ligera, que debería haberle consultado inmediatamente y que él, el fiscal, habría estado encantado de recibir a la joven para razonar con ella; no es que estuviese, propiamente hablando, del otro lado de la ley, pero sí era de los que prefieren un acuerdo a un escándalo con tal de que todas las personitas que sentía que tenía bajo su responsabilidad se mantuvieran unidas; ese era el tipo de expresión que debería haber utilizado: «A mí lo que me interesa es que todo el mundo se mantenga unido», y que en ese sentido, en el ámbito de la justicia, siempre había que calcular los costes antes que los beneficios, porque siempre existía un riesgo cuando se quería hacer explotar costumbres demasiado viejas; *explotar* es la palabra indicada cuando lo que tenía debajo de las narices ya no le parecía una simple granada, sino una bomba pequeñita, como las que se ven en los dibujos animados, una bola negra con una mecha larga detrás, que ya notaba que había empezado a consumirse.

Le dijo al policía que lo dejara solo, que iba a estudiar la situación, la clase de situación muy delicada que le llega a un fiscal dos o tres veces en la vida, en ese momento en que aún no se sabe cómo cambiará el viento, pero que, tanto si le da carpetazo al asunto como si lo lleva a juicio, será para siempre jamás «el hombre que», es decir, el que para siempre jamás llevará grabado en la frente algo así como «Os acordáis, el caso Le Bars, sí, fue él, el hombre que…»; y puede que diciéndose, mientras se secaba las gotas de sudor que empezaban a brotarle en la frente, que el día que se sintió tan orgulloso de prestar juramento tendría que haber pensado también en aquello, la casuística que se genera, al tiempo que repasaba mentalmente todas las clasificaciones penales que le inspiraba el relato de Laura, «corrupción sexual» o «abuso de una situación de vulnerabilidad» o «tráfico de influencias» o incluso «proxenetismo», al tiempo que se decía que no podía olvidarse de romper el papel donde estaba escribiendo todo eso, romperlo en trocitos pequeños y tirarlos a la papelera, mientras seguía buscando en la nomenclatura de los hechos cuáles resultarían una carga menos pesada, no para el acusado, sino para él; gracias a qué motivo podría conservar su cargo y su probidad, reflexionaba; se ponía de pie, caminaba por el parqué chirriante del despacho viejo y volvía a sentarse por fin, pensando que, entre todos esos delitos,

los que la opinión pública podría tolerar mejor, por ignorancia o por aburrimiento, eran aquellos cuya formulación resultaba más ambigua, más abstracta, más opaca y a la vez más abierta, de forma que al día siguiente hete aquí que el mismo fiscal abría una investigación preliminar por «tráfico de influencias».

7

Es un hecho reconocido que, en cuestiones de poder, el pánico es mayor cuanto más cerca se está de la cima, por esa tendencia que tienen los más altos dignatarios a creer que si algo llega a rozarlos, afectará a la humanidad entera, a menos que nada los ofenda tanto como que los alcance la trivialidad del mundo del que han olvidado que formaron parte en algún momento. Eso fue lo que le pasó a Le Bars cuando el fiscal en persona lo llamó para decirle cosas como «Siento mucho fastidiarlo con esto» y «Ya sabemos cómo son esa clase de chicas», pero «No nos cabe duda de que se va a arreglar».

Bueno, dijo Le Bars, en cualquier caso, muy amable por haberme avisado.

Y al colgar, se odió por un instante, no por una repentina culpabilidad, sino por esa falta de envergadura y de estrategia, siendo así que su ambición, cuya existencia conocía desde pequeño, hubiese querido que fuera mejor gestor de sus actos, él, que de pronto estaba tan solo en ese despacho aún mayor que el anterior, para el que acababa de elegir cortinas nuevas por catálogo, imaginándose de repente que tenía que dejarlo tan pronto para volver a esa ciudad suya demasiado pequeña, y dando un tremendo puñetazo encima del escritorio y conteniéndose para no ponerse a gritar «puta» y «cagoendios». Pero no tardó en serenarse, Le Bars; se calmó y reflexionó. Y en las horas que siguieron no sé cuántos telefonazos empezaron a circular a diestro y siniestro, enmarañamiento de líneas invisibles que empezaron a cruzarse a toda velocidad entre los distintos departamentos, el ministerio y el

servicio de inteligencia, el servicio de inteligencia y la fiscalía, la fiscalía y el ministerio, como si la bomba pequeñita que Laura había colocado en la comisaría de su ciudad se hubiese transformado paulatinamente en onda telegráfica sin que nadie, ni el policía, ni el fiscal, ni el jefe del servicio de inteligencia a quien avisaron de inmediato, nadie calibrase que, con cada teléfono que descolgaban, con cada retahíla de palabras que soltaban, cada uno a su escala contribuía a que la mecha se consumiera un poco más. Pero tampoco nadie se engañaba sobre lo que iba a pasar, que la misma mecha, de tanto conducir la chispa que se acercaba a la pólvora, pronto tendría que explotar, es decir, que el caso terminase derramándose por la vía pública cuando, a través de a saber qué zona gris y porosa de los vínculos entre la justicia y la prensa, qué bares aledaños al palacio de justicia, el eco de las reclamaciones acaba siempre en la tinta negra de los periódicos.

Y esta, la reclamación, no fue una excepción a la regla: al cabo de tres días, toda Francia oyó hablar de una tal Laura de la que podría haber abusado un ministro en ejercicio, una historia turbia de alojamiento, según decían, a cambio de pequeños favores. Y otra vez se produjo un zafarrancho, esta vez en las oficinas del ministerio, donde probos funcionarios vestidos de gris aconsejaron a Le Bars que tomara la delantera, o no, no le aconsejaron, más bien le intimaron la orden de dar explicaciones cuanto antes, de no dejar que el rumor acabase con él, instándolo a que se expusiera sin complejos en los periódicos, en las ondas, en la televisión, sobre todo que no se encerrase en el silencio, que jugaría en su contra. Y eso, Le Bars supo hacerlo, poniéndose en contacto sin demora con las cadenas de radio nacionales para pronunciar en ellas el discurso que llevaba preparado, que siendo alcalde de una ciudad pequeña, diría, estás tan cerca de los electores que a menudo los conoces personalmente y de hecho te expones, y puede suceder que concentren en ti su ira. Y añadir que la justicia está acostumbrada a estas situaciones: está aquí para separar el grano de la paja.

Y los periodistas insistían: Así pues, ¿no niega haberse visto con Laura Le Corre?

Él, titubeante, dejando ese espacio en blanco mínimo que en la radio parece durar horas.

No tengo por qué exponer aquí lo que me vincula con la señorita

Le Corre.

¿Pero la conoce o no?

En efecto, nos encontramos varias veces. Y debo decir que estoy tanto más pasmado cuanto que siento por ella un gran respeto y una gran amistad.

Eso fue lo que oyó, Laura, al otro lado de la radio, respeto y amistad. Sola en su habitación, no le salió una réplica ágil, pensó tan solo en algo así como «Menuda cara tiene», sin calibrar su propio sentido de la lítote, ni aún menos suponer que el mismo Le Bars, al salir de los estudios de la emisora que lo había recibido, ya estaba en la etapa siguiente, aquella en la que toda la indignación de ella, que había topado contra el recorte de cielo de la ventana Velux, no tardaría en ser expulsada por lo que entonces habrá que llamar estupefacción o incluso espanto, puesto que Le Bars, arrellanado en el cuero de su coche ministerial, al marcar el número de su viejo amigo Bellec, tenía en mente otros planes para ella.

Me alegro de oírlo, Franck.

Y porque Franck, a ojos de Le Bars, era el hombre de la situación, en plan director de orquesta en el foso, tan profundo que puede dirigir cualquier sinfonía sin que ningún espectador desde ningún lugar del gran teatro del mundo distinga ni el menor de sus movimientos.

Creo que realmente ya no tenemos alternativa, dijo Le Bars.

No, desde luego, dijo Franck, al menos si aún le importa.

Ya no es momento de tener escrúpulos, anticipó Le Bars.

Y al persistir ambos en frases dichas a medias del tipo «Hay que batir el hierro cuando está caliente» o «Tenemos un margen de dos o tres días», no era la conversación propiamente dicha la que permitía comprender lo que tenían en mente. Para eso habría hecho falta no perderlos de vista desde el principio de esta historia, colocar micrófonos en el despacho de Bellec y deducir los pensamientos a tres bandas que habían acordado tiempo atrás, tal y como si hubiesen jugado una larga partida de billar francés, cuando golpear la bola roja produce un efecto que servirá para hacer carambola en la amarilla para, en última instancia, tocar la blanca, teniendo en cuenta que la blanca, claro está, era Laura.

Bueno, yo me encargo, dijo Bellec.

Nos mantenemos al tanto, dijo Le Bars.

Y colgaron. Entonces Franck, sentado detrás del amplio escritorio, abrió el primer cajón que había abajo y, como quien desenfunda un revólver, sacó una vieja revista para hombres que colocó encima de la superficie barnizada que tenía delante, y luego pasó las páginas hasta aquellas, las centrales, en las que Laura Le Corre posaba desnuda, tan lasciva como se puede ser a los dieciséis años bajo los *flashes* de un fotógrafo. Y mientras pasaba la mano por la silueta de papel cuché de Laura, pensó que sí, que definitivamente habían hecho bien en ir a buscarla a la salida del instituto. Acto seguido cogió el teléfono y pidió que le pasaran con el redactor jefe del periódico regional, y propuso enviarle por mensajero un documento importante.

No cabe duda de que Franck pensó en Max en ese momento, le dedicó un pensamiento culpable al entregar la revista al mensajero que acababa de entrar allí, aún con el casco de la moto en la cabeza para no perder tiempo, preparado ya para volver a subirse al escúter rumbo a las oficinas del *Ouest-France*. Ese mismo despacho espacioso en el que suspiraba Bellec aún lo presidían, desde la balda, los guantes del campeón de Francia, y desde las paredes, las fotos en las que se agarraban mutuamente por el hombro sonriendo a la cámara, él con el mismo traje blanco, que en diez años había aumentado una o dos tallas, Max con el torso desnudo al salir de una victoria. Por eso Franck, a la hora de traicionar como acababa de hacerlo, supo lo que eran los escrúpulos. Pero igual que se dice que del dicho al hecho hay un trecho, en el caso de algunos hombres también hay kilómetros de los escrúpulos a la moral. Es más, en el caso de los hombres como Bellec, aquellos, en lugar de dar origen a esta, los enmendaban sobre la marcha, como si bastara un único pensamiento arrepentido para quedar absuelto de todos los males. Y el hecho es que, con o sin Max, al día siguiente, en la primera plana del *Ouest-France* figuraban no las fotos impúdicas de Laura, sino los grandes titulares que aludían a ellas: «Caso Le Bars: posaba desnuda a los dieciséis años».

8

Pero ¿eso qué más da?, le dijo Laura al abogado al que había ido a ver. Aunque se me hubiese ocurrido, aunque hubiese sabido que esa historia iba a emerger como la ropa de un cadáver en la superficie del agua, ¿qué se piensa? ¿Que no habría presentado la denuncia?

¡Pero podría haberme avisado!, se irritaba el abogado, molesto ahora delante de la página del *Ouest-France*, ¡le pedí que me lo contara todo!

Sí, bueno, pues resulta que se me olvidó, ya está, puede pasar, ¿no?, que se te olviden algunas cosas.

Sí, puede pasar. Algunas cosas, ironizó él. ¿Conoce la teoría de la víctima perfecta?

No, contestó ella.

Bueno, pues es lo opuesto a usted. Comprenda, prosiguió, que lo que necesitamos es que usted lo pierda todo en este asunto, hasta la virginidad si fuera posible, eso sí que es una víctima perfecta. Cosa que usted no es.

Y sin decirlo pensó: «Ni se le parece», preguntándose en cambio por qué le tocaban a él casos tan indefendibles, con tantos palos que recibir, empezando por esas fotos que ya se estaba imaginando en el expediente de la defensa, o puede que ni siquiera, puesto que iba a hacer falta defensa, dado que, con jodiendas así, dijo, el fiscal seguramente daría carpetazo.

Lo único, añadió, sería demostrar que Bellec es un auténtico sistema. Eso lo sabe todo el mundo, ¿verdad?

Sí, lo sabe todo el mundo, dijo Laura. Pero es curioso, se diría

que no traspasa las puertas del casino, quiero decir que el casino es como una cámara hiperbárica, no se filtra nada fuera.

Haría falta que hablaran las otras chicas, dijo el abogado.

Ahí es nada, dijo Laura.

Aun así fue lo que hizo el abogado: se puso en contacto con ellas, las chicas del casino, una por una, pero una por una dijeron que no, es decir, una por una dijeron que nunca habían visto al alcalde de la ciudad por allí, es más, les parecía de locos imaginárselo, un alcalde en ejercicio en medio de las mesas de juego, y cualquiera diría que las había programado para decir todas lo mismo, guardar el mismo silencio, que no engañaba a nadie, pero tampoco nadie podía hacer nada; incluso el hecho de que utilizaran las mismas expresiones, que dijeran unánimemente lo sorprendidas que estaban, que en todo el tiempo que llevaban trabajando allí podían jurar que nunca había sucedido una cosa así, nada apuntaba lo bastante hacia una prueba que se pudiera utilizar jurídicamente; para soltar un poco de lastre también estaban perfectamente preparadas, que por supuesto a veces ocurría que se sentaban con un cliente y le aceptaban una copa de champán, que a lo mejor en todos esos años algún cliente les había hecho proposiciones, pero eso era todo, de ahí no pasaba. A la tercera que le dijo «de ahí no pasa», comprendió, el abogado, que a lo que se enfrentaba era a una maquinaria bien calibrada que ni siquiera se molestaba en ocultarse, como si a Bellec y sus consortes no los asustara actuar a cara descubierta, por conocer las reglas del juego lo bastante bien como para saber que no había nada que hacer, que toda la convicción, toda la obviedad de que las chicas mentían tan mecánicamente, no tenía nada que hacer contra la realidad de la ley. E incluso él, el propio abogado, tenía suficiente experiencia como para no emperrarse contra la elevada tapia del callejón sin salida que Franck Bellec había alzado ante él, logrando que sus propias chicas se encerrasen a cal y canto en el silencio y las negaciones.

Esta vez, estamos jodidos, dijo.

No veo cuál es la diferencia, replicó Laura.

La diferencia es que, sin testigos y con sus fotos desnuda, la opinión pública no estará de nuestro lado.

La gente no es tan tonta, dijo ella.

No, tan tonta no, pero, bueno, hay viejos impulsos.

Y en cierto sentido tenía razón, en que al mismo tiempo que seguramente a él, Le Bars, lo tacharía de cerdo, la gente no podría evitar tacharla a ella de puta, y que al decirlo cada cual haría que la balanza se inclinara del lado de las fuerzas de la naturaleza, es decir, el fardo del deseo de los hombres insaciables y la mezquindad de las mujeres por aprovecharse. Al menos esa era la clase de cosas a las que tendrían que desafiar en el tribunal, cosas inaudibles, en definitiva, dijo el abogado. Sobre todo, si da el golpe de gracia.

¿Cómo? ¿Qué golpe de gracia?, preguntó Laura.

Y el abogado deslizó por el escritorio hasta ponérselo delante el final del artículo del *Ouest-France*, en el que no solo se informaba de que ella era una mujer de mala vida, sino de la visita inminente de Quentin Le Bars a su propia ciudad, so pretexto de ir a inaugurar los nuevos embarcaderos del puerto deportivo para volver a mostrarse, y que, aprovechando la ocasión, concedería una larga entrevista a los periodistas locales, decía también el *Ouest-France*. Porque en las más altas instancias también le habían recomendado eso, que cuidara de su base y saturase el rumor, habiendo comprendido él mismo que para tapar las palabras hay que ponerles palabras encima, que solo tapando el ruido con más ruido existe una posibilidad de salvarse. Y porque, por añadidura, debió de pensar, hay que cubrirse las espaldas, quiero decir, al fin y al cabo, puede que no fuera más que un ministro de poca monta abocado al olvido, al que pronto invitarían a retomar sus funciones municipales, de esos que durante el resto de su vida podrían enorgullecerse de haber sido eso, ministro, o, peor aún, de tener la sensación de haber dejado atrás el firmamento, de haber estado muy cerca de algo que no volverían a tocar jamás, una especie de grial vestido de traje que algunos cientos de personas en todo el país pueden alardear de haber alcanzado, pero que entonces, por todos esos motivos, valía más mantener el vínculo con la tierra elegida. De ahí que, para batir el hierro aún caliente, había planificado rápidamente aquella visita y avisado a la prensa local.

9

En los pasillos de la casa de reposo donde descansaba Max, desde el amanecer todo se había organizado para que no se topara con el periódico del día, el que todo el personal había leído, claro está, y comentaba cuchicheando. Las enfermeras se habían puesto de acuerdo para evitar un drama, escondiendo algunos ejemplares que andaban rodando por ahí en las habitaciones y en las salitas, sin perder de vista a Max cuando iba y venía por los jardines floridos, con su taciturna silueta bajo los cerezos en flor. Incluso se había hablado de aumentar la dosis de calmantes prescrita para alejarlo aún más de la realidad, al tiempo que entraban en todas partes antes que él para esconder el periódico, pero eran esa clase de resoluciones que se mantienen firmemente un día antes de desmoronarse al siguiente, tanto más con un periódico diario que a todos les parece que, por ser de la víspera, está lo bastante caducado para haber perdido toda su toxicidad. Entonces bastó con esa negligencia, con un ejemplar que había seguido rodando encima de una mesa al día siguiente, sin que nadie pudiera saber si realmente se trataba de un olvido o de una maldad, alguien que hubiese disfrutado viendo a Max leer «Caso Le Bars: posaba desnuda a los dieciséis años», con ese título lo bastante magnético, lo bastante radioactivo aún al día siguiente para que en la bruma que le rodeaba a medias el cerebro, cada palabra, escrita en caracteres muy grandes, se le clavara como un puñal helado en las paredes del cráneo.

Entonces Max, desplomándose en el primer sillón que había por

ahí, al compás de todo el asunto expuesto ante sus ojos, al compás de todas las insinuaciones del redactor jefe sobre las buenas costumbres de Laura, empezó a golpear un poco más fuerte en los bordes de su cerebro, como un latonero dando martillazos en una bandeja de cobre, y hete aquí que fue como si las paredes del cráneo se deformaran un poco más, se ensancharan algo más de la cuenta, estallaran. De modo que, cuando al día siguiente, al ir a despertarlo, no lo encontraron en su habitación, todo el mundo lo entendió enseguida.

Sin embargo, nadie sabía a qué hora se había escapado. Tampoco nadie lo había relacionado con que Le Bars fuera a visitar la ciudad. Todo lo que se sabe es que encontraron la medicación de una semana en la costura de su almohada. Y que entonces, para los médicos, esto explicaba aquello: esos medicamentos destinados a calmarlo, había fingido tranquilamente que se los tomaba, fingido que se tragaba el comprimido delante de la enfermera, fingido que lo pasaba con un vaso de agua grande, siendo así que en realidad se quedaba atrapado debajo de la lengua, intacto, apenas raspado por la saliva, y listo para que Max lo escupiera en cuanto la enfermera se diera la vuelta, antes de meterlo en la almohada; una semana entera en la que había fingido estar tan tranquilo como de costumbre, siendo así que en realidad estaba nervioso y sin sueño, como si ese hubiese sido el precio que tenía que pagar por su lucidez, si se puede entender por lucidez esta vez esa mirada intratable y negra que le echamos a veces a la superficie del mundo, ira aterradora que padecemos desde el tragaluz de la propia oscuridad a través del que vemos moverse por la acera los pies mecánicos de los transeúntes.

Nadie, pues, supo a qué hora había abierto la ventana y pasado por encima del borde para llegar hasta el césped y enseguida cruzar las verjas que lo separaban de la carretera por la que llegar hasta la ciudad, en la que se aventuraba al amanecer, yendo sin rumbo por las calles vacías de una ciudad que conocía muy bien. Pero ese día esa misma ciudad para él no era más que un amasijo de piedras y de corrientes de aire, de arena y de agua que zumbaban a lo largo del surco, en la playa donde dormitó unas horas, cansado por haber bordeado demasiado rato las paredes de la noche, puede que incluso las barras deslucidas de los bares y las fachadas de granito

donde apoyarse cuando el cuerpo flojea a la hora en que los bares están cerrados. Durante un tiempo, pues, no fue más que una sombra en compañía de las farolas, y a quien se lo hubiese encontrado allí, tumbado en la arena, le hubiese costado creer que era el mismo hombre que dos semanas antes aún reinaba en los cuadriláteros de la región.

Solo que resulta que, aunque uno escape de sí mismo, no deja de existir como un farero que mira cómo los raudales de agua se estampan contra los cristales. Y en Max aún residía eso, un vigía luminoso que le servía de brújula cuando a eso de las once o las doce de la mañana se despertó y se dirigió como un autómata hacia la entrada del casino; no la puertecita de servicio que daba al aparcamiento, sino la otra, la grande que dominaba los peldaños que acababa de subir, para luego seguir por la escalinata central que conducía hasta allí, la primera planta, con la puerta de madera barnizada del despacho de Franck Bellec a mano derecha.

No llamó antes de entrar, solo se apoyó en el picaporte y lo presionó secamente, con esa fuerza natural a la que ningún cansancio podía ya llevar la contraria. De todo eso se percató Franck al verlo entrar, empujando hacia atrás la silla rodante al tiempo que extendía ya la mano hacia un cajón cercano del que ya no pensaba sacar la revista, sino, como haría cualquier director de casino del mundo, una pistola que tenía allí por si acaso, por si irrumpía en el despacho algún jugador desesperado, de esos cuya ira hay que poner a raya apuntándoles con un arma. Pero delante de un Max tan descompuesto, allí de pie en el umbral, un Max inmóvil y sin ira, Franck no sacó el arma. Comprendió que Max no iba a hacerle daño; solo le dijo, casi sin mirarlo pero recorriendo ya la habitación con los ojos:

Vengo a recuperar mis guantes.

Y al tiempo que les lanzaba una mirada, allí colocados bajo la luz de la estantería, Franck dejó que se acercase, sin soltar el pomo del cajón, y balbuciendo tan solo:

Claro, lo entiendo, son tuyos.

Y Max abrió la vitrina, sacó los guantes de la plataforma que los mantenía de pie, los examinó para comprobar en qué estado se encontraban, esas cuantas grietas que los certificaban, y los ató juntos sin decir nada; solo le echó una mirada embotada a Bellec y

se marchó. No queda excluido que en ese momento Franck, al ver cómo se alejaba, comprendiera lo que iba a pasar, pero dejó que ese pensamiento lo atravesara sin la menor voluntad de detener a Max, como si acabara de descubrir en él, en esa pasividad nueva y que quizá incluso a él lo sorprendía, una forma de paz interior. En cualquier caso, nadie impidió a Max bajar por la misma escalinata central, con los guantes balanceándose juntos en el extremo del brazo, sujetos por los cordones. Nadie; ni siquiera Hélène, que en la sombra de la barra ya lo había visto subir al despacho de su hermano, que lo había dejado subir a sabiendas para sorprenderlo allí. Y al verlo cruzar el vestíbulo en sentido inverso, puede que tratara de acercarse, diría más tarde, no me veía. Entonces lo único que se le ocurrió hacer a continuación, cuando Max enseguida estuvo fuera, mientras miraba su silueta de espaldas recortándose sobre el mar aún más pictórico que de costumbre, lo único que se le ocurrió hacer, he dicho, fue llamar a Laura y decirle: Resulta que tu padre ha ido a hacer una gilipollez; aunque se podría pasar mucho rato debatiendo aún hoy si lo que iba a hacer, lo que estaba escrito como en la pancarta de un avión que sobrevolara la ciudad, realmente era una gilipollez.

10

Y para ser un hombre con la mente extraviada, tenía el sentido de los relojes, pues, en el preciso instante en que estaba saliendo del vestíbulo del casino, Quentin Le Bars en persona se bajaba del
TGV
que lo traía desde París y una bandada de periodistas lo recibía en el extremo del andén, acosándolo ya para seguirlo hasta el Neptuno, puesto que era allí donde los había convocado, en el salón grande que le habían reservado para tal ocasión, expresamente dispuesto para que pudiera decirles lo mucho que lo alegraba estar allí; y se disculpó ya de que las circunstancias lo obligaran a referirse brevemente a ese asunto tan sórdido, que le dolía hasta lo más hondo, sí, dijo con un suspiro amplificado, hasta lo más hondo, y todos los demás efectos que estuvo acumulando durante una hora de reloj, desplegando su buena fe como un extenso pergamino bajo el fuego de las preguntas que parecían escritas para él, por lo mucho que le servían de apoyo o casi para lograr conmover al público: había tenido un momento de debilidad, eso no lo iba a negar, y había dejado que lo sedujese aquella joven cuando lo abordó, insistente y encantadora, pero en lo que a lo demás se refiere no voy a permitir que nadie diga…,
etc.
,
etc.

De hecho, añadió delante de la audiencia del Neptuno, ¿acaso existía el menor documento que demostrara que había intercedido a

su favor para una vivienda? Y tanto que no, como descubrió Laura más tarde, puesto que, en efecto, él nunca había hecho el menor trámite para ayudarla, ni tan siquiera pasarle una nota al servicio municipal de vivienda. Nunca me han gustado los atajos, añadiría, ni los chanchullos. Y cada frase la decía de forma muy nítida, muy tranquila, para estar seguro de que aparecería al pie de la letra en el periódico, reforzada con esa capacidad tan aterradora, tan perturbadora, que tienen algunos hombres para mentir sin que les tiemble el pulso. Y cuando uno de los periodistas, más ácido que los demás, le preguntó cómo podía explicar que Laura Le Corre hubiese terminado trabajando para Franck Bellec, Le Bars no perdió el aplomo, es decir, que el hecho de tener a pocos metros de distancia a Franck, que aún se tenía por el brazo armado del ministro, no le impidió soltar:

¿Sabe?, cuando uno es alcalde hay que transigir con las fuerzas vivas establecidas, lo cual no significa que se aprueben sus actividades.

Y toda la sala, girando la cabeza como un solo hombre, se volvió hacia Bellec, para escrutarle el rostro en busca de la marca del bofetón que acababa de recibir, toda la sala menos él, Le Bars, que esperaba, impávido, la siguiente pregunta. Y cuando el mismo periodista añadió: ¿Está dando a entender que las actividades del señor Bellec podrían no ser del todo legales?, en la sala ya no se produjo solo esa mirada unánime e inquieta hacia Bellec, sino ese fondo de voces plurales que cunde muy lentamente por las muchedumbres reunidas, un fragor sorprendido que se eleva como un neuma en la nave de una catedral, que entonces cortó en seco la voz solemne del alcalde:

Les recuerdo que soy el ministro de Asuntos Marítimos, replicó Le Bars, no la policía antivicio.

E imaginaba quizá que su amigo Bellec comprendería la situación, por ser ambos lo bastante taimados, suponía, para saber que los golpes que se dan en público no cuentan, son una versión teatral y necesariamente trucada de una inconfesable connivencia. Pero de haberse parado un momento a acusar recibo de la mirada de Franck en ese instante, si no hubiese retomado impunemente el hilo de su discurso y emplazado a los asistentes al cabo de una hora en el puerto deportivo, habría podido captar que no, que

definitivamente Franck Bellec no lo comprendía.

Así pues, puso fin al turno de preguntas y bajó de la tarimita que le habían improvisado, con la cohorte de periodistas detrás pisándole los talones, como el cortejo de una boda al salir de misa, y casi se creía que alguno le iba a lanzar arroz a la cara. Pero el novio se marchó más deprisa que un sábado delante de la iglesia, se metió en la cabina del coche, sin ningún vestido blanco a su vera, solo su antiguo adjunto convertido en alcalde, y le indicó al nuevo chófer que los llevara al puerto deportivo; al nuevo chófer, sí, porque claro que no era Max Le Corre quien conducía. No era Max Le Corre quien miraba a Le Bars por el retrovisor ni quien buscaba su sonrisa o su complicidad. Sentado en el mismo sitio, en el mismo asiento de cuero, Le Bars no pudo no pensar en Max, no pudo no sentir su aliento a lo largo de la ciudad cerrada, mientras el coche bordeaba las fortificaciones, entreviendo quizá, en una u otra pared, al pie de una farola, los jirones de los carteles del gran combate que había perdido, siluetas laceradas por la lluvia y el viento, en los que aún se distinguía la mirada negra de Max, desvaída y retorcida en el papel empapado.

Pero ¿quién en ese instante se habría parado para saber lo mucho que la imagen se parecía al modelo, quiero decir, hasta qué punto los desgarrones de esos sudarios caducados eran el retrato más íntimo del verdadero Max? Él, que todavía andaba sin rumbo por las calles de la ciudad, con el rostro tan marchito como los carteles acabados, con los guantes de campeón de Francia atados al cinturón y que seguían balanceándose al ritmo de los pasos que lo conducían sin rumbo, se creía, a través de las largas callejuelas adoquinadas, haciendo gestos extraños con los brazos, boxeando en el aire, que no le respondía, sino tan solo los transeúntes, que a veces se volvían para seguir un instante, sonriendo, a ese extravagante, ese chiflado que no hacía daño a nadie, como antaño se habría mirado con la correspondiente benevolencia a un fugado del manicomio. Pero Max no veía a nadie. Sus únicos contrincantes eran más bien mil insectos invisibles que revoloteaban a su alrededor, como si todos sus pensamientos no fueran más que una bandada de moscardones que lo acompañaban a cada paso, atraídos por el calor de su rostro, pirueteando ahí a pocos centímetros de su piel, y ningún movimiento del brazo para espantarlos, ningún puño

cerrado ni ningún izquierdazo habría podido impedir aquello, el despliegue infinito, agitado y azaroso de todas esas ideas-mosca que, ¡ay!, no lo asaltaban —habría sido una forma demasiado bonita de decirlo—, sino que más bien le hacían burla sin acabar de estabilizarse, de lo mucho que se podía temer que eso sucediese.

Eso no; que algo se estabilice sería mejor que no, le dijo el médico a Laura varias veces, cuando los dos lo observaban por las avenidas del parque de la casa de reposo, mudo y agitado a lo largo de las verjas metálicas, resignados ambos a no verlo regresar a casa jamás. No era algo, cabe decir, que hubiese surgido de buenas a primeras, sino que se había inflado y abultado en silencio, como una película de plástico que se separa poco a poco del soporte, hasta que un día, como si se tensara hacia el cielo con helio o algo parecido, empieza a planear por los aires; sí, eso es, algo que no sabemos nombrar se alejó y echó a volar, se puso a hacer remolinos encima de él y luego se esfumó con volutas y arabescos. A veces, prosiguió el médico, el cerebro es como una cometa que te levanta por los pies y te deja suspendido cabeza abajo en el aire.

Tuvo tiempo de sobra, Laura, para darle vueltas a todo eso, sentada aquel día en el asiento del copiloto de un coche que recorría los arrabales y que conducía la antigua reina de la noche, que la había avisado y con quien estaba de acuerdo en que había que hacer algo, encontrar a Max antes de que fuera demasiado tarde, surcando los barrios tan despacio como una patrulla de policía, ambas dispuestas a admitir todas las hipótesis, incluso la más probable de todas: que para encontrar a Max había que encontrar a Le Bars.

11

En las inauguraciones, en los estrenos, en las ceremonias oficiales que los alcaldes encadenan como padrenuestros, nadie sabe nunca de verdad qué lo ha llevado hasta allí, pero todo el mundo tiene una buena razón para quedarse. Aquí, en los viejos muelles de piedra, por encima del agua de la dársena en la que flotaban los flamantes embarcaderos nuevos, esperaba ya una pequeña multitud de personalidades y meros curiosos, entre ellos mil navegantes aficionados que habían acudido a emocionarse con las nuevas infraestructuras, donde por fin podrían amarrar sus veleros, comentando entre ellos el resultado de las obras, con un ojo en el agua y el otro en la explanada en la que se estaba esperando la inminente llegada del ministro. Muchos otros habían acudido para saludar al que consideraban una relación personal, como acontece cuando un alcalde sube de categoría y entonces cada vecino de la ciudad siente que tiene cierto trato de favor en las altas esferas. Nunca antes de que lo nombraran se habían oído tantos «Huy, nos conocemos mucho» o «Fuimos al colegio juntos», mientras cada uno se guardaba al fondo del bolsillo el color de sus ideas para ir a mendigar un apretón de manos que era la mínima distinción a la que podía aspirar, temiendo ya que el prestigioso ministro no le acordase públicamente lo que le debía; angustia que no tardó en disiparse con la llegada del coche negro del que bajó primero el nuevo alcalde y detrás el señor ministro, complaciéndose en exagerar la desgana en los andares y la confianza de demiurgo que sabía que debía producir delante de las cámaras que filmaban el

acto, es decir, que filmaban el arrobamiento pactado de los representantes electos ante esas inversiones formidables que les recordaban a todos, tenía previsto comentar el ministro, la vocación marítima de la ciudad, utilizando frases de esas tan largas que había escrito en la esquina de una mesa algún funcionario avezado en la tarea, una para el glorioso pasado de la ciudad y otra para el glorioso futuro, entre ambos el glorioso presente que estaban viviendo; maravillosa síntesis de la época en que todos los días se convoca cien veces a toda la República delante de cualquier tapia o empalizada sinónimo de progreso y de vida en común.

Pero, en lo que es la vida en común, alguien había derrapado hacía tiempo, y era Max Le Corre: apostado ahora al otro lado de la carretera, a distancia del acto, seguía los movimientos orquestados de la ceremonia, oculto por los coches aparcados a la sombra de las fortificaciones. Todo lo cual semejaba un decorado de fondo en el escenario de un teatro, donde Max era el personaje a la vista preparándose entre bastidores, el mismo cuya silueta, tan musculosa, no pasaría inadvertida para el espectador atento cuando en breve se recortara sobre las tonalidades grises de las piedras, y también el que, ya lo sabemos, arrasara con todo a su paso. De hecho, ese espectador atento se encontraba allí, viendo brillar entre dos parachoques las bandas negras del chándal de Max o puede que su cabeza afeitada, que asoma por encima de los coches. Y entonces a nadie le sorprenderá enterarse de que dicho espectador, situado también al margen de la multitud, se llamaba Franck Bellec, ensombrecido aún por la afrenta de una hora antes, pero todavía en pie, y con empeño por mostrarlo. Y Franck miró a Max. Y Max miró a Franck. Y fue como si cada uno supiera lo que iba a hacer el otro, o lo que no. Como si Bellec supiera que esta vez no iba a salvar a Le Bars, y Max también, que Franck se quedaría tan quieto como un espectador en un palco de la ópera, inmóvil con su traje blanco, armado de paciencia ante la perspectiva de lo que presentía. Es más, en ese instante, durante el prolongado intercambio de miradas, diríase que acababan de borrar conjuntamente los años negros que los habían separado y que entonces, al ver que Max se desnudaba de cintura para arriba en el fresquito de abril, sí, de haber podido, Franck hubiese acompañado a Max en el *ring*.

Porque resulta que dentro de su cabeza, cómo no, lo que había

era un *ring*. Dentro de su cabeza se trataba de un auténtico combate y no tardarían en gritar su nombre para aclamarlo y que subiera a verse la cara con su adversario, el temido Le Bars, al que presentaron como llegado expresamente desde París para desafiarlo en su propia casa, en su ciudad. No tardaría en dejar la amplia bata en la silla que llevaba su nombre, y ambos se calibrarían de cuerpo entero como se hace antes de que suene la campana, medirse con el mismo orgullo prolongado y animal, como dos viejos leones que hasta la fecha hubiesen logrado conservar cada uno su territorio, habiéndose desafiado mil veces mediante invectiva interpuesta sin enfrentarse nunca, y que ahora estaban listos para un cuerpo a cuerpo delante de todos; aunque todo aquello solo sucediera en la mente telepática de Max y Franck, quiero decir, ni en la de Le Bars, que acababa de bajar del sedán, ni en el pinganillo de los dos hombres vestidos de negro que llevaban ya un buen rato radiografiando el entorno con ojos robóticos por si algún loco, nunca se sabe, atentaba contra la seguridad del Estado.

Así pues, cabe creer que no tomaron por un loco, o bien no lo vieron, al hombre que ahora se estaba quitando el chándal, con una mano apoyada en la pared para no perder el equilibrio. En cualquier caso, no desconfiaron de ese al que algunos, al verlo de lejos a lo mejor, podrían haber reconocido como al boxeador caído en desgracia al que habían admirado, aunque la mayoría lo identificara más bien con ese *quantum* irreductible de los energúmenos que rondan en cualquier concentración pública; él, Max, aún escondido detrás de las carrocerías, como en un vestuario improvisado que se había sacado de la manga, ahora se calzaba los guantes uno a uno, dando botecitos para no enfriarse antes de oír su nombre y enfilar el pasillo imaginario que se abriría para él hasta el recuadro central. Pero, de momento, el único pasillo que se abría era solo para Le Bars, que avanzaba por ahí con uno de los dos colosos de los pinganillos blancos a cada lado, a través de la reducida y compacta masa de mirones, estrechando todas esas manos, tan preocupadas hasta ese momento y de inmediato convencidas de su indefectible amistad. A continuación, subió él solo la escalerilla que conducía allí, al estrado de practicables dispuestos para formar como una tribuna, un poco inestable por los adoquines mal escuadrados del muelle, junto a la que se quedaron

los guardaespaldas, a quienes les había pedido que no lo acompañaran, porque allí estaban en su ciudad y le importaba seguir estando, según la expresión habitual de ese tipo de personas, «cerca de la gente». Y ahora que se encontraba a uno o dos metros por encima del suelo, le tocaba saludar a las fuerzas vivas, que se impacientaban a su vez sobre el escenario: el director del puerto y los representantes electos locales, que no podían perderse semejante oportunidad de recibir a un ministro.

Puesto que esta vez no, ya no se trataba de Quentin Le Bars, sino del mismísimo ministro de Asuntos Marítimos el que se presentaba ante ellos, siendo el propio Quentin el que más aliviado se sentía de prestarle su cuerpo al otro, al ministro, librándose así temporalmente del peso de ese triste asunto que lo estaba ensuciando tanto, pero que allí, al vestir sobre el escenario su traje nacional, se borraba de golpe gracias al efecto mágico y blanqueante de su inmunidad. De modo que, arropado con los oros de su cargo, no sospechaba ni por asomo que entre el gentío hubiera tal o cual persona que no viese en él ni a un ministro ni a un alcalde ni nada relacionado con un cargo público, sino solamente al «desgraciado ese de Le Bars»; incapaz, el desgraciado ese de Le Bars, de concebir la energía colérica que había llegado a generar aquí y allá y que circulaba a plena potencia ahora en los nervios de Max, es decir, los nervios de un padre que recordaba muy bien que él no era el auténtico agraviado, sino el único, quizá, que aún pudiese restablecer el punto de equilibrio de las pesas de esa vieja balanza que se inclina tan tradicionalmente del lado de los estrados.

Y quién sabe si, a su vez, en el coche de Hélène, a Laura no le asaltaron pensamientos similares cuando en la radio local mencionaron la llegada de Le Bars al puerto deportivo, en cualquier caso lo bastante sagaces, esos pensamientos, como para que se volviera hacia Hélène para decirle que, ¡claro, Le Bars, el puerto deportivo, ha ido allí! Y Hélène, a coger la primera calle a mano derecha para ir disparadas hacia el puerto, con las barreras y la poli sacralizando ya desde lejos el acto, obligándolas a aparcar a distancia, bajar rápidamente del coche y echar a correr hacia la explanada, que ella, Laura, no visualiza en realidad como un *ring*, sino más bien como una palestra, por todo lo inicuo que había en la

forma del combate, con Max de gladiador solitario, penoso Espartaco que no había cosechado a su paso sino risas y compasión.

Pero el susodicho Espartaco no las estaba esperando, y Max, con los guantes apretados, salió de detrás de los coches, donde Franck aún lo estaba mirando, con la sospecha, por conocerlo tanto, de que en ese momento estaba concentrándose mucho, listo para el trigésimo séptimo y último combate de su larga carrera, cuyos árbitros eran los mástiles de los barcos que se alzaban por encima del muelle.

Pues eso. En la tribuna, el director del puerto presentó a su invitado y dijo que qué gran honor suponía para la navegación deportiva local recibir a su ministro, y, acto seguido, Le Bars, de pie detrás del soporte del micrófono que estaban subiendo para él, le dio las gracias al director y empezó a desgranar como corresponde la lista de asistentes oficiales, es decir, la letanía de cargos que lo rodeaban, «señor alcalde de la ciudad», «señor consejero general», mientras Max se deslizaba como una anguila entre las filas dispersas de quienes estaban escuchando y apenas veían a ese hombre vestido de boxeador que pasaba junto a ellos, o, mejor dicho, lo veían de sobra, pero seguían queriendo creer que lo más importante no estaba pasando allí, puede que también porque, con tanto policía y los hombres esos vestidos de negro que dividían en zonas la explanada, no podía pasar nada, embrujados todos ellos por la voz de Le Bars amplificada, que retumbaba en los bafles, «señor presidente de la comisión de deportes», «señor vicepresidente del consejo regional», mientras Max llegaba ahora muy cerca de la escalerilla metálica, quizá aún con la esperanza de que, entre todos esos cargos que Le Bars ensartaba como las cuentas de un collar, podría oír el suyo: «Señor campeón de Francia de boxeo». Pero no, en vez de eso siguió con lo de «señor consejero regional» y «señor director de los servicios municipales», «señoras y señores consejeros municipales» y, por último, «queridas conciudadanas, queridos conciudadanos», y, recuperando el aliento para esta vez meterse de lleno en el discurso, puede que a Le Bars quizá le diera tiempo a decir «Me…» o «Estoy…» cuando debió de ver o sentir que toda la atención del gentío que tenía delante de pronto se desviaba, que las cien miradas quedaban atrapadas en un solo haz cuyo cono desembocaba ahí, en el cuerpo con el torso desnudo de Max, que

acababa de surgir encima del estrado; había subido casi de un salto los cuatro peldaños que lo separaban del suelo y se había alzado allí cual dios antiguo emergiendo del mar; Neptuno, esta vez de carne y hueso, en lugar de un tridente, alzaba a la altura de la cara los guantes viejos y mal atados. Allí, bailoteando delante del gentío atónito, se permitió dedicar un momento a mirarlos a todos, a la masa indistinta donde no habría sido capaz de reconocer un rostro, ni siquiera el de su propia hija, que ahora se colaba entre la gente, dudando si gritar, pero temiendo que la mínima palabra sirviera para electrizar la situación, mientras en el escenario las fuerzas vivas retrocedían ya, lejos de los guantes amenazadores del boxeador, como en cualquier ajuste de cuentas los que no quieren llevarse una bala perdida. Y Le Bars lo entendió a la primera, apenas si tuvo tiempo de acordarse de sus guardaespaldas y pensar qué coño estaban haciendo mientras un loco lo embestía creyéndose que estaba en un *ring*.

De lo que no cabía duda era de que para él no se trataba de un *ring*, sino más bien de una pequeña fortaleza de la que los guardias con cota de malla habían desertado y donde él hacía las veces de puerta que alguien trataba de derribar con un ariete. Y si de algo sabía Max era de golpear con un ariete, abalanzándose ahora con todo su peso contra un Le Bars petrificado, cuya mandíbula acababa de golpear con el puño derecho mientras le hundía el izquierdo en la nariz, ensangrentada al instante, haciéndole caer hacia atrás a lo largo de las barreras que lo protegían de caerse al agua del puerto y caer rápidamente al suelo, aturdido por culpa de los potentes puñetazos de Max, ante los ojos rezagados de los hombres vestidos de negro.

Puede que creyeran que se trataba de un ataque terrorista, porque surgió de un modo similar, de la nada, en plena calma chicha de los días de suficiencia, cuando todo va como la seda en el círculo cerrado de la deslealtad y, entonces, un grano de arena en el engranaje, porque, en el fondo, ¿qué tuvo que ser para ellos, esos dos colosos que no lo vieron venir? Nada más que un grano de arena en un engranaje que normalmente funciona sin el mínimo fallo, salvo que esta vez, acababan de entenderlo, se trataba de algo mucho mayor que un grano de arena, se trataba del edificio entero de su propio castillo, que se venía abajo. Y su propio castillo no está

hecho de naipes que se colocan en frágil equilibrio, qué va, son más bien torreones y saeteras, y en lo alto de las fortificaciones, por si alguien logra aunque sea cruzar el foso, hay por doquier arcabuces y cubos de aceite hirviendo listos para caer sobre él, el loco que osa entrar allí. Y eso fue lo que pasó: no fue un cubo de aceite ni una flecha ardiente, sino los tíos vestidos de negro y entrenados para eso, ofendidos por no haberlo visto subir tan ágilmente; así, uno de ellos no se paró a pensarlo: le cayó encima la evidencia de que, si el arma le tenía que servir una vez en la vida, era ahora, no solo para salvar al ministro, sino todo el castillo, al que atacaban en pleno corazón, y entonces lo hizo, cogió la pipa del cinto, la apuntó con el brazo tendido y gritó: ¡Quieto, quieto o disparo!

Esa frase fue la que oyó Laura, que había llegado a su vez al pie de la tribuna, y tuvo que alzar la cabeza para ver a ese hombre que apuntaba el arma hacia su padre, el boxeador, Max, que en ese mismo momento seguía golpeando a Le Bars, pidiéndole que se levantara para continuar el combate, a varios metros del guardaespaldas, tan alterado, que insistía, repetía: Quieto, te he dicho que quieto. Pero Max no lo escuchaba, no oía nada de las frases mezcladas del vigilante y de su hija, que ahora también gritaba: ¡Para, papá, para! Y Max acabó incorporándose, dejando a Le Bars inmóvil y grogui, y entonces, volviéndose hacia el hombre vestido de negro, empezó a avanzar hacia él, dando botecitos, con los guantes aún a la altura de la cara, como si el combate no pudiese terminar, como si la cometa que tenía por mente se hubiese enredado en las ramas de un árbol, en lo alto, y una diosa infernal se divirtiese tirando de los hilos. Y Max seguía bailoteando *in situ*, meneando los puños y diciéndole al que aún sostenía el arma con el brazo estirado: Ven, ven, acércate, mientras Laura chillaba: Para, para, hasta que los dos hombres, aún con esos pinganillos que los volvían tan androides, comprendieron al fin que ese hombre en pantalón corto que soñaba con boxear y seguir boxeando, ese mismo hombre que le acababa de romper la nariz a un ministro, no era sino un chiflado, un demente y, por ende, ya casi inofensivo, y que entre los dos podían reducirlo sin violencia, o al menos de la forma que para ellos era sin violencia, agarrándolo cada uno de un brazo, que le doblaron hacia atrás, obligándolo a arrodillarse y diciéndole: Ahora a callar, ¿estamos? ¡A callar!

Y Laura hubiese gustado de ir con él en ese momento, hubiese querido que la detuviesen también a ella, que le doblasen el brazo y le dijesen: «A callar»; sí, eso es lo que hubiese querido, mientras la mantenía al pie de la escalerilla el perímetro de seguridad que enseguida formaron los policías que se agrupaban en masa y dispersaban a la multitud, de forma que no pudo hacer nada más que asistir impotente a eso, la detención de su padre, que seguía de rodillas por la firme exhortación de los dos guardias, que ya habían comprendido que antes de esa noche les darían las gracias. Entonces, entre dos policías que le impedían el paso, buscó la mirada de su padre, con la que le hubiera gustado cruzar la suya en ese momento. Pero él, Max Le Corre, cuya cabeza mantenía pegada al suelo el más vehemente de los dos vigilantes, en realidad ya no está allí, quizá en algún lugar del panteón del boxeo, entre Joe Louis y Mike Tyson.

Y mientras, poco a poco, el gentío se iba disipando, Hélène encontró a Laura, con una última mirada, por su parte, a su hermano, cuya sombra blanca se alejaba, serena y desagraviada, hacia el casino; allá arriba, en el *ring*, perdido en el cielo del oeste, seguía tumbado un ministro al que le había dedicado tiempo para leer en su rostro magullado, como en la etiqueta de una prenda de ropa, el precio del desagravio. Pero Bellec en esta historia no es sino accesorio. Entonces, cuando Le Bars, al que levantaron los escasos representantes que lo acompañaban aún, acabó por bajar los peldaños que lo ponían de nuevo a la altura de todos nosotros, no trató de rehuir la mirada de Laura, plantada muy tiesa delante de él y con los ojos clavados en los suyos, como si por última vez quisiera decirle que no, no se había acabado, para ella no se acabaría nunca. Pero lo único que recibió a modo de respuesta, lo único que Laura percibió detrás del pañuelo ensangrentado que él se sujetaba en la nariz, fue esa mirada sorda, indolente y como impermeable que él posó en ella.

A Max Le Corre lo condenaron a dos años de prisión incondicional por agresión física a un cargo público en ejercicio y amenaza a la seguridad del Estado. La denuncia de Laura Le Corre se archivó tras darle carpetazo.

Notas de la traductora

[1] En Francia, los encargados de atender en primera instancia las emergencias médicas en la calle, lugares públicos, domicilios, etc.
, son los bomberos. < <